





## EN EL CORREDOR

**SOBRE SITUACIONES Y LUGARES QUE TIENEN APARIENCIA DE  
REALIDAD YO HE CONSTRUIDO UN MUNDO TOTALMENTE  
FICTICIO; Y EL ÚNICO PERSONAJE VERDADERO DE ESTAS  
HISTORIAS SON MIS PROPIOS PENSAMIENTOS, IMAGINADOS Y  
ELABORADOS LIBREMENTE SIN SUJETARSE A NINGÚN  
ACONTECIMIENTO CONCRETO.**

*Jorge Óscar Velásquez*

# En el corredor

---



Ch863 Velásquez, Jorge Óscar  
V En el corredor / Jorge Óscar Velásquez. --  
Santiago : RIL editores, 2004.

182 p. ; 21 cm.  
ISBN 956-284-352-1

1 NOVELAS CHILENAS. 2 LITERATURA CHILENA.



© Copyright 2004, by Jorge Óscar Velásquez

Inscripción N° 120.638  
Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

ISBN: 956-284-352-1

RIL® editores  
El Vergel 2882, of. 11, Providencia  
Santiago de Chile  
Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269  
ril@rileditores.com - www.rileditores.com

Baldomero Fernández Moreno 1217  
Buenos Aires, Argentina  
Tel. (54-11) 4432-2840

Composición e impresión: RIL® editores  
Diseño de portada: Cristián Silva L.

Impreso en Chile - *Printed in Chile*

Derechos reservados

*Ibant obscuri sola sub nocte per umbram*  
**Vergilius**





## Un premio en perspectiva

El director tomó asiento mientras miraba con un aire de ladina satisfacción la colección de libros que lucía junto a su escritorio. Cerca de ellos había algunos otros delgados volúmenes, bellamente encuadernados y recién empastados con tapas de cuero y letras de oro, que se apilaban también en un pequeño anaquel adosado a su mesa de trabajo: eran el conjunto de sus obras escritas, que hacía poco un devoto colega había hecho debidamente encuadernar y las había liberado de la apariencia que poseían sus antiguas cubiertas. Esos lustrosos libros tenían originalmente un fondo blanco, en cuyos bordes había unas líneas delicadas de un color azulino, lo que le daba al conjunto un marco de geométrica inocencia. No parecía que la uniformidad que al presente habían adquirido respondiera al deseo de ocultar su antigua apariencia, si bien la encuadernación de hecho había resultado en la desaparición total de ese esquema anterior y su coloración azulina; y no se advertía, por otra parte, en la actitud del director ninguna señal que no fuera de satisfacción ante ese pequeño conjunto de libros y su acabado proceso de empaste. Otra obrita, de porte más bien escuálido pero muy apreciada por su autor, gracias a estas operaciones de encuadernación había perdido ya su configuración primitiva –esta vez como de banderita hispana, según yo recordaba– y se presentaba ahora uniformada con el resto de la colección.

Ambos estábamos en la oficina que el director ocupaba en el amplio recinto, un cubo de construcción ligera y aspecto agresivo, que sobresalía como una protuberancia en medio del pasillo, originalmente un espacioso corredor de aspecto austero y monacal. No había otro adorno que se añadiera al sencillo y a la vez elegante amoblado, ni otro cuadro

o figura colgaba de las paredes, a no ser una lámina pequeña y muy poco visible, dejada por el anterior director titular y allí olvidada, que decía: *primum scribere deinde philosophari*. Yo se lo había visto escrito por ahí a Friedrich, “primero escribir, luego filosofar”, mientras con cierto descuido vagaba entre los libros de la biblioteca del King’s College. El resto del sector donde estábamos permanecía en calma, y todo parecía contrastar con la creciente exaltación del director, que comenzó a acariciar con la yema de los dedos uno de los libros mientras elevaba la voz. En el comienzo de la conversación sus palabras habían sonado casi como un murmullo. La apariencia desigual del tamaño de los escritos no disminuía en nada la sensación que uno tenía de hallarse ante un hito de la historia reciente del corredor. Luego me habría de percatar acerca de la razón de esta bella exhibición de poderío intelectual, y es que estaba claramente motivada por el deseo de impresionar al jurado, que pronto habría de discernir un cierto premio nacional, cuyo exacto nombre no he logrado recordar.

No lo movía en apariencia ninguna ambición de dinero; era más bien un cierto afán el que parecía incitarlo, un empeño de satisfacer aspiraciones que en ese entonces no pude en concreto determinar. Todo, sin embargo, se veía perfectamente preparado para la consecución de ciertos objetivos muy precisos y a corto plazo; e incluso, aunque pudiera considerarse que se trataba de asuntos sin conexión alguna entre sí, la apariencia sobria de hombre de mundo que lucía frente a mí, con sus movimientos de pausada y cuidada conciencia de su rango, me inducía a observarlo con una cierta simpatía; si bien por algunos momentos me parecía discernir en él la personificación de una indudable ambición, que me suponía por meros indicios como mostrándose sin demasiado pulimento. Algo había allí que se expresaba ahora de un modo más bien ingenuo e inusual. Claro, la sensación de ingenuidad provenía más que todo de mí, un espectador mal preparado frente al suceso que ante mis ojos se desarrollaba, ya que con toda seguridad los sentimientos de tensa y orgullosa espera de la confirmación del premio eran profundamente reales en su espíritu. Pude constatar que de verdad el director manifesta-

ba sus deseos personales en forma muy abierta, sin mezcla de modestia ni filtros que atenuaran ante mí la demostración de su propia intimidad. Lo cierto es que no estaba preparado para contemplar de ese modo el accionar patente de una ambición, en el acto mismo de su desenvolvimiento, tal como un escolástico podría haberlo descrito considerándolo *in actu exercito*. Todo era tan brillante en cuanto a las expectativas de gloria, todo tan sencillamente obvio acerca de la necesidad de su nominación al premio aquel, que el relato de los pormenores que en ese momento él comenzó a contarme, con las pequeñas incidencias que se presumía afectaban a los miembros del jurado, alcanzaban en su explicación las características de una epopeya cuyo centro era el agraciado que estaba por serlo, es decir, su mismísima persona.

Llegué a pensar que la razón de tanta desinhibición surgía del convencimiento total que él tenía de su propio mérito y valía, y de que la obviedad de tanta virtud hacía absolutamente innecesario y hasta grotesco el pretender ocultarla. Todo esto daba mucho que pensar, sobre todo por tratarse de alguien que se suponía había dedicado parte de su vida a pensar del modo como los filósofos dicen hacerlo. Yo, por mi parte, permanecía en la duda de si la filosofía precisaba como condición necesaria caracteres de calidad noble y superior, o simplemente –como en la mayoría de los casos para cualquier otra actividad–, en esta sabia ocupación la cuota de bondad y maldad estaba bastante equilibrada. Es decir, eran hombres como todos los hombres lo son en su mayoría, y la emergencia de la filosofía en las mentes humanas no tendría en ese caso por qué estar supeditada a los aspectos *secundarios* de un carácter, es decir, a los no directamente relacionados con la pura inteligencia.

A mi entender, parte de la contradicción estaba, esa era mi suposición, en que la nobleza del pensar es de por sí tan determinante que cualquiera que fuera el natural del hombre que dedique su vida al pensamiento, sería siempre evidente cuán superiores son los objetos del intelecto a la vida particular de quien los cultiva. Es como si el pensamiento fuese una entidad separada, al modo en que la entendían los platóni-

cos: una realidad liberada de todo otro condicionamiento que no fuera ella misma en su mera existencia y autónoma grandeza. La filosofía sería, entonces, *accidental* a la personalidad de quien a ella se dedica, con excepción de la capacidad intelectual de ese ser humano acerca de los temas que a la filosofía conciernen. Pero indudablemente, yo por mi parte creo, algo tiene que significar en el recuento final del acontecer humano la presencia de la filosofía en un sujeto particular. Quiero decir, si denominamos filósofo a alguien, eso que suponemos que este posee debería contar para algo en la evaluación total de esa personalidad, y su condición de ser moral y bueno. Me pude percatar de cuán fuerte era mi convicción de que la filosofía no podría ser un elemento neutro, pues ni siquiera la matemática podría manifestarse de una manera superior en un sujeto sin producir en él algún tipo de benéfica influencia: que el saber científico siempre debería ayudar a purificar algo en nosotros de la maldad natural originaria, y dejar traslucir en el hombre alguna bondad, más aún, una belleza que yo suponía intrínseca al conocimiento superior. El verdadero saber, en consecuencia, debería poseer un benéfico poder para transformar las almas.

Los libros del director, entretanto, premunidos de su espléndido y novísimo envoltorio, fueron cuidadosamente metidos en una caja de cartón, del tipo de esas que quedan a veces arrumbadas en los supermercados; y en este caso, un colega (que en medio de todo el asunto armó un tremendo barullo en el pasillo) se encargó con desusado entusiasmo de meterlos en la caja. Junto con los restantes testimonios escritos de toda una vida cupieron los libros con facilidad, si bien no dejaron de conformar, qué duda cabe, un paquete hasta cierto punto impresionante. No es llegar y acumular literatura y, en verdad, no poco de lo escrito podía ser considerado como expresión de momentos de real penetración intelectual, de eso que suele llamarse filosofía; y sin duda aquellos instantes de agudeza intelectual habían dejado en esa alma huellas de un pasado que se suponía glorioso. Aunque los hombres, claro está, no somos perfectos, el tiempo dedicado al pensar –la mayoría de las veces a lo que otros alguna vez

pensaron— le había reportado al menos cierta claridad en la expresión y un destello en la mirada que, me parecía evidente, no provenía de la mera complejión del rostro, algo duro y anguloso, con un dejo de precaución distante.

Seguro que yo exageraba quizá al pensar el asunto con tanto detalle, y por cierto que, al fin y al cabo, algún trato parecía haber tenido con la verdad, eso que importa tanto a los filósofos, según ellos afirman en sus escritos; pero me intrigaba por eso mismo el sino extraño de ciertos hombres así llamados filósofos que, merodeando entre tan sublimes atisbos —parecidos a los que suelen hacer los grandes pensadores—, son al mismo tiempo ellos mismos transparencia de esa humana debilidad que encontramos casi sin sorprendernos en el resto de los hombres. Quizá no hay razón para negarle al filósofo un carácter representativo y paradigmático a la vez, cuando se acerca de algún modo a lo verdadero, y es, como pensaba Plotinus del mundo ideal, *luz para la luz*, a pesar del lastre de sus rasgos humanos. Sí, de mortales se trataba al fin y al cabo: porque resulta que el premio en aquella ocasión fue a parar a otras manos, haciéndose manifiesta la incompetencia total de aquel jurado, y la incapacidad del que en un momento parecía ya destinado a recibir el premio, de absorber el golpe y la impensada derrota.

El director se caracterizaba por no ocultar sus estados de ánimo ni sus modos de pensar sobre las cosas, de manera que tenía la costumbre de expresar con cierta facilidad y abiertamente sus sentimientos íntimos. Debido a no sé qué cualidad especial, hacía manifiestas ese tipo de cosas que la gente por lo general prefiere no mostrar, como era, por ejemplo, su reacción ante las situaciones recién referidas, que afectaban directamente su prestigio y sus más personales ambiciones. Y resulta que esos *señores* habían votado bajo lineamientos con toda seguridad partidistas, con desprecio total de la evidencia, puesto que la prueba estaba allí, por cierto, en esa caja de cartón, que por lo visto quedó arrinconada como desperdicio inútil en la oficina de partes del ministerio. Quizá hubieran llamado más la atención esos libros en sus tapas antiguas, aunque creo que la encuadernación no fue fatal para

sus pretensiones, sino que más bien la causa del fracaso estuvo en alguna otra cosa que en verdad no pude conocer en ese momento cabalmente. En aquella ocasión, sí, recuerdo que un colega jefe llamó urgentemente a una reunión con el objeto de explicar la tremenda injusticia cometida contra el director. Era curioso, pero el director por algunos de esos meses no estaba ejerciendo su cargo, y se mantenía nominalmente de subalterno de otro jefe temporal: pero de hecho, qué duda cabe, director ha sido siempre, y lo será, sin importar las circunstancias, mientras un hálito de la vida humana quede en esos huesos llamados por el destino a una larga ancianidad. La descripción de la escena que vino será siempre un pálido reflejo de la realidad: tanto era el patetismo de esos rostros, el del compungido lugarteniente, como se podría decir, por ser en este caso temporario en un puesto naturalmente reservado para el director, y el del en este caso de nuevo director *in waiting*. Quizá alguna noche, en que el espíritu de Aristófanes me auxilie, pensé, seré capaz de describir esta y otras escenas de ese entorno.

Pero aquella situación, me refiero al fracaso de sus aspiraciones al premio, afortunadamente no habría de repetirse. Porque el tiempo no pasaría en vano, y todo habría de ser diferente cuando, dos años más tarde, un nuevo jurado pondría definitivamente las cosas en su lugar, adosando a la brillante carrera del director un premio que ciertamente le correspondía. Durante la casi totalidad de ese lapso, el tiempo parecía haberse detenido para el director, que de hecho no hablaba de otra cosa que de todo lo relacionado con el famoso premio injustamente perdido. Pero mientras tanto el Sol habría de pasar dos interminables veces por un zodiaco de incertidumbres con respecto al galardón.

Si exceptuamos al maestro Sócrates, Platón parece haber sido el primero en ocuparse extensamente de las cualidades propias del carácter del filósofo; y la diferencia de su visión con la de sus antecesores está, según creo, en el interés superior de Platón por los asuntos políticos. Ser un político es ya cosa seria, y si el filósofo está también en situación de serlo, es más serio aún. Así, al plantear la existencia del filósofo en

su contexto social, su evaluación de la condición del alma filosófica experimenta un cambio radical. La *República* proporciona en ese caso un texto clave. Si los filósofos han de ser los gobernantes futuros del estado platónico, es necesario idear un sistema, por decir así, electoral, que permita saber cómo elegir a jóvenes con cualidades que específicamente los transformen, mediante un proceso de educación, en verdaderos filósofos. Al formar en la filosofía a estos hombres y mujeres de natural excelente, estaremos preparando a los futuros gobernantes de la ciudad. Es un asunto decisivo en que se juega la suerte del estado platónico, que bien podría perfectamente terminar en la ruina –como dicen que sucedió en Siracusa– por una elección equivocada de caracteres. Se han de elegir entonces sujetos de un determinado temperamento, a los que habrá luego que educar de un modo específico. La Caverna es la representación genial de esa situación que, a pesar de lo que pueda pensar la mayoría de la gente, atañe esencialmente a los llamados filósofos, no al resto de las personas de la ciudad. Es un símil que cuenta cómo se podría educar a ciertos individuos que fueron elegidos entre aquellos jóvenes que poseían cualidades de excepcional relevancia, y manifestaban además un amor extraordinario por el saber y la verdad.

Entre tanto, en la realidad de este costado más occidental del mundo, esos dos agitados años pasaron rápidos tanto para el director como para mí, en cuyo lapso final inopinadamente vi el triunfo señero de la constancia. Porque esta vez la rueda de la fortuna y algo de tenacidad y audacia favorecieron finalmente la elección totalmente obvia. Era el premio ya en manos del director, y yo me consideraba en cierta medida un espectador privilegiado al poder de algún modo atisbar como en un paradigma los efectos que en esa alma comenzaban a producirse frente a la posesión, inminente y prácticamente efectiva, del tan preciado galardón.

Pude ver que el director sentía un tremendo alivio de haber sido él por fin el señalado con esa secuela de honores anejos que como ecos prolongaban la gloria de ese acto único de premiación. Se unían a ello los abrazos de alegría de los demás, las cenas, la vaga sensación que todo el mundo tenía

de que había algo que, de un modo casi escatológico, iba a ser compartido por el coro de felices amigos. Es la creencia en el poder de la analogía, pensé, o del poder en cuanto tal, que me hace pensar vagamente en esa capacidad que tiene lo *en sí* de participar y ser participado más allá *de sí*, y me recordé por un momento de los bienaventurados que, en el mito del *Fedro* de Platón, siguen por los cielos al escuadrón de sus dios tutelar entre las visiones beatíficas. Pero hay un momento en que uno baja a la realidad terrena y pierde sus alas, pues de hecho nada se reparte aquí, entre los hombres, sino el tedio momentáneo de tener que asistir a alguna otra secuela del premio, o compartir el peso de los homenajes. Se lo vio sonreír, entonces, por algunas semanas, de esa manera especial como lo hacen los triunfadores; pero todo pierde por desgracia su impulso inicial, en especial algo de la naturaleza que hablo, pues el galardón era hacia el exterior solo básicamente un *anuncio*, que se hacía acompañar de algún tipo de certificación por parte del Estado, y una medalla, y el lugar del acto era nada más que un espacio cerrado y con muchos aplausos y discursos, más quince segundos en la televisión de la tarde. Lo que viene después es otra necesidad, la de ganar algo nuevo, algún cargo tal vez que venga a coronar la carrera de una vida gloriosa. Resulta, entonces, que el premio, en vez de alegría engendra al final otra preocupación: la de enmarcar la meritoria recompensa con el remache de una nueva y excitante conquista. Pero, claro está, el director estaba acostumbrado a considerar que el cargo que tenía –y todos los que en su vida había tenido– era un paso solamente en esta cadena ascendente del Ser, que llevaba *de gloria en gloria* a la cumbre de la *dirección en sí*. En ese aspecto, su alma era completamente platónica, dialéctica se podría decir, aunque él no consideraba para nada los aspectos *descendentes* del método dialéctico, al parecer tan importantes como los primeros, ni las connotaciones paulinas que todo este asunto a su vez parecía tener. Los cargos del presente eran siempre una suerte de trampolín para las posiciones del futuro, las que por supuesto a su vez debían ser claramente superiores. De esta manera, y mucho más tarde llegué a comprenderlo, en cuan-



to director era un eterno interino frente a sus propias e insatisfechas ambiciones de dirección.

No sé si se podrá decir que en cierta manera su existencia se halló en un momento contaminada por esa interminable interinidad. Terminó, según pude ver, por conducir su vida como si estuviera de paso en lo que estaba, como un perpetuo exiliado, no de lo que dejaba atrás, sino de lo que venía adelante. Era una situación muy extraña y difícil de explicar. Porque se supone que la vida es como un peregrinaje, y que vamos de paso hacia un reino del futuro: en esa perspectiva, es natural considerar transitorio todo lo que de algún modo nos toca vivir. Pero era evidente que la transitoriedad es otra cosa que la interinidad, y que vivir como interinario decía más directa relación con las perspectivas de poder, nunca suficientemente satisfechas, que se anidaban en la dirección. Se era interino en el puesto actual en cuanto todas las expectativas del presente se volvían hacia el cargo del futuro. Pero era curioso, porque las esperanzas de ascender de rango no se fundaban en un buen desempeño del actual: su táctica más bien consistía en utilizar ciertos aspectos secundarios de su jefatura, como una mayor facilidad de cabildeo, o la posibilidad de forjarse una imagen pública por el mero hecho de estar donde estaba. Era una situación más común de ver de lo que había creído en un comienzo, pero gracias al director pude comprender mejor en qué consistía todo el asunto, y lo frecuente que era ese modo de proceder en toda la comarca en la que se sucedían estos acontecimientos.

En esas circunstancias, a los pocos días, el premio no era otra cosa que algo que acompaña al nombre de la persona, una especie de apelativo posterior al apellido, que incluye el año en que fue conferido: fulano de tal, premio nacional de tal cosa y del año tanto, por ejemplo. Y por supuesto, el dinero, aunque esta vez pareciese un detalle insignificante. Anduvo con su rostro casi resplandeciente, si se puede decir, algún tiempo, y eso lo hizo ser más amable que de costumbre con los demás, si bien por lo general no era característico de su persona el ser de por sí malhumorado ni especialmente desatento con la gente. Pero permanecía esa impresión, en quie-

nes lo conocían mejor, que detrás de ese trato socialmente impecable no había ninguna relación propiamente de afecto o solidaridad con las personas con las que trabajaba o de algún modo circulaban en el entorno de su actividad social. Eran ellas algo así como los estorbos necesarios para lo que vendría después; me refiero a la nueva maravillosa conquista que, sin esos sujetos y espectadores que era todo ese mundo, quizá perdía mucho de su atractivo. Así, entonces, todo se convertía aquí en interino, y llegó un momento en que la totalidad de las cosas y acontecimientos de la vida quedaron prácticamente paralizados por una suerte de provisionalidad insubstancial. Me refiero a lo que pronto habría de pasar en la biosfera en que habitaban él y los súbditos bajo su mando en este costado de la ecúmene.

Contradicciones de la gloria y el poder; creo haber pensado aquella vez que quien ambiciona su posesión no puede escatimar esfuerzos. Todo lo demás se transforma en un medio para ello, incluidos los humanos, incluidos los hombres que de algún modo concedían esos honores al agraciado. Pero el director era admirable especialmente por eso; quiero decir, en su capacidad instintiva de saber dónde estaba el poder y la gloria, a pesar de que fingía indiferencia frente a él y había logrado convencer a la mayoría de que, por su fortuna personal y la valía de sus méritos, no necesitaba de nada ni de nadie para estar donde estaba. Me parece evidente al presente, cuando reflexiono sobre estas cosas, que el director tenía esa capacidad especial de sobrevivir con cierta magnificencia gracias a esa red –invisible por lo general a la mayoría de la gente–, que alimentaba convenientemente su *status*. Los mecanismos de la apariencia son sorprendentes, y es que, en este caso, era él quien parecía poseer cualidades de valor excepcional, de ser, por decir así, un filósofo a cabalidad. Pero he llegado a pensar que la apariencia se las ingenia para producir imágenes espectrales que suplantán a la verdad. Ella tiene sus mecanismos, y los *sabios* de este mundo son los que saben cómo manipularlos. Y he llegado a la conclusión de que hay algunos privilegiados que logran comprender perfectamente cómo se mueven esos hilos, invisibles para noso-

tros, pero claramente perceptibles para ellos. Son los teúrgos de la modernidad, dado que la teúrgia antigua sabía manipular las fuerzas divinas del universo en beneficio propio, y someter a los dioses a la voluntad de los hombres mediante un saber que los intimaba a la sumisión. Alguna vez sería conveniente explicar cómo es que se puede formar un mundo de apariencias con ese poder suplantador: que allí está el corazón mismo en que se juega la posibilidad, si existe alguna, de hacer filosofía.

Que en cuanto a los hechos de los que había sido espectador durante varios años, no me cabía duda de que lo que el director hacía formaba parte de ese mundo de irrealidades, consideradas sin embargo concretas, que componen la substancia misma de la verdad del mundo. Formaba parte de esa realidad dedicarse aparentemente a hablar de cosas de carácter irreal, como la filosofía, según podía colegir. Y una de las más inteligentes maneras de despistar, pensaba yo, era en este caso convertirse en un especialista en aquello en lo que no se cree. Quizá exagero: no es que no se cree en esas cosas como la ontología, pero sucede que más propiamente lo que se tiene es la convicción de que esos asuntos tienen el valor decisivo de conceder realidad a lo irreal. Dicho de otro modo, se cree que las metafísicas o cosas parecidas son irrealidad en estado puro, y aportan a las cosas de este mundo, que es irrealidad en estado concreto, la verdad de que carecen. En resúmenes cuentas todo es falso, entonces, pero el mundo, gracias a la metafísica, es menos ilusorio; y resulta que en lo único que se cree es en este mundo y, para asentarse en él con la grandeza debida a los propios sueños, es necesario usar las herramientas de esta adversaria *sui generis*.

Había llegado al convencimiento de que era de allí de donde procedía esa seguridad un tanto desconcertante del director frente al ámbito de las cosas del mundo; me refiero al entramado de la realidad cotidiana, en que se desenvuelve el hacer de los seres que conforman el mundo habitado. Hay personas que parecen estar mejor asentadas sobre el pavimento de la vida. Digo *pavimento*, pues me refiero al piso, la configuración más concreta que nos sostiene sobre el suelo;

no es precisamente la tierra firme, ya que no estoy señalando algo natural, sino un asunto de carácter artificial, como es la mayor parte de la vida que se dice que vivimos. Vivir es para nosotros a menudo no el acto biológico o psicológico de estar en la vida, sino el de movernos en la tarima asfaltada de un acontecer que tiene mucho de lo que algunos llaman social o algo así. Es la compleja malla de las cosas que nos pasan en la casa, la ciudad, el trabajo, en la familia, y no sé en qué otras circunstancias más que nos inventamos para complicar nuestras propias existencias. Por eso es que lo de que *yo soy yo y mi circunstancia*, si es cierto, me parece en cierta medida ominoso, toda vez que –con la venia del filósofo que lo pensó– relaciono las circunstancias con toda esa pesada carga del acontecer que me circunda y, por tanto, me parece terrible que yo sea yo y eso que tengo que soportar a diario. Otra cosa por supuesto del todo diferente es si fue precisamente eso lo que el filósofo imaginó y, con cierta razón, consideró que hemos sido arrojados a la circunstancia, y ese es el drama al que la vida nos llama por el hecho mismo de haber sido confinados en ella, es decir, el de vivir circundados por nuestra circunstancia.

Pero el director parecía haber caído bien en las circunstancias de la vida, quiero decir, se movía ante lo artificial como si fuese lo natural, cosa que, cuando se lo observaba con cierta cuidadosa curiosidad como yo lo hacía, producía una genuina admiración. Porque las circunstancias de la vida tenían que ver en este caso directamente con el ámbito de cosas sujetas a su labor de director, es decir, todo aquello que, como dominado por su espectro, estaba sujeto de algún modo u otro a su influencia. Era ante todo un espacio de configuración psicológico, levantado al interior de otro espacio mayor, orgánicamente construido, que en alguna medida se sostenía por sí mismo. Era entonces un lugar donde esta historia había ya comenzado a constituirse, un paraje que, por lo que recuerdo, tiene todavía unos largos pasillos y unos patios que me hacían recordar el *témenos* del que solía hablar Jung, ese recinto cerrado, un territorio reservado a menudo a la divinidad, y que uno podía atisbar en los sueños. El *témenos* era esa

porción de tierra que, habiendo sido separada de los usos comunes y profanos, era dedicada al servicio exclusivo de una divinidad. En medio de las hermosas arboledas que solían poblar los *témenoi* de los antiguos griegos, se erguía por lo general en sus espacios un templo o un santuario consagrado al dios. El *témenos* es, entonces, el recinto; y la verdad es que todo el edificio en que subsistía el corredor tenía algo de “ciudad simbólica” colocada en el centro del universo, y a veces tenía uno la impresión de estar soñando lo que en su interior sucedía. Se está allí en ese *mundo tan singular, en que vivir solo es soñar*, como el gran de la Barca vio a su rey viviendo, y *con este engaño mandando*. Eran sueños, si bien los sueños con que se sueña la realidad, es decir, en la vigilia del acontecer diurno donde, para desdicha de muchos, no se tiene la experiencia ni la certeza de que *el vivir solo es soñar*. En ese sentido la vida es sueño: son los espectáculos espectrales que se viven en la vigilia de la vida; y solo tenemos descanso cuando dormimos, porque es el único tiempo en que vivimos más cerca de lo real. Quizá como Friedrich veía en esos *mundos oníricos* la confirmación de un modo diferente de comprensión de la figura del mundo, en medio de la cual mantenemos *el sentimiento translúcido de su apariencia*. Quería yo también sacar de esas imágenes evanescentes, que circulaban por el *témenos* en sus amplios pasillos, una confirmación de la consistencia insubstancial de la apariencia; y me sentía animado por el filósofo prusiano a contemplar minuciosamente esos mundos de vigilia onírica que se me presentaban a la vista: de esas imágenes pensaba sacar, como él mismo parecía invitarme, *una interpretación de la vida y ejercitarme* para ella.

Había entonces en el escenario del mundo un lugar, si bien creo más real lo que escribo que lo que vi. Pero qué mundo ese que se vivía entre los pasillos del *témenos*: almas que trasladaban sus cuerpos y se paseaban con cierto frenesí entre las llamadas oficinas y el sector de secretaría, en la abertura central del pasillo lateral. Una necesidad desconocida para mí las mantenía en constante actividad, recorriendo esa afanosa senda en que ya no se sabía si iban o si volvían, porque uno dudaba cuál era de hecho el lugar que se suponía les

pertenecía más propiamente. Llegué a pensar que pagaban, en especial uno de ellos, un castigo parecido al de Sísifo, aunque tal vez se trataba de un *side effect* de algún tipo de dialéctica mal usada, o leída a la carrera en alguno de esos filósofos nacidos al norte, más allá del *Limes* romano. Pero todo eso, el espacio creado allí de tan maravillosa manera, se sostenía en la dirección a cuyo mando actuaba el director. Él parecía conocer los flujos de ese río que como mareas crecía y decrecía en el corredor, y bien sabía él adónde iba y de dónde volvía. Yo creo que era la ontología, como ciencia del ser (y por tanto de la *realidad*) la que le daba ese sentido tan claro de ubicación y de propósitos. Eso me persuade más en mi creencia de que, para bien o para mal, la filosofía influye en el comportamiento de los hombres, y el saber que acreditaba el director acerca de las estructuras metafísicas de la realidad indudablemente le permitía ser profundamente concreto en su actuar al interior del *témenos*. Él no vagaba como los subordinados a los que me refería –aunque de otra manera él divagaba de un modo que era el más propio de esta costa occidental–, cosa que le daba a su persona un aura de autoridad que la mayoría ignoraba de dónde procedía.

Pero quiero explicar las verdaderas razones, según mi parecer, de esta sabiduría ejemplar, que hacía del director un modelo del *cursum honorum* del acontecer humano al interior del *témenos* de hombres sabios al que me refiero, recinto en el que yo también con esforzada paciencia debía permanecer por ciertas horas de la semana laboral. La razón, para decirlo breve y directamente, era, a mi juicio, que nunca tuvo él ni quiso tener maestro alguno en la ciencia que aspiraba a dominar. Esto, se podría decir, es una muestra de suprema astucia que será necesario explicar. Debo entonces retrasar mis recuerdos, si bien no tiene por qué haber un antes y un después en esta historia, que surge de la realidad temporal depurada en el tamiz intemporal de la consciencia –que así prefiero a menudo llamarla–, con una ese entremedio, para no confundirla con esa *conciencia* que compromete los más profun-

dos abismos del ser. Desde el momento, digo, en que me transformo en intérprete de ciertos acontecimientos siento que me estoy interponiendo ante el pasado; eso rara vez lo entienden los historiadores, siendo solo reservado a unos pocos de ellos el comprenderlo: que para hacer historia hay que interpretarla, y para interpretarla es preciso representar el pasado a la luz de la intemporalidad del yo. Eso, claro está, supone conocerse a sí mismo, y reconocer lo mejor posible sus propios prejuicios ante la presencia de lo que llamaríamos acontecimientos históricos. Ahora bien, uno se puede preguntar qué puede mover a un hombre a negarse a ser discípulo, siendo que la tradición más pura y por decir sacrosanta de la filosofía prescribe la imperiosa necesidad de un maestro.

Había en esta historia un *illo tempore*. Eran tiempos remotos, en que el director todavía no era un director pero ya gozaba de una cierta posición social, siendo joven aún. Se podría decir que se sentía seguro de la profesión que ya ejercía, pero estaba deseoso de sorprender con algo novedoso a sus relaciones y al mundo. Se le había metido en la cabeza que tenía capacidades brillantes para el saber filosófico y, por supuesto, no necesitaba de nadie para asegurarse de ello. La filosofía se prestaba maravillosamente para esos objetivos de figuración que, bien habrá que reconocer, no eran aún en este caso plenamente conscientes. Mis fuentes vacilan cuando se llega a este punto: cuál habría sido la motivación verdadera que un día lo indujo a frecuentar cursos de filosofía en la universidad. Tengo para mí que quiso ver cómo se medían esos caballeros con lo que él ya creía saber de ciertos libros que la *moda insolente* tenía en circulación. Era un visitante casual, al principio, de clases a las que venía de improviso; y a veces persistía por algún tiempo en el curso de alguno, atraído por alguna ocasional problemática de su interés. Nunca perseveró con algún maestro, y en privado los despreciaba a todos, salvándose solo algunos a medias, no tanto por su saber sino sobre todo por sus cualidades sociales o posición política. No es que fuera de un trato rudo con aquellos profesores, sino que más bien aquella situación de merodear entre los parques universitarios fue una ocasión espléndida de en-

trar en contacto con directores de varias reparticiones de aquella facultad. Se interesaba obviamente por conocer allí a esos jefes que la frondosa administración universitaria tenía colocados como los guardianes del Gran Sello de la Universidad. Allí aprendió, creo yo, a conocer los secretos de cómo se las administra, en qué consiste la vida de esas instituciones que en ciertos países de antigua civilización fueron fundadas hace siglos y gozan aún de una existencia saludable.

No es que él pretendiera usar mandil alguno ni incorporarse a alguna organización secreta para medrar entre aquella burocracia, pero lo cierto es que fue tan poderosa su sensación de no necesitar maestro, que como si fuera un luterano supuso que desde ese momento se entendería directamente con los textos sagrados de los filósofos, acudiendo al libre examen. Sintió una gran sensación de libertad al comprobar la obsolescencia de estos sacerdotes mediadores que como maestros pretendían entregarle las primicias del saber. Ese fue, se podría decir, un acto que parecía de grandeza, pero como su inspirador secreto, quiso también guardarse algunas claves del edificio que pretendía destruir, construyendo su propia capilla de signos. Decidió que él también sería profesor universitario, a pesar de no creer en ninguno. Yo supongo que en un comienzo no tenía las cosas tan claras como cuando recibió el premio, porque, si no, creo que hubiera pensado las cosas con mayor detenimiento. Quiero decir: hay momentos de la vida en que, en el origen generalmente de alguna actividad o decisión importante, surgen las semillas de la contradicción que si fuesen en esos momentos detectadas, impidiéndonos la acción, nos evitarían grandes males posteriores. Impedir o cambiar el curso de nuestros actos, a eso me refiero. Sufrir o tomar las armas, el *to be or not to be* de cada día y de cada decisión de importancia que se toma en la vida. En esta, nuestra existencia, por lo que veo, hay muchas encrucijadas, y cada una de ellas está plagada de contradicciones que solo un experto viajero podría evitar. Por eso el acontecer humano es ya casi pura contradicción, en cuanto que para existir debemos decidirnos a cada instante ante los cruces diversos que encaminan nuestros días sobre la tierra: y a menu-



do nos equivocamos. No todos estos variados caminos son de la misma importancia, pero en algunas ocasiones la decisión es crucial. Y he aquí que la decisión de incursionar en los asuntos universitarios tuvo simplemente un impacto colosal sobre esa vida, tan vida como la de casi todos los demás que nos consideramos mortales.

Era fácil comprender que para ser algún día director (me refiero al hecho de tener algún tipo de mando en alguna repartición universitaria) había que pasar por ser profesor. Eso lo tuvo claro, se puede decir, desde el primer día en que llegó, con aires de elegante cautela, a los recintos de la facultad. Ya algo había aprendido en su otra profesión, pero esos estudios apenas se podrían considerar para los efectos de su saber posterior y el contenido de esta historia. Así y todo, comprendió que algo importante se podría jugar entre esos muros, los de su antigua profesión y de la nueva a la que aspiraba, pero como esos candidatos a sacerdotes que juegan con la idea secreta de llegar a ser algún día obispos, pensó que sería poca cosa ser meramente un profesor sin llegar a ser un director. Así comenzó la historia de su decisión fundamental, y la manifestación de las semillas de contradicción que habrían de alcanzar su primera cima en el ambiguo esplendor del premio que, muchos años más tarde, se convertiría en la corona de su más señalado éxito.

He podido comprobar que las ambiciones humanas tienen en ciertas personas un verdadero engranaje psicológico interno, que muestra a su vez una complicada escenografía *ad extra*. Digo ciertas personas, aunque creo que todo el mundo de uno u otro modo está afecto a estas mismas mociones espirituales de carácter paralelo. Es más fácil captar, por decir así, la ambición *in fraganti* que comprenderla en todo su vasto proceso interior. Estaba seguro de que lo que había entendido de la conducta del director era apenas la manifestación exterior de un fenómeno cuyas raíces eran de hecho más interiores. Yo había podido atisbarla solamente, viéndola aparecer en todo ese juego de artificios con que se adorna, como dice el poeta del Avon, una *ambición extravagante*. Supongo que ella se asienta en la naturaleza de las cosas huma-

nas, y como casi todas las cosas de este mundo ella también subsistió en una etapa anterior de bondad, y tuvo su propia caída en algún remoto momento. Esos bienes primigenios permanecen todavía, aunque bastante oscurecidos por el mal, que ahora también envuelve la totalidad de lo que llamamos ambición. Si no empezamos a verla desde su bondad originaria, difícilmente podremos entender su significado verdadero en el alma humana tal como la conocemos ahora. Como todo lo bueno, el accionar de la ambición y sus eventuales efectos en nosotros deberían coincidir con objetivos de unidad. Quiero decir, la ambición originaria fue probablemente también un factor unificador del alma humana y de sus fines superiores, y por tanto, una fuerza de apoyo en la búsqueda de la identidad y permanencia de los individuos sobre la tierra. Se ambiciona, por tanto, no en primer lugar para destruir sino para consolidar el edificio de nuestra propia supervivencia sobre las bases más sólidas posibles. Son varias las fuerzas que actúan en ese sentido, pero la ambición se caracteriza por la intensidad de sus efectos en el alma.

Gracias a la ambición queremos ser más, traspasar el límite de nuestras propias capacidades. En una palabra, ser en la plenitud de nuestra propia naturaleza. Salustius había visto que si los hombres buscaran los verdaderos bienes con el mismo ardor con que procuran poseer objetos extraños a su naturaleza, aprenderían a gobernar por sí mismos los acontecimientos de la vida, en vez de estar sometidos a ellos: así se elevarían a un grado de grandeza tal, que *en vez de mortales se harían eternos por la gloria*. Pero ese hombre de condición superior rara vez aparece en el escenario de la vida, en que penosamente compartimos una existencia difícil todos los hijos del destierro.

Ambicionar ese premio era solo un aspecto un tanto extravagante de un alma acostumbrada ya a una *cupido possidendi* que se acrecentaba en forma constante con el paso de los años. Ese deseo de grandeza estaba ya sin embargo en el hombre de la edad preternatural, razón por la que Adán fue tan sensible a ese llamado del demonio a ser como Dios. No digo que el director estuviera tentado a ello: me refiero más bien a

ese vago deseo de inmortalidad beatífica que suponemos poseen los que casi rozan los límites de lo divino. Un deseo en principio no exento de sentido para un ser dotado de la sensibilidad espiritual del hombre, y de las sensaciones que parecen experimentar ciertos humanos, aquellos que piensan sobrepasar al resto de los mortales por la excelencia de sus virtudes.

La caída originaria, en consecuencia, que afectó específicamente a la ambición fue, como para todo lo demás, una pérdida en el sentido de la realidad. Eso significa que esta caída fue en el inicio el desplome de una instintiva cualidad preternatural que nos mantenía en armonía con el mundo real: una concordancia con la divinidad y sus criaturas divinas y todo el resto de su creación. Por eso se vivía en un paraíso, porque la existencia humana, en consonancia feliz con el mundo, hacía del territorio de sus horizontes un edén. La caída significó el derrumbe de la capacidad natural del hombre de reconocer sin impedimentos la realidad y, por tanto, señaló el comienzo del imperio de la apariencia en nuestras vidas. Me había acostumbrado a ver en el director un paradigma del carácter humano en esta condición crepuscular, un estado que por supuesto sabía que todos de alguna manera compartíamos. Pude comprender que desde el momento de la expulsión del Jardín la comprensión de lo real en nosotros ha sido una conquista ardua, y tendemos al engaño, sucumbiendo con facilidad a la seducción de la simulación. De ahí que la ambición es ahora una fuerza de ambiguo poder constructivo y destructivo, siendo como es, el origen de un proceso de resultados por lo general imprevisibles y muchas veces desastrosos. Esas características provienen precisamente de una ausencia del sentido de la realidad en esa alma en busca de perfección, que la lleva a ir en pos de simulacros de grandeza carentes de verdad.

Trato en realidad por mi parte de explicarme qué pudo haber pasado con el director y el carácter de su ambición, a pesar de que los resultados no eran tan espectaculares como él mismo hubiera querido siempre que fueran. Podía él, sin embargo, mirar hacia atrás y no dejar de sumar para sí con-

decoraciones importantes que la vida le había concedido. El problema está, pienso yo, en que la ambición se ejerce, como su nombre lo indica, en un *ámbito*, que a menudo entra en conflicto con esas circunstancias famosas que lo dificultan todo. Quiero decir que, si se quiere ser director (o permanecer allí a falta de otra cosa más acorde con los deseos), se es director de algo bien concreto, sobre todo de gentes a las que se dirige. Ambicionar ser escritor, no sé, se me ocurre que podría ser más llevadero para otros, pues o te leen o no; si bien quizá los más afectados podrían ser los gerentes de las editoriales que se pudieran sentir importunados por los que escriben, ellos, que se dedican precisamente a editar lo que otros escriben, en el entendido, claro está, de que tratarán de publicar solo aquello que vale la pena divulgar, ciertamente, sin peligros para el capital. Pero tú puedes en cambio hacer la vida bastante difícil mandando a otros, y es posible que este sea un placer que muchos ambicionan: una forma de oculto sadismo. El director, creo yo, era más consciente de esto de lo que él mismo confesaba a su propia conciencia, es decir, de su deseo de mandar e influir sobre los acontecimientos. Porque en muchos aspectos su sentido de realidad no era malo, cosa que le hizo siempre abrigar esperanzas de ser abiertamente un político. En ese caso aún no tengo claro por qué prefirió el *témenos* a todo lo demás, a pesar de que mi veredicto personal es que habría sido un desastre como político, pues era de ese tipo de personas que estaban a la espera de que otro más poderoso lo llamara y le dijera *¡asciende más arriba!* Pero eso no pasaba tan a menudo, ni con él ni con nadie, si subir más arriba significa algo más que ser embajador en Tiflis o algo así. Ni siquiera tal cosa le sucedió, creo, nunca. Eso me hace pensar, en todo caso, que la ambición que lo poseía tenía algo que ver con un sentido especial del futuro, que en concreto se manifestaba en una orientación especial de las propias esperanzas. Esta puede ser quizá una explicación más particularmente significativa; porque los individuos expulsados del paraíso perdimos nuestra capacidad de orientación inmediata frente a un mundo que dejó, por eso mismo, de ser un lugar de felicidad.

De todo ese universo de confundidos seres humanos se puede esperar cualquier cosa, pero quiero decir que todo esto no fue tan particularmente terrible en este caso. Eso me permitió mantener siempre más bien una mirada cordial y casi simpatizante frente a todos esos acontecimientos que suscitaban en mí una especial curiosidad. Es decir, no habría de ser tan complicado seguir las evoluciones del director, evaluar su carácter, y comprender las razones de sus objetivos existenciales: porque no había en él pasiones de hecho tan disímiles de las del resto de los mortales, en especial, de los que pasan sus vidas en los campus llamados universitarios y merodean por sus *témenoí*, que desde un punto de vista académico podríamos llamar “recintos”. Porque una cosa sí había comprendido, que los directores no solo dirigen personas sino que ejercen control sobre unos espacios que son como el ámbito de su poder. Que yo sepa, solo la Orden de Malta es una soberanía sin lugar entre los estados del mundo, pero aún así los espacios en que habitan sus Grandes Maestros y su embajadores en el extranjero gozan de la necesaria extraterritorialidad propia de un estado soberano. El director había comprendido cabalmente la importancia del espacio, y como un Adonay gustaba pasearse por su jardín, claro que no solo al atardecer, e inspeccionar los extremos del territorio sujeto a su dominio.



## El cortejo de admiradores

Pero aquí había un corredor, y los pasillos del *témenos* académico de esta comarca, la más occidental y meridional desde las puertas exteriores del antiguo Edén, solían estar por lo general vacíos; a pesar de la apariencia de ser un lugar de fácil acceso y abierto al visitante, eran pocos los que transitaban, mientras la mayoría de los estudiosos se mantenían silenciosos, la mayor parte del día, dentro de sus celdas. El corredor era interior y cerrado, y formaba parte de un recinto mayor, el *témenos* de Jacobópolis, construido de una manera circular junto a una vasta rambla de árboles, más allá de cuyo andén central se divisaban diversos edificios entre los que, cerca del más exterior canal de aguas que circundaba el primer gran anillo de tierra, se levantaba esta verdadera noósfera académica en que la filosofía, madre de las ciencias, sentaba sus reales. Circulaban también algunas personas más jóvenes que de vez en cuando pasaban por allí, y eran llamados alumnos. Su función no era muy clara en ese corredor, aunque habría que suponer que tenían por maestros a algunos de quienes solíamos ver habitando durante el día aquellas celdas, que en el lenguaje corriente se llamaban oficinas. Se entendía por lo general que estas celdas eran espacios para cumplir la obligación de estar en el lugar, de modo que el pasatiempo principal solía ser el de espiarse unos a otros, labor que ejercían con especial capacidad ciertos oficiales llamados con toda razón subdirectores o miembros del “comité directivo” del director. Salían de vez en cuando unos por aquí u otros por allá, no tan a menudo, no siempre al parecer con algún objetivo claramente preciso. Y había uno, como lo recordaba, que se movía con cierta exaltación desde el fondo del pasillo hasta las habitaciones exteriores, donde había, cerca

de unos vastos escritorios, unas secretarías trabajando. Nunca pude entender bien las razones de tan frecuentes desplazamientos, que lo mantenían ocupado gran parte de la mañana en ir y volver sobre sus pasos, sentarse a tomar café con las secretarías, en especial con una de ellas, e intercambiar opiniones sobre cosas entre aladas conversaciones. Se me ocurre que también él se había percatado de que ese era un lugar privilegiado para escuchar frases sueltas de quienes pasaban por allí, porque había desarrollado una gran capacidad para suplir contextos, tal vez gracias a algunos ocasionales estudios de hermenéutica. Allí entendí además que los humanos solemos mover las orejas cuando nos domina un deseo intenso de escuchar algo que por el ruido o la lejanía se oye con dificultad. Noté que algo así le sucedía al caminante de estos episodios. Nuestros pabellones auditivos, en efecto, tienen esa curiosa capacidad, que uno ve sobre todo en nuestros animales domésticos comunes, pero que no se hubiera creído con facilidad que también es una cualidad que posee el género humano; de todos modos, no tenía aún seguridad sobre este asunto, cosa que solo pude advertir propiamente en las situaciones que narro. Las orejas, en esas circunstancias, parecen antenas que giran subrepticamente en busca de ondas auditivas débiles, que mediante este movimiento se desea detectar mejor: al fin y al cabo por algo se les llama también pabellones. Esa situación me entretenía un poco, en medio del tedio que, supongo, era también la razón por la que esta alma no hallara nada mejor que estos paseos cotidianos, esas conversaciones de secretaría, y estas sesiones de escucha subreptica. A veces quizás me hubiera gustado seguirlo también en los paseos que dicen continuaba por las tardes en los patios, por curiosidad, pero luego de tantos recorridos matutinos por el corredor lateral, me asistía la seguridad de que, fuera del espectáculo que implicaba la reiteración de un acto, no había mucho más que decir sobre la realidad intrínseca del suceso.

La razón de mis recuerdos, sin embargo, está en que este caminante pasaba a la sazón por ser el principal colaborador del director, a pesar de que este jamás habría aceptado ni



remotamente considerarlo como tal. Porque el director nunca tuvo colaboradores, sino tan solo subordinados; y no era su costumbre conceder crédito alguno a nadie sobre nada importante, a menos que fuera algo más bien rutinario o superfluo. Y eso es lo que nuestro peripatético colaborador hacía: su trabajo era un equivalente a la contaduría de libros, que es precisamente algo que yo denominaría rutinario, o algo así. Porque eso es lo que pasaba más propiamente en aquel sector; quiero decir que la gente se veía en la necesidad de estar allí sin saber propiamente para qué; y era esa carencia de objetivos más precisos y de razones más valederas en relación con el conjunto de la situación, lo que hacía que los moradores de celdas parecieran cumplir una obligación asentada en rutinas, sin contar con una sustentación plenamente inteligible. Y tenía la sospecha de que el director tenía alguna culpa de todo ese pesado ambiente que se respiraba en el entorno. Yo suponía, en efecto, que un director como el nuestro conocía de la necesidad de mantener a la gente en una cierta incertidumbre, de modo que todos permanecieran en una perplejidad básica que impidiera de hecho toda articulada oposición. ¿A qué se va a oponer uno en medio de la confusión y la duda sobre el ejercicio de la dirección? Y parecía prevalecer la idea de que cada cual debía realizar lo propio, pero sin relacionarse con los demás, sino únicamente con el director.

En apariencia, sin embargo, para quienes habitaban los anillos centrales desde donde se ejercía el poder soberano de ese abigarrado conjunto de sabios, las cosas marchaban aceptablemente bien aquí, más abajo, y como en otros costados de ese vasto conglomerado, aquí, con mayor razón, la figura deslumbrante de la dirección necesitaba un cortejo de seguidores que, de algún modo, hicieran más palpable la magnificencia remota de su poder. Y era conveniente, especialmente en este caso, que el grupo de acólitos fuera, en lo posible, lo menos interesante que se pudiera, pues era de todo punto de vista obligatorio que el brillo se concentrara en forma exclusiva en el director. Las criaturas de la apariencia precisan de un entorno, de un horizonte que dé perspectivas de

realidad al conjunto de lo que aparece en una determinada circunstancia. La apariencia debe alimentarse de apariencias, si quiere subsistir en su intento de suplantar la realidad. Las cosas de este mundo están necesitadas de diversas capas, por decir así, que como estratos geológicos sostengan el suelo de nuestras representaciones con la efectividad requerida. La apariencia es una suerte de conglutinación, y carece de la simplicidad de las entidades superiores. De ahí que los caracteres que viven en ella estén cubiertos de muchos estratos multicolores, como si fueran escamas. Tú no terminas jamás de sacar y sacar las vestimentas que cubren la insignificancia escondida al final de ese laberinto de ropajes. Se trataba ahora de una treta tradicional, demasiado extendida quizá, pero que casi siempre es olvidada por la mayoría de los seres humanos incautos, y por eso a menudo triunfa. Hay que contar con ello, pensé, con estos capisayos que cubren a las almas, mientras trataba de sobreponerme al cansancio que suele invadirme al interior del recinto, y que pugna por destruir en mí el sentido de curiosidad y análisis que hasta el momento me impulsa a proseguir el relato.

Son por lo general hermosos astros de suficiencia: a menudo me he imaginado a los seres humanos como planetas vagabundos, y esta constelación abundaba en planetas que circulaban en torno a su sol, único factor de sus evoluciones. Estos objetos celestes, que vistos desde la tierra parecían planear –a diferencia de la gran esfera de las estrellas fijas, y del Sol y la Luna que a su vez presentaban una mayor regularidad de movimientos–, hicieron pensar por siglos a los astrónomos en la necesidad de asignarles diversas esferas para explicar la aparente arbitrariedad de algunos de sus recorridos anulares. El pueblo, con razones quizás mejores, los consideró siempre estrellas errantes, puesto que como nómades celestes vagaban por los collados del cielo. Se mostraban indudablemente más libres en su accionar que la gran esfera de los fijos, y no se constituían sino rara vez –como era este el caso– en constelaciones: sus giros vagabundos los hacían más parecidos a nosotros, y por eso acapararon desde los albores del género humano la atención. Para los sabios, sin embargo,

todo lo que no aparecía moviéndose desde aquí en círculos perfectos debía ser explicado por las diversas esferas que dirigían también, circularmente, los movimientos aparentemente irregulares de estos astros errantes. Se deben salvar las apariencias, pensaron: es decir, mediante cálculos matemáticos podríamos explicar los fenómenos en toda su aparente arbitrariedad. Hay que recordar que se consideraba al Sol como uno de estos astros giratorios, y como siempre, ha habido muchos entre los mortales que, envidiando su brillo, han querido asemejarsele. Soles, reyes soles, directores y académicos soles: ha habido de todo bajo el Sol. El director sabía mucho del Sol, se podría decir que era un experto en psicología solar; y por supuesto, si bien le causaba profundo desagrado, se veía en la necesidad de reconocer que toda la felicidad del *gran astro* nada sería si le faltaran aquellos a quienes ilumina. No hay Sol sin un cortejo de iluminados, y si no había propiamente admiradores, el director se las arreglaba para poseer su propia corte, pequeña pero activa, y numerosos y obligados súbditos.

Hay un aspecto de la cartografía astral que tiene que ver con la capacidad simbólica de las estrellas para explicar en alguna medida la complejidad insondable del alma humana. Como todas las cosas, el Sol también sufrió la expulsión del paraíso, y un segundo sol ha debido iluminar desde entonces a los descendientes de Adán. Hay un Sol que sigue brillando para Dios, y hay otro que ha tenido que volverse para iluminar a los hombres, él, que era o que fue *ojo profundo de felicidad*, como decía Friedrich. No es el astro, entonces, del *pudor orgulloso*: de ahí que de la raza expulsada surgieron emuladores de este otro Sol, expulsado también con nosotros del paraíso, y que en vez de liberar solo consigue esclavizar a su cortejo. Extraño destino de la luz que es capaz también, como veremos, de proyectar sus apariencias espectrales.

Estas sombras, como si estuviéramos cerca de los polos del mundo, se suelen alargar extremadamente bajo el imperio del sol adánico. El hombre solar que lo imita gusta acompañarse de este cortejo de sombras asociadas. No eran muchas, en verdad, pero al fin y al cabo eran parte del mun-

do y del corredor de la comarca meridional, y como nubarrones de mal agüero ellas oscurecían a veces también mis esperanzas de feliz sosiego como habitante cotidiano del sector. En parte para conjurar esos males me decidí a escribir este pequeño manual, como testimonio del impacto que todos estos acontecimientos producían en mi alma. Los cortejos de estas divinidades solares caídas terminan curiosamente por parecerse a sus arcontes. Quizá, pienso ahora, que eso era lo que, en las *Nubes*, mi admirado comediógrafo quería criticar. El mal, por tanto, tiende a extenderse por los pasillos y corredores de los *témnoi*, salir a los patios, inundar los lugares interiores, insinuarse incluso en las bibliotecas y las capillas. Porque suele suceder que los del cortejo son los encargados de propalar los rumores, noticias insustanciales acerca de la realidad evanescente del corro en que habitan.

Claro está, las semejanzas de imitaciones son siempre inferiores a la marca de fábrica, pero en este tipo de cosas uno prefiere lo malo a secas que lo malo a medias. Y había muchas cosas a medias en la región comarcana, pero en especial en el corredor del sector más inteligible donde habitaba el director, y que ya se había constituido en una suerte de mayordomía colateral. Allí se había reunido junto a él ese resplandor de toda aquella opresiva gentileza de los que no alcanzan a ser lo que siempre ambicionaron ser. En esas circunstancias, siguiendo una dinámica interna que tiene sus propias leyes, no era raro ver progresar en el escalafón de esta gloria esquiva solamente al que con mayor perfección lograba parecer lo que quiso ser pero nunca fue capaz de llegar a ser. Yo de todas maneras no dejaba de simpatizar con muchos de los habitantes de esta región de alargadas sombras, incluso con el director, y todas las bellas criaturas del coro de la *doxa* que lo acompañaban. Estaba entonces especialmente incluida en mi recuento la pequeña cohorte del director sol, pues siempre he sentido –cosa que me parece natural– una afición instintiva por toda la pobre raza de los exiliados de Edén, entre los que me encuentro. El paraíso de Elohim estaba al oriente, en Edén, de modo que lo más probable es que fuimos expulsados hacia el poniente, donde un

sol mortecino actualmente nos alumbraba y entibia. Arrojadados de nuestro antiguo *gân*, buscamos ahora un nuevo *pairi daeza*, ese 'jardín cercado', que los persas supieron con tanta perfección cultivar. Resulta entonces que el *paradisus* es nuestra forma originaria de *témenos*, y no puede parecernos por consiguiente sorprendente que no solo soñemos con ellos, sino que también intentemos a menudo reconstruirlos en nuestras vidas, puesto que los llevamos dentro como recordatorio de nuestros orígenes olvidados. Eso hay que tenerlo en cuenta para entender al género humano, y no exigir de nadie lo que nadie puede entender si no revisa, con amoroso cuidado, sus propios sueños. El poniente significa en este caso el crepúsculo vespertino que circunda todo el teatro del mundo en el estado actual; y si bien es posible que existan seres iluminados por el verdadero Sol, los rayos oblicuos del sol caído dominan por lo general el horizonte total de nuestras existencias.

Pero volvamos a la comarca más propia en que se halla enclavado el recinto de esta historia. En antiguos mapas del Renacimiento he visto que se llamaba a la entera y alargada región de la que hablo la Thule meridional, si bien prevaleció finalmente el nombre de Finibusterre del Nuevo Extremo, que por brevedad terminó por llamarse simplemente Finibusterre. En esa extendida comarca, hacia su centro, está el *témenos* a que me refería, y en aquel lugar, así como a un costado de la galaxia de la Vía está la Tierra, así el corredor lateral se extiende cerca del exterior del claustro. Y allí están, en el centro mismo de ese costado, el director y su cubo, que le sirve de oficina; y más allá, una figura de apariencia verdaderamente crepuscular parecía por momentos destacarse entre los miembros del cortejo. No es fácil hallar una explicación razonable a cosas que difícilmente tienen una explicación. Se veía como un ser humano, y supongo que nadie que lo conoció dudó jamás de que pudiera serlo. Yo tampoco habría dudado. Me refiero al hecho de que uno da por sentado que la gente bípeda e implume que anda por el mundo, y a la que uno trata por esos caminos de la vida, son en verdad todos seres humanos reales. Sería terrible que ese punto de referencia fuera puesto mínimamente en duda. Los filósofos

sin embargo suelen dudar de todo, si bien me parece difícil de creer que haya existido alguno que dudara alguna vez de que los seres más parecidos a uno, es decir, los seres humanos que se tienen delante, hayan podido por alguna razón no serlo; y de creer que de verdad eran algo, deberían ser ellos más bien criaturas surgidas del sueño o del aburrimiento de los dioses. Lo contrario sí sé que ha pasado, puesto que Pitágoras reconoció, se dice, en los alaridos de un perrito que estaban apaleando sin conmiseración, a un amigo suyo. Una malvada alusión, dicha sin duda para denigrar algún amigo del maestro. Pienso por eso que no se tiene derecho a dudar de nadie hasta ese punto, ni a detestar a nadie por el hecho de considerarlo un inexistente, ni menos a menospreciarlo, suponiendo que un ser humano no es de la naturaleza que él y los demás suponen que es. Esto, todos están de acuerdo, no se decide por mayoría de votos. Pero lo que uno a veces se veía tentado a pensar era que ciertos sujetos que caminaban por los pasillos laterales del *témenos*, más que figuras humanas eran criaturas o de la propia imaginación, o productos de un sueño que tenía el poder de activarse durante la vigilia propia del pasillo. Creo que tendré que cargar toda la vida con esa duda profunda que, en momentos difíciles vividos al interior de los corredores, se me transforma casi en una certeza; un tipo de certidumbre psicológico, diría yo.

Así y todo, lo que a mucha gente le ocurre es que siente que es injusto que se tenga que cargar con la pesada obligación de tener cierto tipo de prójimo delante. No se tiene nada contra los locos, por ejemplo, pero es preferible vivir fuera de un manicomio, y es lo que por lo general hacemos: alejarnos lo mejor posible de aquellos seres que no estamos en la necesidad imperiosa de tratar. Pero resulta que si se está en un *témenos*, hay que convivir con los habitantes de él, y pasar una existencia en coloquios y tratos diversos con cierto tipo de gentes, aunque en el sentido estricto de la palabra pudieran parecernos indeseables. Así, entonces, los directores están allí, como la punta superior de estas pirámides subordinadas. Esa era quizá la razón por la que uno podría considerar al recinto de los corredores como un trabajo pues, en otros

sentidos, el vivir allí reportaba el beneficio de hacer muchas cosas que a uno le agradaba hacer. Pero es ley de la vida de los expulsados de Edén el ganarse el pan con el sudor de su frente, y yo supongo que este es el precio que todos tenemos que pagar, con generoso acatamiento a la voluntad de Elohim.

El director, en todo caso, no conversaba con nadie propiamente sino que hablaba; quiero decir, alargaba sus temas, que por lo general incidían en un determinado punto filosófico, cosa que por el momento no hace falta explicitar. Unas pocas veces hacía una exposición de sabiduría política, pues su presunción de ser un *animal político* fue creciendo con el paso de los años, hasta transformarse casi en obsesión. En eso, sobre todo, fallaba, pues para ser político hay que dar al menos la impresión de que uno se preocupa por los problemas de los demás, y de que se tiene a su vez la intención de solucionarlos de algún modo. Además, no importaba para qué iba alguien adonde él y por qué, pues era prácticamente imposible meter baza en esto del hablar. Pero el director se sentía cómodo con su confidente, porque al fin y al cabo él sabía con claridad que no corría riesgo alguno con un ser de esa naturaleza y condición, dispuesto *a priori* a condescender con él. Dejaba pasar cualquier cosa, porque se puede decir que casi lo único que el director verdaderamente estimaba de un prójimo cualquiera era la disposición obsequiosa y reverente que los demás podrían eventualmente tener para con él. Mejor todavía si, como solía suceder, no se tenía demasiada substancia blanca y menos todavía gris. Él poseía en grado sumo esa sutil y difícil virtud de saber quién era digno de sus halagos, cosa que se podría en todo caso contabilizar entre las cosas inteligentes, si bien “digno” significaba aquí más propiamente aquella persona que podría contribuir en alguna medida a la consecución de sus propias ambiciones.

Gracias a mi condición de ser *de la planta* estaba en la situación de poder observar desde dentro el acontecer maravilloso de este oasis del poniente. Porque, a decir verdad, es indudable que en nosotros permanece el complejo de la serpiente, que vuelve a aparecer en estos jardines crepusculares con la intención perversa de destruir el encanto de la apa-

riencia originaria mediante un engaño decisivo. En la medida en que el mundo de la apariencia es un intento de suplantación de la realidad, se puede decir que la opinión pretende sustituir a la verdad: la serpiente es mentirosa gracias al hecho de que conoce algo de la verdad; pero es malvada, porque de intento pretende impedir a los mortales los beneficios de poseerla. Su odio se acrecienta cuando ve que no tiene en sus manos la capacidad de gobernar los hechos que su propia ignorancia le impide adivinar. Por eso, la serpiente hace y promueve cosas acerca de las que pierde rápidamente el control; y carece por otra parte de la capacidad de prever los acontecimientos que provoca.

A juzgar por la evolución de los sucesos que en el ámbito del corredor lateral se producían, pude comprobar con desencanto que donde se instala el dominio de la opinión, se insinúa del mismo modo la presencia de la serpiente que le susurra al mortal: *No moriréis; seréis como Elohim*. Lo que sucede, creo, es que la apariencia, instalada en sustitución de la realidad, está siempre presa de la fascinación de la serpiente, sucumbe a las tentaciones que ella provoca, y sufre las consecuencias de un engaño sutil y muy difícil de desarraigar del alma. La mente, en estado de opinión, teme su poder de persuasión, pero a menudo no sabe cómo defenderse de ella con las estrategias debidas. Pero por la misma razón, a la apariencia se le han abierto los ojos, y como un Elohim exiliado, requiere de la presencia de su propia serpiente para establecer su dominio en el ámbito en que mora. Había entonces en este jardín al oeste de Edén también una culebra paseándose o, más bien, arrastrándose por los frondosos valles del paraíso caído, y me temo que siempre se habrá de necesitar un ofidio, ya sea como causa, ya sea como efecto de todo lo que suceda en este mundo iluminado por los rayos indecisos del sol poniente. Esta culebra ya nunca más anda de pie (supongo, porque caminaba erguida antes que Yahvéh la conminase a arrastrarse por el polvo), y por eso se puede considerar que forma parte del lote del valle de los caídos.

Y había también aquí un enemigo en esta historia, no era una culebra, ni tenía nada especial de malo, sino que, en la



apariencia, es natural que si no hay un malo de verdad sea preciso inventarlo, y tener a todo el mundo a la espera de inminentes peligros. Era muy natural que el jardín que al *témenos* circundaba en toda su extensión al modo de un claustro tuviera su árbol prohibido, y su culebra, pues así es como se organizan las cosas en su totalidad en este mundo al que me refiero. Mejor quizá, se podría decir que había un árbol del fruto prohibido, una serpiente, sus Adanes y Evas y, un detalle importante, sus Elohim. Los malos en este caso son aquellos que insinúan que los demás pueden ser como Elohim si comen del fruto vedado que brilla en medio del jardín. Pero el problema es que estas divinidades caídas no son como Elohim, sino fatuos espectros que intentan suplantar a la divinidad. Igual que antes, por mucho que se coma del fruto del árbol caído no se podrá ser como Dios; pero el problema está en que ese ser que ellos afirman como divino no es un Dios ni nada parecido. Los hombres del jardín viven, entonces, sometidos a dos contradicciones, a saber, la primera, a un tabú falso que les impide comer del fruto, y luego, a la mentira insidiosa de la culebra que les asegura que, mediante esa comida serán semejantes a alguien al que ya no están en condiciones de igualarse. El falso Elohim del corredor pretende mantener encadenados a sus habitantes mediante la prohibición de una falsedad: que no se coma del fruto del árbol del corredor, porque si así fuere, todos ellos serán como el falso Elohim. Lo que sucede es que la gente se confunde con todo esto, como yo mismo me he confundido ahora tratando de explicar este asunto. En resumen, sin embargo, el que gobierna en el *témenos* se mantiene en su posición de privilegio gracias a un doble engaño.

Él a veces se sentía como un Elohim; y no es que estuviera henchido de orgullo como para intentar emular a la divinidad, pero lo que sucede es que él entendía bastante bien lo de la conveniencia de un árbol y una culebra en el jardín del corredor, para subsistir del modo tan exitoso en que lo hacía, al menos en su manera de ver, y en la de aquellos de su séquito, e incluso de muchos que no entendían de estas cosas, y que suelen ser la mayoría. Como aconteció con el padre de la

mentira, el demonio, la suplantación en este caso de la realidad ideada por el director debía ser total, y para ello era necesario que hubiera tantos simulacros aquí como paradigmas allá. Eso él lo entendía bien, y he llegado a la conclusión de que hay muchos que han entendido que las cosas son así. Lo único que había que cuidar, eso sí, era que no faltase ningún paradigma sin los simulacros respectivos. La falta de uno solo podía producir un vacío peligroso, y aumentar la sensación de inconsistencia en ese conjunto. A cada paradigma debía corresponder una multitud de simulacros a semejanza de aquél, pero el total de paradigmas era la suma de un *numerus clausus* que debía constituir la cima orgánica del conjunto en su totalidad. La competencia es grande, sin embargo; por consiguiente, era necesario que el director dirigiera y que cada cosa estuviera en su lugar: que ese era el orden. Tenía por tanto que haber alguien en el ápice del sistema, y ese era él.

## Paseo al sur del mundo

La región de Finibusterre se extiende de norte a sur con gran longura y estrechez entre altas montañas que delimitan un valle casi en su totalidad vertical. Es la región más al oeste del paraíso, donde el sol vespertino, fatigado de su viaje diurno, se apresura ya hacia el descanso nocturno de su tardío tálamo. En verdad es quizá menos largo de lo que parece, pues el país se extiende propiamente entre dos regiones extremas, que si bien le pertenecen, son de hecho añadidos territoriales que las circunstancias geográficas y los azares históricos y políticos del estrecho corredor hicieron posible. Me refiero a que hacia el norte de la franja se extiende una región desértica, llamada del Protectorado. Todo comienza para el país con los primeros ríos que llegan al mar, y valles transversales que poco a poco se van cubriendo de verdor a medida que se avanza hacia el sur. El valle de su capital es el que manda; de allí y después de más de mil millas se llega a una isla grande, último reducto del país propiamente tal, y allí comienzan los valles centrales a despedazarse en islas y quebradas costas: es la región Tributaria, que depende también, como la región del desierto, de la soberanía de Finibusterre. En verdad que esta última región es importante, pues sin ella difícilmente se podría justificar el nombre que el país como tal posee por estar situado en el confín. Esta región paga tributos importantes en forma de lanas e hidrocarburos, mientras que el protectorado, desde hace tiempo, envía al poder central el producto de sus minerales. Ni una ni otra reciben gran recompensa de sus tributos, pues Finibusterre siempre gasta más de lo que tiene, sobre todo para su región central y ciudad capital, y no le alcanza para ninguna devolución de lo que recibe de sus regiones extremas.

De la parte austral del país, hacia los confines del corredor geográfico vertebral, anterior a la gran Isla, llegó una amable invitación al director: porque a todo lo largo de la prolongada comarca se extienden diversos *témnoi* engastados en su geografía, como joyas de brillo desigual. Junto a un hermoso río navegable se extiende una ciudad conocida por el valor de su recinto académico y el esfuerzo de los habitantes por conservar su buena reputación. Ya no hay toquis que dirijan sus *témnoi*, pero se decía que un director supremo alternativo regía entonces sus destinos, si bien en esos tiempos era claro que no como interino. Pero ese es un asunto que podríamos llamar accidental. Se dice, en cambio, que este recinto posee un jardín de vastas dimensiones, que por la naturaleza de su clima lluvioso deja crecer una prodigiosa multitud de arbustos circundados de arboledas fragantes. El director había sido invitado allí a dar una conferencia. Fue un gran alivio para él en esa ocasión salir por unos días del encierro de su celda habitual, y llegar del septentrión como un sol a una ciudad sedienta de luz y calor. El Sol oblicuo del sur unió entonces su fuerza a la claridad de este astro de la filosofía perenne, que esperaba encontrar multitudes ansiosas de escuchar su palabra. Todo parecía marchar a la perfección cuando su amable anfitrión lo paseaba entre ulmos en flor y orquídeas gigantes. Había llegado este planeta fulgurante, y por aquí y por allá el recinto lucía unos bellos carteles con la figura paternal del director viajero, con fotos como si estuviera en negativo, que anunciaban su charla: *La existencia de la inexistencia*.

Yo no sé si vale la pena contar la totalidad de la historia, pero me pareció que en ella se conservaban ciertas lecciones para los mortales que pudieran interesarse en qué consiste la realidad de las cosas de la vida, o al menos, de eso que llamamos una filosofía de la vida. Después de una breve caminata, entraron finalmente al recinto del acto solemne que habría de consolidar la fama del conferenciante en todo el país del sur, y quizás hasta los confines mismo de la región tributaria del más allá. Todo seguía resplandeciente esa mañana, en que dos soles arrojaban en conjunto sus rayos solidarios sobre los

vastos jardines, y nada hacía presagiar ningún desastre entre tanta profusión de luz. Pero el desastre llegó, quiero decir, las multitudes no llegaron, y ni siquiera los pocos sabios que se esconden en las pequeñas oficinas del recinto quisieron abandonarlas para acudir a presenciar el suceso. El amable anfitrión, con el director ya en el interior del gran salón de actos, y un solícito auxiliar –para más cachea con un plumero– solamente atinaba a continuar una conversación que se arrastraba pesadamente, sin objetivos claros, con el único propósito quizá de aminorar el impacto de un vacío que parecía venir-se encima del pequeño grupo. La realidad era ya patente: no había nadie; y las butacas vacías no hacían otra cosa que resaltar la opresiva verdad.

El director enfrentó con decisión la situación. Cortó en forma abrupta una frase de su interlocutor, y se dice que comenzó a desgarrar personalmente uno de los carteles que anunciaban su visita. Tengo para mí que este fue un ejercicio de sabiduría, pues con ello el director hacía ver la importancia de la imagen como gestor de realidad; y al romper el icono se lograba de algún modo conjurar esta cadena maligna de acontecimientos que revelaban un verdadero complot de indiferencia y silencio. En efecto, la permanencia de su figura en grabado, con aires de entre sabio y estadista, contrastaba ahora en forma patética con la situación. Vacío y silencio ahora frente a él, mientras en sus manos quedaba el mensaje de su palabra encarpetaada. *¡Ay de ti, Corazaím!* Y el director, mudo ya –porque dijo muchas palabras de reproche que supongo innecesario reproducir– salió del recinto, y golpeando el suelo con sus zapatos que se me ocurre eran de charol negro, se retiró indignado. Una lluvia ocasional evitó que algún polvo surgiera de sus elegantes sandalias. Ya hacia el final del pasillo, se pudo ver otro *poster* con su figura. Yo me imaginaba al director en un acto postrero de un enojo todavía en erupción, y dicen que en alguna parte quedó un cartel con algo más de la mitad de su cara retratada, pero como mutilada en el recuadro. Esto me hacía recordar un hermoso busto, que se afirma reproducía la imagen verdadera de Plotinus, y que se alzaba imponente en Ostia tiberina. Como testimonio de lo

que se ha hundido en medio del transcurrir de los tiempos, la sugestiva efigie del filósofo aparece levemente truncada, y sus ojos brillan sumergidos en el interior del rostro como si mirasen espectáculos no vistos por nosotros, pero a los que mediante su mirada somos invitados a ver. La piedra mantuvo la memoria de la gesta del filósofo tal vez mejor que muchas de las páginas de quienes han comentado sus escritos; aquí en cambio un papel de calidad mediocre, con una imagen que ahora parecía la de un astro humillado por la indiferencia, debía ser destruida en un acto llamado a aniquilar la realidad del acontecimiento vivido.

De *La existencia de la inexistencia* nunca se supo nada, y conjeturo que de hecho la dejó por ahí definitivamente encarpetaada, pues consideró la necesidad de mantener en oculto silencio el asunto en su totalidad, incluida la inocente conferencia como objeto constituido, es decir, como un escrito cuantificable y en situación de formar parte del disco duro de su ordenador. Tratando de rehacer aunque fuera mínimamente aquella jamás pronunciada conferencia, advertido de la situación traté de manera infructuosa por algún tiempo de rememorar ciertos hechos que me parecían relativamente contemporáneos con aquel acontecimiento. Porque al contrario de su costumbre habitual, parece que esta vez no anduvo disertando entre sus oyentes el contenido de su tema. Porque tenía el hábito de, por decir así, ensayar sus charlas con quien se encontraba delante, fuera lo que fuere a lo que este venía. No pude en verdad reconstituir nada, si bien el título –que era lo único que a ciencia cierta se supo– de algún modo me sonaba a ese famoso libro de Averroes, *La incoherencia de la incoherencia*. Finalmente descarté toda conexión con aquella obra, aunque permanecí por algún tiempo intrigado, pues la disertación del director comenzaba con *la existencia*, siendo que si hubiera habido una relación debería haber sido en ese caso *la inexistencia*.

Pero más allá de este asunto menor, lo acaecido fue de verdad sumamente irritante para el director. Prometió no volver más a esas regiones australes tan ingratas a su saber, y un sentimiento de amargura pareció alongar por algún tiempo su rostro, que parecía haber empalidecido con el color

cetrino de un sentimiento de profundo malestar. La pasión había vuelto verdoso el rostro de la misma Safo, según se evidencia en el más famoso de sus poemas conservados, pero Afrodita le había concedido, por la calidad divina con que expresaba sus sentimientos, el don de una palabra inmortal. En este caso, no sé qué divinidad vengativa quiso ensañarse impidiéndole al director la palabra, puesto que enmudecido abandonó los jardines del *témenos*, que el sol del mediodía, entre la inestabilidad austral de la atmósfera, había vuelto a iluminar.

La actividad incesante del director volvió sin embargo rápidamente a una cierta normalidad. No era un hombre que se dejase amilanar por circunstancias que muy pronto fueron por él consideradas triviales, un producto de la increíble ignorancia que aquejaba prácticamente a todo el género humano en los temas del saber filosófico. Él seguiría allí, ante la masa ignara, cumpliendo con su papel de sabio inalterable, escribiendo en los suplementos literarios, con una gran foto suya que ocupara una parte importante del gran espacio que se le concedía por lo general a sus escritos en los medios de comunicación. Era tal vez un resabio de su propia experiencia de hombre de mundo, pues estaba convencido de que su figura se imponía ante los demás por el mero hecho de hacerse presente, si bien no estoy seguro de si él verdaderamente poseía algún tipo de sensibilidad estética más allá del promedio normal. Pero gracias a ello, gracias al carácter un tanto simple de su sensibilidad, había llegado a adquirir un cierto aplomo, quizá desconcertante en una primera impresión. Toda esa seguridad había sin duda favorecido su éxito en la vida, en especial en una comarca en que el poder de la apariencia contaba tan sin contrapeso –en especial la mayor de las apariencias, el dinero–, y en que consideraciones ajenas al verdadero mérito y saber se imponían casi sin excepción en toda circunstancia.

Hacia ya mucho tiempo que el recuerdo de las praderas originarias, que alguna vez la raza humana habitó, se había extinguido del nivel consciente de los individuos del corredor, que en verdad era un escenario en pequeño de todo lo que acontecía en el pasillo central de la Thule meridional,

hallando ahora apenas un refugio precario en el seno profundo de los sueños. De ahí que el conjunto de la realidad del mundo, en el horizonte inmenso de las cosas que se pierde a lo lejos en el cielo estrellado, se nos mostrara de hecho, en especial en ciertos momentos de pasajera claridad, como un misterio aún por develar. Me refiero al universo profundo de esas almas que se agitaban a lo ancho de tan breve y estrecha extensión, que eran como espacios insondables, espectáculos imposibles de comprender cabalmente, y solo en muy pequeña parte descifrables mediante conjeturas. Los antiguos griegos sabían de la estrecha relación que enlazaba a los individuos y el *ouranós*, y tenían de cierto modo definido ese espacio que en el cosmos se asignaba a nuestra existencia, y le llamaron “destino”, el *daimon*, a esa porción de vida que por decisión divina nos había tocado en suerte vivir. De ese modo, la denominación de lo más atinente a nosotros mismos, y por consiguiente de lo más importante, es decir, aquello que expresaba la contingencia de nuestra propia existencia en toda su riesgosa realidad, fue llamado en referencia a ese poder divino capaz de controlar el destino de cada individuo. En esas circunstancias, mi propio *daimon* llegó a ser el equivalente de mi destino, con toda la ambigüedad que eso mío podía tener, pues parecía pertenecerme en cuanto me había tocado en suerte, a pesar de que esa porción se mostraba de manera clara escapando a menudo a mi control. Fue evidente con todo desde el principio, que era aquí precisamente donde, como en una encrucijada, la naturaleza humana se entrecruzaba con lo divino, puesto que se trataba de ese frágil espacio, de ese inestable trecho de luz que los dioses habían decidido conceder a cada mortal.

Algo parecíamos, sin embargo, haber transgredido por el mero hecho de haber sido señalados entre el lote de los vivos, de modo que nuestra *moira* o porción de vida humana, si bien no era considerada necesariamente un mal, llegó de hecho a significar en especial el fin previsto de todo destino humano, es decir, la muerte como conclusión de ese espacio de vida destinado. De ahí que visto desde la debilidad absoluta de la posición humana, esa divinidad, o ese estado



de lo divino, *Aísa*, la que suministra los destinos individuales, lo hace al modo de un decreto de otorgamiento soberano e inapelable. Vivir, en consecuencia, supone poseer su propia parte en la vida como individuo, y compartir a la vez con el resto de los humanos una suerte común. En ningún caso, por otra parte, se nos ha pedido el consentimiento para nacer.

Si bien, entonces, la primera transgresión viene señalada por nuestro propio nacimiento, que de un modo difícil de precisar se impone ante nuestra conciencia como un quiebre de la unidad originaria, la segunda está en estrecha relación con el despliegue de nuestra individualidad. Qué mejor lugar parecía para el desarrollo pleno de un individuo que esos claustros que circundaban el *témenos* junto al corredor; pero era allí precisamente donde la libertad humana corría al parecer el máximo peligro, puesto que lo que menos se consentía en aquel lugar era la audacia del intelecto y la actividad creativa de una imaginación cultivada por el saber. Y allí estaba por lo demás el director, al acecho de los lindes de cada individuo, dispuesto a impedir la más mínima transgresión de los límites asignados a cada sujeto en el corredor. No siempre los hombres hemos conocido, es verdad, las fronteras que necesariamente se han de establecer en la realización de una propia existencia, sea en su relación con la divinidad o con el resto de los humanos; y de cierta manera nos hallamos en el mundo con la sensación de no pertenecer a él, razón por la que la búsqueda de nuestra identidad parece a menudo estar en pugna con la identidad de los demás. Así las cosas, en esta búsqueda del espacio de libertad personal, que suponía concedido de lo alto, mi propio espíritu me hacía comprender que, de necesidad, la creación de mortales sobre la Tierra debía significar de algún modo un estado de exilio de Dios, y que, por tanto, no podría haber habido creación sin haber sido previsto desde el principio un salvador que redimiera la raza humana, es decir, que aniquilara en lo posible los efectos negativos que forzosamente se harían presentes con la individuación de las almas en la Tierra. Quizás a cada cual “mejor le valiera no haber nacido”, posibilidad terrible, cargada de impredecibles presagios. Otras fuerzas benignas, sin

embargo, parecían provenir desde la misma región de los sueños. Ellas nos invitaban a penetrar en las esferas de la individuación en su relación con lo colectivo, y en ese peligroso límite de lo humano, se nos invitaba a hallar algunas de las razones de esa fatal necesidad de vivir una existencia, que se nos otorga de todas maneras, suponemos, en orden a la felicidad.

Pero la felicidad, como siempre, se mostraba esquiva con todos los que buscábamos el saber, más aún dado el hecho de que nos encontrábamos entre las circunvalaciones más exteriores del *témenos* en su conjunto. Estábamos, en efecto, situados como institución claramente en los límites más alejados del centro, y los efluvios del mundo académico central eran siempre cuidadosamente filtrados y escasos. En ese sentido, éramos la imagen perfecta de la comarca en su conjunto, pensada en toda su azarosa longitud; porque Finibusterre estaba en cierto modo condenada por la geografía: su condición de límite postrero de la diáspora occidental de los expulsados del paraíso habría de sellar su destino, a menos que un milagro de grandes proporciones telúricas permitiese, por algún recurso que al momento no imaginaba, modificar la situación presente. Todo tendía entonces a que las personas estuviesen en los lugares que no les correspondían, que recibiesen los premios que debieron ser concedidos a otros, que los que debieron haber estado siempre entre los que obedecen, ocuparan posiciones de dirección. Antes que un asunto de mentalidad, era simplemente un problema relacionado con la situación espacial, las coordenadas geográficas, *los ríos arteriales* de los que hablaba el poeta. En ese caso había poco que hacer, al menos por el momento, mientras *la peluca y la casaca* campearan sin contrapeso. De ahí el sentimiento de fatalidad que se revelaba en cada circunstancia de la vida, en especial entre el pueblo esforzado, en su calidad de espectador frustrado e impotente.

En el *témenos*, con todo, las cosas parecían darse de un modo más complejo y extravagante. El director, en posesión ya de su premio, veía con cierta preocupación el desvanecimiento paulatino de ese acontecimiento medular. Nuevamente hacía su aparición una transgresión de sello original, una disi-

pación del anhelo, sin controles que aminoraran la fuerza bruta del deseo; una audacia primera, como la señalada por la *tolma* plotiniana, la primera diferenciación, que se apresura temeraria hacia el lugar contrario a la divinidad, y se manifiesta en un querer ser por sí mismos frente a Dios. Se trataba, con toda seguridad, de un estado de alienación con características originarias, es decir, un desacuerdo, que revelaba la razón profunda de nuestro estado de exilio. Me pareció haber estado justo en las lindes del paraíso perdido, contemplando cómo se renuevan en nosotros los mismos acontecimientos de un origen que perdura. No me espantaba tanto del director, sino que mi admiración crecía al ver en él la figuración de un sublimado, que con límpida candidez había logrado pasar de la solidez a la evaporación: uno no podía ser indiferente ante una cosa así; y no se podía pretender que uno pudiera considerarse fundamentalmente distinto en lo que respecta a la naturaleza del paciente de tales sucesos: el *témenos* nos tenía rodeados a todos, y difícilmente podríamos escapar, a no ser que surgiera entre esas sendas perdidas un redentor.

Pero un salvador para estos mundos surgidos como de sueños, y no sujetos a la norma de la realidad cotidiana, era difícilmente posible, a menos que los eones eternos emitieran, como primicia de un acuerdo ahora prácticamente imposible, un nuevo *fruto común del Pleroma* que viniera a traer paz y alegría a este mundo entristecido, que había olvidado el camino de regreso hacia quien una vez lo formó. La Sabiduría del exilio no ha perdido totalmente su capacidad de salvación, y hay que rogar que, aunque estando fuera del Pleroma, la perfección original de su sabio nacimiento le permita, aun en su perplejidad, obtener mediante sus ruegos un salvador.



## Un discurso inacabado

El director amaba conversar en su oficina acerca del último libro que estaba leyendo, si bien rara vez daba a conocer sus fuentes, y guardaba la ilusión de que su interlocutor pensara que sus palabras provenían de su propia capacidad y su sabia invención. Pero en verdad los temas provenían de sus lecturas, sobre todo de la última que estaba realizando. Parecía por otra parte que su estadía en la oficina se le hacía interminable, por muy breve que fuera el tiempo que en ella ocupaba. Se hablaba allí de muchas cosas, pero por supuesto que prácticamente de nada atinente a los asuntos que constituían la razón de ser de su trabajo en la dirección. Muy rara vez se hablaba de eso, porque de hecho para el director el dirigir en esa región del *témenos* las cosas no era algo muy diferente que el estar simplemente allí, o el tener asignada una oficina más grande en cuya puerta decía “director”. Así las cosas transcurrían más apaciblemente, según creía, pues para él el arte de gobernar algo se medía según la capacidad de perdurar al frente de eso. Y quizás tenía razón: porque gobernar era para él, ante todo, el arte de seguir gobernando. El arte de ser director, en consecuencia, era el estar allí precisamente de director todo el tiempo que fuera posible, al menos mientras no hubiera algo mejor que gobernar. En eso, el éxito de su *modus operandi* había sido casi completo a través de su vida, luego de sus vacilantes comienzos.

Mientras él estaba entonces allí, fungiendo en consecuencia de director, más de alguna vez me encontré en medio de esas largas conversaciones, aunque confieso que en los últimos tiempos estas entrevistas se han ido distanciando y, claro está, estoy cada vez menos dispuesto a quedarme callado escuchando por mucho tiempo cosas que vienen a pito de no

sé qué. Pero tengo la impresión de que una conversación tenida con él hace ya varios años es digna de recordar. Algo raro tenía él con ciertos pasajes del *Banquete* de Platón, y sin que se lo hubiese interrogado o propuesto el tema, él mismo sacaba a relucir sus opiniones sobre el *eros*, de un modo evidentemente polémico y vehemente. El asunto se iba convirtiendo en un rollo, y algo lo tenía en ascuas desde hacía un tiempo en lo que respecta al amor, y al parecer su encendido discurso tenía que ver con las interpretaciones que otros (nunca dijo quiénes) hacían del tema. Jamás pude saber quiénes eran esos intérpretes, y a veces sospecho que se trataba de mí, aunque en ese tiempo muy poco había escrito sobre el tema, y no recordaba haber publicado específicamente nada en ningún sentido polémico.

En alguna ocasión posterior tuve la oportunidad de escribir latamente sobre el asunto, y transformar mis cándidas peroratas en un libro sobre ese maravilloso diálogo. Mi buen cancerbero sin embargo todavía estaba allí, allí aún, insomne, indemne a cualquier torta de harina con amapola y miel que pudiere llevarse para inducirlo a dormir, de modo que, hasta el último momento, parecía sentir en el alma su incapacidad de impedir su publicación, y tengo para mí que el director prefirió finalmente no realizar censura alguna, pues para ello debía dar razones que, por fortuna, no eran tan fáciles de hallar. Fue, sí, lacónico al máximo en su apreciación escrita, aludiendo con excesivo hermetismo a una cierta “morosidad”, que podría opacar las grandes líneas de argumentación de tan excelso diálogo.

El asunto principal sin embargo es que para él *eros* nada tenía que ver con la sexualidad ni remotamente, y parecía espantarle la sola idea de que el diálogo en su conjunto no fuera otra cosa que un relleno literario de lo único que importaba, a saber, del discurso de Sócrates y su vuelo final hacia la belleza en sí. No parecía comprender las complejidades de la pasión amorosa, que el *Banquete* precisamente se proponía poner en evidencia mediante siete discursos de variada textura, y no uno solo. Parecía ignorar que cada discurso había sido concebido para demostrar algún punto del tema

erótico, y para sostenerse en sí mismo con sus propios elementos distintivos. Era claro que Platón quería partir mostrando la diversidad de opiniones y costumbres acerca del *eros* al interior de su propia cultura, y de cómo asimismo era posible detectar elementos subyacentes de convergencia. En esas circunstancias, los siete discursos terminaban por constituir una verdadera malla solidaria, cuyo conjunto estaba destinado por Platón a expresar, en forma corporativa, la complejidad del *eros*. A esos mismos objetivos apuntaba la idea de la diversidad de opiniones que los hombres sustentan a propósito del amor, incluso –como en este caso era importante enfatizar– en el interior de la misma cultura helénica.

Para hablar del *eros*, entonces, pensaba yo, no se podía suponer zanjado el asunto mediante un solo discurso, ni mediante juicios preconcebidos, sino que el orador principal, es decir, Platón mismo, parecía haber experimentado la necesidad de abrir su pensamiento en todas las direcciones que consideraba posibles, y que según su parecer estaban atestigüadas en los hechos por la conducta y el pensamiento de los helenos. Las opiniones diversas de los personajes del diálogo manifestaban sin embargo una cierta unidad interna, la que es utilizada por Platón con maestría para lograr, en el discurso de Sócrates, un momento de culminación y novedad creativa acerca del sentido profundo del *eros*. Ello solo era posible siguiendo el hilo de los discursos anteriores, que ponía en evidencia el material de conceptos acumulado por una comunidad cultural y lingüística. Esos cinco discursos anteriores al de Sócrates, suponía yo, representaban ciertos aspectos de la memoria colectiva de la comunidad, aquellos que Platón quería enfatizar para los propios fines de su encuesta filosófica sobre el amor. No había entonces ninguna vestidura que rasgar, ni improperios que proferir contra enemigos inexistentes a la luz de una verdadera exégesis del texto.

Lo cierto es que no pude completar mi pensamiento –que ya se acrecentaba demasiado en tiempo y envergadura–, pues el director, que terminaba por fin de impacientarse, explotó en aquella ocasión con una furia difícil de describir. El pasillo lateral del *témenos*, donde estaba su extensa oficina cúbica, no

poseía buena acústica, pero tenía la particularidad de rebotar hacia el exterior con cierta facilidad lo que allí se decía. Esa pudo ser en parte la razón de los paseos del aspirante a Sísifo, por la que mediante un hábil movimiento de los pabellones auditivos parecía percatarse de casi todo, aunque por lo general en forma no cabal y distorsionada. No fue esta una excepción, pero la verdad es que todos los habitantes de ese costado del pasillo pudieron escuchar al director, si bien solo estaban en condiciones de conjeturar la situación mediante los resultados últimos, a saber, por los gritos que finalmente comenzaron a escucharse en el interior.

No puedo negar que en un inicio me llené de temor, y quizá en cierta medida enrojecí, pero mantuve en este caso la tranquilidad suficiente como para observar sus gestos, a pesar de que esta vez era yo quien estaba directamente involucrado. Me fijé que articulaba con maestría las características un tanto elongadas de su rostro: había un rictus especialmente notorio, entre despreciativo e iracundo, muy bien logrado, como si estuviera ya calculado para producir en el prójimo un sentimiento de entre humillante temor y personal vergüenza; aunque tal vez mejor sería decir de confusión. El reflexionar sobre estos hechos me permitió mantener el ánimo relativamente entero, pues pude ver que no todo era allí ira descontrolada, sino también, como lo hubiese deseado Aristóteles, algo así como una indignación no desplazada por completo de su término medio. Porque, a decir verdad, en este caso no se trataba tanto de desfogar su iracundia como de restablecer su dominio, cosa que él consideraba siempre lo más importante. Creo que eso era justamente lo que pasaba: que el director tenía claro que la dominación que ejercía comenzaba por el monopolio en la expresión de las ideas, y que estas, las suyas –en cuanto al *stock* que de ellas tenía–, fueran propias o adquiridas (como lo eran en su mayor parte), deberían prevalecer siempre en forma total, puesto que eran las por él sostenidas.

Salí con cierto sonrojo de la oficina por todo el barullo que allí se hacía, no sin antes alcanzar a ver, en un recodo del pasillo, caminando casi en puntillas, al émulo de Sísifo, hacia



el sector de la que se suponía era su oficina: es muy posible que sus desplazamientos por los pasillos hayan sido en esa ocasión mucho más frecuentes, si así se puede decir, que en ocasiones normales. Otras puertas se cerraron justo cuando yo salía, o tal vez me imaginé que así fue, pues un silencio gris se extendió por todo el corredor. El grueso del problema sin embargo no dejaba de ser inquietante. Se suponía que un *témenos* de las características que he venido comentando, por muchos que fueran los problemas y aspectos negativos que se pudieran presentar en su interior, era un espacio cuya función primordial estaba en la salvaguarda de la libertad, una característica propia del pensamiento en el más alto sentido. Siempre de alguna manera es la sociedad misma la que impone ciertas restricciones a la libre creación intelectual, pero estos recintos fueron ideados desde su origen con el objetivo de proveer a esa misma sociedad de espacios de experimentación independiente. Los límites de la tolerancia del director, en cambio, eran muy estrechos, y poco sentido tenía hablar de cosas así como “escuchar al Logos”: que aquí nadie escuchaba nada, en especial si desde el asiento de la dirección se daban estas señales que contradecían el sentido mismo de la existencia del corredor. Pero había algo acerca de lo que no tenía yo una clara consciencia, y que solamente comprendí después, una vez que supe que el director, mediante sagaces y calculadas peregrinaciones hacia ultramar, se consideraba de hecho una suerte de iniciado, según pude posteriormente constatar, en un saber superior. Si así eran las cosas, era evidente que yo estaba profundamente equivocado al pretender tratarlo de igual a igual. Este era entonces el caso de un conocimiento que solo los grandes maestros pueden entregar a aquellos privilegiados discípulos por ellos elegidos: la más arcana enseñanza de la filosofía, que por eso alguna vez se la llamó *esotérica*, es decir, para señalar que era dada *en el interior* de ese círculo más privado, donde el maestro a unos pocos iniciados concedía su saber.



## Un viaje de peregrinación: el gran iniciado

El director había partido en dirección oriente hacia Europa con un pequeño bagaje de libros en las maletas y una revista. Nadie en el corredor conocía el motivo de su viaje, pues las confusas versiones que circulaban eran demasiado disímiles o fantásticas para ser creídas por nadie; pero el viejo continente era su destino, la comarca originaria de la cultura que llamamos occidental. Porque resulta que Europa es un concepto territorial con límites relativamente exactos hacia el occidente, y algo menos precisos hacia el oriente. En este caso, no es la geografía la que manda, sino una cierta manera de ver y de existir entre la realidad de las cosas. La línea de demarcación oriental, siendo imprecisa, puede sin embargo suponerse que se extiende de norte a sur desde las heladas regiones de una prominente península al este del País del Reno, que desciende entre una difícil geografía desde esos confines hacia Vyborg, cerca del Ladoga; luego, bordeando la costa de un mar que recobra hermosa vida en tardía primavera y lagos innumerables en sus tierras costeras que se extienden al suroeste, se arrima a la parte litoral de ese piélaggo interior, suébito alguna vez denominado, enteramente europeo, de muchos golfos, al que acceden diversas naciones del entorno. De allí desciende más suavemente hacia el Este entre bosques, ríos, pantanos y fértiles valles, y finalmente mesetas que se ensanchan hacia las riberas de un mar que los griegos llamaron Euxino, a pesar de sus tormentas, y que desde el tiempo de sus colonizadores helenos se aferra con esfuerzo por mantenerse europeo. Solo en sus riberas meridionales, entre las que la antigua Trebizonda y Sínope se levantaban orgullosas, ha cesado el espíritu de Europa, y la grandeza de los reinos que allí florecieron ha enmudecido. Las costas del

Mar Euxino no son en consecuencia completamente europeas, pero la entrada sudoccidental, pasando por un brazo de mar hacia el sur del Bosporus, se mira en el cercano horizonte que la enfrenta al oriente, donde las riberas de Europa casi se tocan con Asia en el mármol de sus aguas. Allí se estableció la ciudad de Constantino. Desde esa región al sur la costa se curva levemente hacia occidente con innumerables golfos, y bellas islas que emergen vigilantes a diestra e izquierda salpicando el mar Aigaion como centinelas de costas que alguna vez les hicieron hacia el oriente fraternal compañía, pero que ahora guardan al otro lado silencio, como un litoral hundido en una historia que les fue por violencia arrebatada. Desde estos límites se extiende imponente la gran península europea, hija de Grecia y Roma, y gloria del género humano en toda su controvertida grandeza, al norte del gran mar interior que alguna vez fue enteramente suyo y mediterráneo, y que ahora domina no sin esfuerzo desde el Este a partir de sus islas que se extienden hacia occidente desde la helena Chipre. Creta y la bellísima Trinacria se yerguen en el camino hacia el occidente del Sol, donde la mar Océano se abre imponente por el sur desde las Columnas de Hércules, que otean el horizonte del África mora; y junto a ellas, la Bética, coronada de olivos, y abierta ya a la inmensidad del Océano desde las costas de la Hesperia occidental hispana, en el estrecho gaditano. De allí los litorales se extenderán casi sin límite bañados de mar hacia las regiones hiperbóreas de la Europa atlántica. Algunas islas de singular tamaño acompañan las costas hacia el oeste, una, mayor, de vocación marina, la otra menor, sin igual por sus vates y monjes letrados. La Europa, así, viene a confinar al oeste en la Última Tule, junto a las árticas aguas que bordean sus límites marinos.

En la masa continental, hacia el costado oeste de la Gran Península europea, y enfilando hacia el norte, se extiende cerca de dos grandes ríos, en los antiguos Campos Decumates, una selva oscura ahora exigua, bordeada de ciudades y valles en que florecen universidades de fama diversa, y filósofos que hablan una lengua aglutinante emparentada con el gótico, presumida a veces de sus capacidades debido a la altivez

natural de sus habitantes; la longitud inusitada y laboriosa racionalidad que suelen presentar los escritos de sus sabios suple en parte cierta carencia de imaginación connatural, diversa del verdadero ingenio que caracteriza, en cambio, a los habitantes de la región que baña, hacia el sur, la Gran Mar meridional interior y sus regiones anteriores. Allí ahora, en esas comarcas del norte antiguamente romano, en los países ya romanizados que la bordeaban por dentro o que por fuera escapaban antiguamente del Limes del Imperio, frontera de la civilización, allí, hacia el este y el noreste de Rhenus y la Colonia Agripina, sus profesores caminan como torres en la seguridad de las elevadas cátedras establecidas en sus amplios y cuidados *témenoi*. Hasta allí llegó el director, en viaje de peregrinación, no para sumergirse en sus bibliotecas ni ocupar en vigilias de lectura su ocio, sino con la intención de llegar directamente al corazón mismo de la academia. El tiempo le había permitido perfeccionar su sistema de pasarse por alto la parte tediosa del aprendizaje, y economizar energías apuntando a lo esencial. Para él lo substancial era penetrar en el lugar más segregado del *témenos*, allí donde, en este caso, una figura venerable solía sentarse a leer en forma introspectiva sus propios escritos en la más última edición. Eso era lo esencial para el director: arribar al *sancta sanctorum* directamente, y pillar por sorpresa al guardián mayor sin darle tiempo para decir que estaba ocupado. El carácter rutinario de las gentes de esas regiones del occidente subhiperbóreo jugaba esta vez a su favor, como se verá, y el director estaba decidido a no dejar pasar la ocasión.

El primer asalto, sin embargo, falló, pues la paternal figura tomaba los viernes té en casa, y se daba el caso de que era viernes. Había ideado el director llegar sin previo aviso a la oficina misma donde se suponía que el filósofo meditaba las verdades recónditas de su saber, y pronunciaba sus oráculos. Pero lamentablemente el sabio no era ahora un ser ahí sino allá, quizás dónde. En esas circunstancias, con todo, no se mostró contrariado, sino que inquiriendo por señas y en un cierto inglés sobre el lugar de residencia del filósofo, se fue directo y decidido al sitio, no muy lejano, en que habitaba.

Hacía frío, pero el director se sentía animado por un extraño poder, y una especie de convicción sobrenatural le daba una seguridad que parecía ilimitada; esto le permitió eventualmente traspasar con éxito la barrera del timbre. Tuvo la suerte de hallar en el citófono a la esposa. Como un Eneas portando el dorado ramo en su camino a las regiones subterráneas, se le abrieron las puertas. La hortelana le recibió amablemente y le entretuvo en un saloncito que parecía preparado para visitas intempestivas. Eran momentos de solemne expectativa para el director; todo le parecía digno de atención: los sillones de un color oscuro, indefinido, y un tanto blandengues –cosa que él no reparó en ese momento–, la semipenumbra del saloncito, iluminado por dos lámparas que no hacían juego con el resto de los muebles ni armonizaban entre sí; las cortinas, de un brocado industrial de fondo color rosado, un tanto desgastado en su ser por el paso del tiempo. No sabía él si pensar en ese momento, como lo haría un filósofo, en el ente de las cosas, y meditar sobre la realidad y la circunstancia, o dejarse llevar de las transitorias impresiones más propias del acontecer; o tan solo estar ahí, como arrojado en el mundo, pero sin pena, esperando el privilegio del regalo que el devenir del tiempo le tenía preparado: “porque el pensar y el ser son lo mismo”, se dijo, con Parménides, saboreando de antemano el logro de sus aspiraciones, que él consideraba un acaecimiento sensorial.

El filósofo no vino al té que se sirvió al director junto a la ventana; lo cierto es que casi todo el rato estuvo solo, la esposa del sabio varón saliendo y entrando bajo diversos pretextos. Alcanzó a servirse dos pastelitos y unas galletas, y un ruido en la escalera le indicó que el anciano había decidido bajar. Conteniendo el aliento y la emoción se levantó, mientras una figura cana descendía en lo que parecían pantalones cortos por las escaleras, pero que resultaron ser medio bombachos, o algo así. No se veía tan ridículo, como podría creerse, con esa facha de rudo campesino muniqués en día festivo: algo calzaba bien en ese conjunto abigarrado de pantalones acolchados, camisas, y calcetines largos. Todo al mismo tiempo parecía irreal en esa escena, como sacada del pincel de un

artista perplejo con sus mismas fantasías e ilusiones. Se suponía que el filósofo debía comenzar diciendo algo, si se quiere, un breve discurso que fuera más allá del cómo está usted. Aquí difieren mis fuentes; lo que parece que sucedió fue que el filósofo invitó al director a sentarse, mientras él mismo se sentaba un poco pesadamente en una silla de mayor altura, que tenía toda la apariencia de estarle especialmente reservada. La conversación –no se sabe a ciencia cierta si por señales acompañadas de palabras o un tipo de esperanto o algún otro idioma común–, que se había iniciado con ciertos embarazosos silencios comenzó a animarse, gracias a la experiencia de mundo del director. Supo tocarle los temas adecuados, e incluso despertar entre monosílabos algún signo de interés en ese rostro demasiado acostumbrado ya a la rutina del pensar. La actitud de esa cara podría rememorar la figura de una máscara trágica si no hubiera sido por los pantalones. Las incongruencias iniciales tomaron sin embargo el aire de una reunión de colegas, incluso de amigos, según se pudo saber después, y el anciano sabio hizo el gesto inusual de fijarse en un detalle (ya que generalmente para él no había detalles dignos de observación) que resultó ser un artículo de la revista que el director traía, estratégicamente colocado bajo el brazo como una carga inocente que no se pudo dejar en el hotel. Se había logrado así la difícil tarea de interesar al filósofo en la existencia del ensayo –que ensayo había de revista traído desde el otro confín occidental– puramente con ayuda de posiciones corporales hábilmente calculadas.

Con esta actitud el director no dejaba de mostrar inteligencia con el tipo de estrategia somática que había comenzado a aplicar. No sé si conscientemente o no, rememoraba así una escena muy celebrada del *Fedro* de Platón: Sócrates descubre disimulado en la manga de su joven amigo el manuscrito de un discurso del retórico Lisias. Esto permite iniciar una larga entrevista junto al río Iliso, en que los discursos sobre el amor ocupan toda la primera parte del diálogo. Llevar bajo el brazo un manuscrito propio –que ahora tengo la certeza era precisamente sobre la filosofía del anciano sabio– era en verdad un más que ingenioso recurso. Estaba claro en

todo caso que el escrito no versaba sobre *eros*. La cosa, sin embargo, no fue mucho más allá que una mirada y unas frases del maestro, al pasar, sobre la conveniencia de seguir en el futuro investigando sobre el tema que por el título del opúsculo se advertía. Parece, con todo, que se suponía que se trataba de que el ocasional visitante continuara profundizando en la filosofía del sabio filósofo que hablaba, así como él mismo releía sus propias obras y las subrayaba como si meditara sobre un oráculo de origen superior y divino. Pero había algo que no podía pasar inadvertido, si bien el director jamás lo mencionó en ninguna de las diferentes versiones de su historia. Era la mirada, la penetrante mirada del maestro, que ninguno de los verdaderos iniciados dejaría jamás de recordar. Los objetivos más mundanos del director le impidieron probablemente advertir ese distintivo fulgor en el rostro del maestro en ese instante; y sin duda no habría mostrado en el tiempo posterior esa suerte de infantil pretensión, que le haría luego suponer que el famoso preceptor le encomendaba una cierta misión trascendente.

Así, entonces, y en medio de todas las vaguedades del relato, el director omitió decir cómo una secreta aspiración no logró hacerse realidad. En efecto, había siempre soñado poder conocer una mítica cabaña donde el maestro solía retirarse a meditar y, de ser posible, tenía la ilusión de pernoctar en ella rodeado de un ambiente de wagneriana grandeza que, él imaginaba, poseería aquel escondido lugar de retiro. No pudo ver, entonces, esa sencilla casa construida en la suave pendiente de una colina, junto a bosques que bordeaban solemnes de muy cerca su espacio exterior; ni pudo escuchar, además, el sordo y acompasado sonido de la vertiente que traía su hilo de agua hasta la casa, cayendo suave de una sencilla canaleta en una especie de artesa de tosco cemento. De allí gustaba el maestro traer hasta la habitación el agua pura de la montaña en un balde, tras un corto camino, o mirar desde su ventana a la vez la fuente y la selva. No vio además en el interior la pequeña habitación de estudio, con sus estantes de libros que, como superpuestos, llegaban hasta el techo; ni la cocina, sólida, limpia, elemental, que crepitaba con el fuego



de la leña que él mismo aportaba del bosque. El agua primordial que ya Tales de Mileto vio en los orígenes, junto a la madera esencial que los griegos intuyeron al penetrar en sus bosques –de donde sus sabios aprendieron luego a reconocer la materia del Todo– estaba allí, patente de nuevo, como intocable desde el principio para las manos e invisible para los ojos, y revelada para él en el silencio de los cipreses milenarios. No pudo tampoco tocar la madera sencilla de sus paredes, o ascender por las cuatro gradas que toscas conducían a la única puerta de entrada, ni mirar desde sus pequeñas ventanas, sólidas, perfectamente cuadradas, por las que una luz indecisa se filtraba al interior: allí, en el exterior, estaba la vastedad ilimitada entre las estrellas y la tierra pedregosa en que se asentaba la cabaña.

En ella, en la casa augural del maestro, confluía el habitar del hombre, y los dioses un día amedrentados volvían a manifestarse sin timidez en sus coros nocturnos con las Náyades del bosque. El Gran Pan, quizás herido, y cuya muerte alguna vez una misteriosa voz había de seguro erróneamente anunciado, volvía a resucitar entre esas verdes laderas ante la mirada del sabio. El viejo maestro llegó a veces a considerar que ese era quizá el único templo que quedaba, su cabaña, el único en que el cielo, la tierra, los dioses y él, el hombre del testimonio y del destino, se anudaban para hacerse visibles en su palabra. Eso no lo vio el director, ni tuvo la oportunidad de recordarlo junto al maestro, y no pudo por eso mismo evocar en su alma las antiguas voces que traían a presencia la frescura del inicio: no había logrado, *helas!*, convertirse en un verdadero iniciado.

Así, en el real sentido, en el único posible, su expedición de adelantado del Viejo Mundo había fracasado. Algunos años después, sin embargo, la sencilla historia de su visita a la casa de la residencia citadina del maestro habría de adquirir rasgos verdaderamente épicos. En efecto, el director empezó con el tiempo a realizar cambios sutiles en el relato de su cuento, que en un inicio pudieron parecer insignificantes, pero que en su conjunto terminaron por transformar la historia en un verdadero mito consagratorio y de iniciación. Lo que su-

cedió mediante la mirada a la revista y un mandato casi conminatorio de seguir estudiando el tema del artículo del director (como él lo vio después), fue en esencia, entonces, que el sabio le intimaba a seguir sus pasos; *nay*, le estaba constituyendo en una suerte de sucesor, el *diadokhos* de esta carrera de postas de los grandes de la filosofía, en la que él ahora poseía su lote. Este nuevo aspecto de la historia fue el que terminó por prevalecer, en su mente al menos. No era un asunto de poca monta, pues se estaba sugiriendo nada menos que la gran maestría de la filosofía estaba ahora por trasladarse desde la antigua Europa al Finibusterre en un cercano futuro. La verdad es que el nuevo mito tuvo un efecto muy limitado –casi nulo– en las esferas y los pasillos de los diversos *témenoi*, y solo pequeños círculos de admiradores profanos en las materias de academia que circulaban por estos rincones, creyeron estar de verdad ante un sucesor y un auténtico iniciado. El mito, sin embargo, se constituyó con el tiempo en un poderoso estímulo personal para el director, que casi terminó por convencerse de que las cosas habían sucedido tal como él ahora se las imaginaba.

En todo caso, fuera cual fuere la fuerza de todos estos acontecimientos, había asuntos que importaban mucho más al director, en cuyo sentido de la realidad prevalecía una estricta norma de economía; quiero decir, que prefería limitar su entorno cotidiano a los asuntos concernientes a su posición de dominio en el *témenos* y sus alrededores. Esto aparte de lo doméstico, que tenía en su vida una fuerte incidencia, y le permitía sostener un equilibrio que lo mantenía al menos en parte alejado del desastre. Lo importante, entonces, era que él efectivamente había terminado por convencerse de la veracidad de su cuento, y lo asistía la seguridad de que, tarde o temprano, su historia habría de imponerse junto con la gloria de su nombre. Ahora bien, en un sentido amplio eso era perfectamente posible, pues a menudo el relato prevalece sobre el acontecimiento. O dicho de otro modo, el suceso que el relato trae a cuento suele constituirse en verdad, no tanto por haber acaecido, cuanto por haber sido contado, puesto por escrito, y luego aceptado como veraz. Ese es el poder de la

palabra; pero es también el poder de lo verosímil, que se constituye en el árbitro –más allá de la palabra– que juzga acerca del acontecimiento mediante el relato. De allí, entonces, la importancia de la persuasión, que puede mover al intelecto a la aceptación de lo narrado. Pero la palabra sola puede no ser suficiente para persuadir, si ella no viene acompañada de ciertos testimonios externos que vengan en auxilio de la veracidad de lo dicho. E incluso, debería añadir, que el discurso ha de incluir en sí elementos testimoniales suficientemente poderosos, si quiere ser en su integridad persuasivo. Todo esto, lo interno y lo externo del relato, terminan por engendrar verosimilitud en el ánimo. Más aún si, como en el caso de los Apóstoles, ellos dieron testimonio de la veracidad de sus relatos con la profundidad de sus convicciones, e incluso, con su propia vida.

En el caso del director, junto a las carencias vitales, una de las fallas fundamentales de su narración estaba en las modificaciones que esta fue experimentando en el transcurso de los años. Estos cambios, realizados por su mismo narrador, apuntaban en la práctica a magnificar su papel en esta misión apostólica, que equivalía de hecho a constituirlo en heredero de un patrimonio de saber solo transmisible entre los grandes iniciados. Era algo así como la sucesión episcopal, que desde los inicios de la Iglesia tuvo lugar de Cristo a los apóstoles, y de ellos a los obispos, sus sucesores, en una ininterrumpida serie sobrenatural. Esta sucesión tiene lugar hasta nuestros días fundamentalmente mediante un gesto silencioso, el de una ritual imposición de manos, realizada por el obispo consagrante. Las palabras de un prefacio sancionan el hecho. Aquí, el gesto fue la mirada, dirigida de antecesor a sucesor, de los ojos a la revista que contenía el pequeño ensayo, una mirada silenciosa; luego, una referencia formal al ensayo y la revista de Finibusterre por parte del sabio consagrante. La transmisión era, así, del ojo al signo, que era el escrito, y que venía refrendada por la palabra del príncipe iniciador. Estaban dados los ingredientes rituales, si bien el contenido de la historia se iba llenando de filacterias que colgaban incongruentes del núcleo del acontecimiento. En suma, todo el asunto,

otro más de otros que acostumbraba armar, no tuvo el efecto por él deseado en cuanto a la fama y consagración, aunque le trajo dividendos en relación con el poder efectivo que él manejaba. Falló, sí, lamentablemente en todo lo demás, y quedó para anecdotario de los insaciables habitantes del pasillo lateral, entre los que prevaleció la idea de que, más que la de un *sucesor*, si algo de verdad aconteció fue la confirmación de un nuevo epígono, de los tantos a quienes correspondía volver al occidente inferior, y pasar, después de haber tomado el té en casa del maestro, a decorar, con la patencia eterna del Ente, la región que habitan los finibustérreos.

## Escala técnica en Lutecia

Después de la exitosa peregrinación que acabo de referir a la zona montañosa de Abnoba, a la derecha del Limes y del río que la separa de la Germania Superior, y no muy lejos del nacimiento del otro gran río que recorre sinuoso las regiones hacia el este europeo, y que va a desembocar lejos en el mar Euxino, el director podía considerar terminado su itinerario por las regiones de la Gran Península: que ya los fundamentos de una historia y un acontecimiento iniciador estaban en vías de fructificar en algún tiempo futuro, un suceso trascendental que el destino le había concedido experimentar en las cercanías del Ser, por cuyas sendas él estaba ahora en condiciones de avanzar sin extraviarse. Permaneció sin embargo en esas regiones, pues tenía en mente un viaje a Lutecia Parisiorum, más al centro meridional del extremo occidental de la gran península europea. La ciudad es ya tierra de romanos, al norte de la Galia que César llamara céltica. Ellos aman la instrucción, y veneran como a seres divinos a los genios del espíritu que con generosidad han nacido en la vasta, agrícola y templada extensión de su territorio. Cadenas de montañas no imposibles se levantan en distintos flancos de su espacio, como delimitando mejor sus países y sus valles férciles. Allí es la viña la que crece y deja fermentar sus frutos a la espera del vino; allí el frío de las regiones del este del Limes es menos intenso, y no ejerce limitaciones excesivas ni al sentido ni al pensamiento. Aquí ya empieza el reino del verdadero ecúmene, si bien el director solo presentía vagamente la importancia de todo esto; incluso su admiración por el sabio de la Selva más al norte le hacía minimizar la importancia de la geografía en la cultura, y de la luminosidad solar, y juzgar como secundario el papel de las templadas zonas de Grecia e

Italia en la grandeza de la civilización. Tengo para mí que se creía el cuento de que en las regiones de la Germania superior, sin necesidad de intermediarios, sus habitantes aborígenes recibieron de los griegos los secretos que guardaban en su lenguaje y su cultura. En la palabra estaba la verdad, y ella se transmitió por medio de la savia destilada en las raíces ancestrales de un lenguaje incontaminado: una especie de reserva aria del decir verdadero. Así, directamente, sin esas mediaciones meridionales que ellos rechazaban como a un sacerdocio innecesario, establecieron contacto en sus bosques húmedos con la divinidad del ser y del lenguaje, gracias a la ayuda sola de una fe que surge del corazón mismo de una palabra desde siempre conectada con el origen. Era cuestión de hallarla, y de instruirse en el uso de los hilos del regreso, o de aprenderla a hablar, para acceder a la gracia santificante de un saber filosófico salvador.

No estoy seguro de hasta qué punto el director sostenía también tales ideas, pues ello me parece incongruente con el hecho de que el director no se había dado el trabajo de aprender siquiera la lengua de esas regiones, ni tampoco la griega, cosa que me hace presumir que, o no compartía en todos sus puntos estos planteamientos, o bien simplemente para él este aspecto del problema carecía de importancia. Menos mal, pues sospechaba yo que ese asunto del lenguaje incontaminado y originario era uno de los últimos reductos del mito ario, revestido del ropaje más o menos prestigioso de una ciencia lingüística, así como la otra parte de la ideología aquella se vestía incluso de la antropometría. Sea como fuere, el director parecía libre de este modo de pensar, y sin hacerse mucho problema decidió emprender el viaje hacia la capital de los Galos.

Lutecia está firmemente enclavada en la Galia, ciudad de manera cabal, en la parte norte de la que habitaban los antiguos celtas, junto a un río arterial y navegable de numerosos meandros, que a mitad de su camino hacia el océano, en un punto culminante que el destino parecía tener desde el origen preparado, ensancha su caudal para afiliar a una isla pequeña pero de prodigiosa historia, en cuyo centro se eleva un

templo de proporciones áureas: todo es luz transfigurada en su interior, piedra sobre piedra, vitral junto a vitral, como una cadena de oraciones que se elevan por sus arcos hacia el cielo. En esas tierras de fe el gótico desecha lo superfluo y alcanza una perfección insuperable. Poco más abajo de la ribera derecha está su *témenos* famoso. Allí era indudablemente donde el hado lo conducía, ligado como estaba para siempre con las instituciones de ese saber ancestral.

Las fuentes de mi relato son aquí escasas, y los reportes vacilan a la hora de entregar la información precisa, pero habrá que imaginarse que acá los acontecimientos comienzan a perder su calidad de iniciación, y prima lo que podríamos denominar mundano. No es que se tratara de cosas indignas de él o de cualquiera persona, sino que lo menciono por consideración a la fidelidad del relato. Porque en verdad no era para él un asunto trivial, si bien lo consideraba evidentemente secundario en rango comparado con el suceso anterior. El *témenos* de Lutecia, en el largo río de su existencia, arriba hoy a la ciudad como un delta de muchas bocas. A una de ellas, emplazada en la parte donde antes desembocaba su única salida, llegó el director, en un ánimo distinto, ya que luego de un almuerzo en *Le Navigateur* a la altura de su condición y un buen vino del Mediodía, de antigua cepa, se fue directo caminando por las calles estrechas de la histórica Lutecia. La sensación de la comida de sabor meridional y el tufo amable del vino se combinaban para darle una sensación de bienestar. La caminata fue atenuando las huellas últimas de los pequeños excesos. Cuando llegó a las puertas del Témenos Lutecia IV se hallaba ya en condiciones perfectas para entrar. No era totalmente consciente todavía de su nueva investidura acaecida en las regiones del este del Limes, puesto que el mito en desarrollo del encuentro con el sabio estaba aún en sus simientes, y no había aquilatado en su mente todavía claramente las perspectivas gloriosas del relato. Pero era indudable que el director ya no era el mismo, en el sentido en que se veía diferente, quiero decir, de un rango nuevo y superior al que tenía antes de la visita al maestro de la Selva. Con todo, a decir verdad, no era fácil saber si el progreso

del cuento acerca de su entrevista con el filósofo iba siendo modificado por el director, o era el director mismo el que se iba transformando a medida que el relato adquiría en su consciencia las cualidades de un mito verosímil.

Arriba, entre tanto, fue recibido amablemente por un sabio profesor y un pequeño grupo de estudiosos. Todo resultó, se podría decir, decorosamente bien, aunque la sesión tuvo las características de una reunión rutinaria en que primó la gentileza: Lutecia, al fin y al cabo, era el *foyer* de suficientes sabios que el ingenio y la fama tenía ya consagrados como para creer que del extremo occidente vendría alguno de carácter superior. Lo mejor de todo, qué duda cabe, y lo que dejó las huellas más gratas en su memoria fue en este caso la cena con que fue agasajado más tarde. Así acontecieron las cosas en ese entonces, y la estadía en Lutecia mostró más bien los aspectos de mundo del director, sobre todo su habilidad cortesana de impresionar a quienes no lo conocían de antemano, o tenían de él solo un vago conocimiento superficial. Era esta una cualidad verdaderamente digna de ser tenida en consideración, pues la carencia de capacidades mundanas es tan generalizada como contraproducente en los medios filosóficos y académicos. No sé de dónde ha surgido en Finibusterre la creencia de que la filosofía es incompatible con la cortesía y las buenas maneras, siendo que la mundanalidad en su buen sentido hace posible el trato urbano, y la sensibilidad social entre los hombres facilita la conversación amable y el entendimiento. Gracias a ella las susceptibilidades se hacen menos frecuentes, y no se teme compartir una mesa bien servida en una recepción sencilla o elegante. Eso sabía hacerlo el director con mucha propiedad. Era algo que Sócrates, un sabio por otra parte sin ambiciones de riquezas, poseía en el grado más alto: sociabilidad, trato comedido, interés por el género humano, capacidad de cercanía con todos, en especial con los jóvenes, cosa que el maestro supo hacer hasta los últimos días de su vida, ya en el umbral de su ancianidad y de su muerte. Y así como los sofistas a menudo se hacían indistinguibles de los pocos y verdaderos amantes del saber, en especial de Sócrates el maestro a los ojos de la mayoría de



los atenienses de su tiempo, así el director solía pasar por un hombre en posesión de un conocimiento intelectual genuino.

En Finibusterre, en cambio, debido tal vez a su lejanía del centro originario de la gracia perdida, entre la gente que se dedica al saber hay por lo general un ambiente huraño, de poca comunicación, y una falta de interés increíble por sus congéneres. O bien, errando lamentablemente de los objetivos profundos de las cosas, presumen de una consideración para con el prójimo que termina siendo un simulacro de verdadera convivencia. El director no era un dechado de las cualidades mencionadas más arriba, pero mantenía corrientemente una actitud franca y abierta con quienes le conocían, y hasta cierto punto cortés. La mayoría no estaba ni remotamente cerca de esos estándares de sociabilidad, empezando por el coro de sus camaradas más cercanos. Así, entonces, en su viaje de vuelta al Nuevo Extremo él tenía razones para sentirse plenamente satisfecho: era importante rodearse de una leyenda dorada que lo acompañara como un aura divina en la tantas veces tediosa vida de mortal que llevaba, en especial, la que se desenvolvía para él entre el ir y venir de la gente de los pasillos y corredores del Finibusterre de la Nueva Extremadura.



## La cena inesperada

Gracias a una llamada telefónica del director, que muy amable por lo demás manifestaba su deseo de verme, supe que estaba invitado a cenar en su casa esa misma tarde. Quedé un tanto sorprendido de su afabilidad, que en ese momento me pareció que iba más allá de la mera cortesía. No dudé en aceptar, pues eran precisamente esos aires de mundo lo que más me atraía de su persona. Era claro para mí que todos los otros aspectos de su *cursus honorum* en la vida académica armonizaban poco con ese hombre que estaba sentado allí, una vez iniciada la cena, frente a una mesa bien servida; y si bien era relativamente fácil adivinar el origen de estos rasgos de su personalidad, ensamblar el conjunto en un todo coherente habría sido un reto incluso para un viejo zorro como Adler. No me refiero propiamente al hecho de la mundanería, muy conveniente por lo demás en una persona del nivel del director; lo que no parecía congruente era la ausencia de lo otro, es decir, de cualidades que hicieran de él un guía espiritual de verdadero nivel. En todo caso, las inconsecuencias forman parte esencial de casi toda vida humana, y el director no era en ningún caso una de las excepciones. Me preparé, pues, para la ocasión, imaginando una serie de razones acerca de la causa de tan inopinada invitación. El suspenso no había sido muy largo, ya que la llamada telefónica solo antecedió por unas horas a la realización del acto, y pronto habría de conocer los motivos de la cena con la llegada de los postres y el café.

Jacobópolis en Finibusterre es el nombre oficial de la ciudad capital, en cuyo principal *témenos*, en uno de sus pasillos laterales, gobierna el director. Los habitantes de la ciudad, como el Sísifo del mito, que se mostraba como un indeseable

propalador de historias, eran gente también astuta para evitar la muerte, y a fuer de su capacidad de engaños, lograron mantener alejada por algún tiempo la inevitable condena de Zeus: que han de perecer por saturación. El Sísifo de la historia había logrado hacer prisionera a la Muerte misma, que en justo castigo de sus delaciones Zeus alguna vez le envió; pero incluso después, ya en el inevitable Infierno, se las arregla para volver a la luz. Todo en vano, sin embargo, pues habrá de verse obligado finalmente a empujar eternamente en los Infiernos la pesada piedra de su castigo hasta la cima misma del monte Iwellpran –según cierta tradición–, que en el lenguaje de los habitantes de la región de las Araucarias Gigantes significa “subir enroscándose”. Que Sísifo deba bajar perpetuamente de nuevo hasta el pie del monte se explica por el hecho de que, no bien conseguido su intento de empujar la pesada piedra hasta la cumbre, la roca, como “enroscándose”, torna a caer al fondo del valle, cosa que obliga a Sísifo a volver sobre sus pasos continuamente. Otros suponen que el término se refiere más directamente a Sísifo, pero por razones que, a mi modesto entender, nada tienen que ver con lo esencial del asunto. Una de ellas es que el pobre parece que “se enrosca” por el esfuerzo de llevar a la cima el trozo de roca. Una operación esta última de seguro la menos plausible, si bien establecida en variantes manuscritas de antigua data. Ese ha sido en todo caso el castigo del dios, según dicen. Ahora bien, en una de esas avenidas jacobopolitanas llenas de transeúntes, en un ambiente de apariencia elegante, vive el director en las alturas su relativamente apacible existencia privada.

La cena pasó sin pena ni gloria, si bien el pescado resultó, si se quiere, sensacional en compañía de un vino semillón. Las razones sin embargo de la invitación, a mí, el único huésped, no se hicieron aparentes hasta que, luego de una breve sobremesa, la gentil esposa fue invitada a marcharse. Después de tanto agasajo uno espera cualquier cosa, me refiero a cualquier tipo de noticia entre conveniente y sensacional. Algo tuvo la nueva más bien en su conjunto de sorprendente, aunque con el tiempo comprendí que, si hubiera conocido mejor al director, habría podido estar más preparado para la cir-

cunstancia. El motivo entonces de tan fina cena no se hizo esperar. Se trataba de que él y yo juntos firmaríamos una carta al director supremo del *témenos*, que gobernaba desde los anillos centrales, pidiendo que el director temporario del pasillo lateral, que a la sazón fungía de jefe de este pasillo, fuera en propiedad nombrado en razón de la excelencia de su desempeño. En un inicio quedé mudo, sin saber qué responder, no solo por la propuesta misma, sino también por la cantidad de contrasentidos que esta involucraba. Por sobre todo, me intrigaba el por qué él mismo deseaba continuar en el cargo de subordinado aparente del temporario, pues por ese breve tiempo el director, extrañamente, se había convertido en subdirector. Pronto comprendí que le interesaba continuar en esto de ser el caudillo sin los inconvenientes de una titularidad, cosa que me hizo pensar que había un cambio de estrategia en el director mucho más sutil de la que yo alcanzaba a colegir. Siempre había pensado que también era para él esencial la gloria misma del cargo. En esas circunstancias quise darme más tiempo, negándome de plano a aceptar su proposición, entre otras cosas, con la intención de saber un poco más de las razones que estaban detrás de una idea aparentemente tan inocente.

Yo sabía que no había tal inocencia en tan prominente hijo de Eva, consciente como estaba de encontrarme en el umbral más exterior del perdido Edén. Era curioso constatar cómo la pérdida de la inocencia había hecho de los seres humanos, aunque fuera en apariencia, más fieramente inteligentes en la consecución de sus objetivos, por lo que pensé por un momento que el exilio del Jardín más había afectado nuestra voluntad de hacer el bien que nuestra capacidad de conocimiento de las cosas en todos los niveles. Así que esto de *por sus obras los conoceréis* me fue de cierta utilidad, pues mi propia táctica —enteramente defensiva a lo largo de este extraordinario encuentro— consistió más en ver cómo actuaba que en escuchar sus razones. Confieso que eso me salvó; quiero decir, gracias a ello pude conservar un mínimo de sensatez, y mantenerme inamovible, con la ayuda de una mente más despejada, en la más rotunda negativa a tan extraña como sorprendente propuesta.

Hasta hoy no he podido entender cabalmente qué gato se encerraba en todo esto, pues sigue siendo contradictorio para mí cómo el director parecía desdeñar la oportunidad cierta que tenía de volver a ser director, luego del gobierno transitorio de su colega. La verdad es que no tengo pista alguna que pueda parecer del todo convincente, por lo que prefiero por el momento callar en este asunto; pero la escena de todo esto fue digna de recordar. El director no estaba acostumbrado a que le dijeran que no; y eso fue lo que pasó en un inicio, y de hecho siguió pasando hasta más allá de las cuatro de la mañana, hora en que terminó la reunión de ese día tan bien iniciada con el pescado de la cena. La verdad es que muchas cosas estaban claras, pues era evidente su propensión a estimular la carrera de personalidades que él suponía que podía controlar, con el objeto de mantener más firmemente las riendas de su poder lateral. Pero quizá lo que nunca quedó claro fue el por qué de la oportunidad de hacerlo en esa ocasión, y a veces juego con la idea de que en ese momento tenía la casi certeza de un nombramiento para él de calidad superior, o de que tal vez, para ganar el premio que eventualmente ganó, necesitaba por un tiempo desvanecerse tras un servidor que le hiciera parte de la campaña. Pero nada de aquello se pudo jamás confirmar, y en cuanto a lo segundo, me pareció siempre que era demasiado complicado como para ser verdadero.

Pero lo cierto fue que, después de mi primera negativa, en que aludí a la absoluta sinrazón de su propuesta, el director perdió muy luego la paciencia, cosa que a mi juicio terminó por frustrar totalmente su juego a eso de las tres de la madrugada. Yo trataba de mantenerme en calma, mientras el director no solo daba nuevas razones sin fundamento, sino que cada vez se exasperaba más, levantándose con cierto esfuerzo del mullido sofá (en el que podían con facilidad caber al menos tres personas cómodamente sentadas) que ocupaba solo frente a mí, que estaba sentado en posición perpendicular al gran sofá que amortiguaba las caídas en asentadera que practicaba cada cierto rato como demostración de enojo. Se levantaba de nuevo pasado un tiempo, dando reiteradas mues-

tras del gran enfado que lo poseía, y entre muchos trucos hacía esto de elongar el rostro con el tipo de rictus que ya de antiguo le conocía. Sabía que de ese modo podría eventualmente inspirar terror; pero yo estaba bien informado de sus tretas de Halloween y no pensaba regalarle ningún caramelo. Luego, al ver mi ánimo de no ceder, se desplomaba pesadamente sobre el sofá en caída libre, mostrando con ello en forma reiterada su total molestia. Por momentos, como la serpiente, me anunciaba hasta qué alturas podría llegar en el futuro si aceptaba compartir esa fruta, y elogiaba, como nunca le había oído hacerlo de mí, las capacidades de saber y el prestigio que, según él, mi humilde persona ya había alcanzado. Mientras decía estas cosas levantaba los brazos arriba en un extraño gesto, como de gimnasta aeróbico; y más temible aún, los pies desentonaban del movimiento de los brazos en evidente descoordinación. Pasaba, luego, del elogio al vituperio prácticamente sin transición, creyendo con ello, como supuse en ese momento, que confundiría mi ánimo hasta ese presente incólume. Fueron cinco horas de un *tour de force* en que tuve el buen criterio de no levantarme en ningún momento de mi asiento, un sillón por supuesto más pequeño que el del director, si bien mullido y confortable. Levantarse significaba “me voy”, y a cierta altura era el director el que quería que el asunto terminara en rompimiento. Para él mi negativa era un *casus belli*, y por supuesto, sería más fácil de explicar al día siguiente a su pequeño coro de seguidores la tempestuosa reunión, más como una guerra que como una discusión a secas entre dos posiciones distintas.

Mas ni ese consuelo se le dio, determinado como estaba yo a utilizar el arma eficaz de la negativa, que veía que era la razón profunda de la perturbación de su ánimo. Yo por mi parte estaba decidido a no moverme de mi asiento mientras no me expulsase formalmente de su casa, lo que no sucedió. Pude ver que perdió muy pronto lo que solemos llamar la compostura: pues los gestos de su cara empezaron a evidenciar demasiado claramente la amargura de sus sentimientos, y esa falta de coordinación en el movimiento de sus brazos, ahora acrecentada, me pareció inquietante. Pude comprobar,

además, con mayor nitidez –cosa que también ya antes advertía– que las extremidades inferiores no parecían concertarse en esto de mover el resto del cuerpo en forma acompasada. Eso lo pude notar en las frecuentes veces que se levantó para dar mayor énfasis a sus palabras, o más aún, para evidenciar su enfado y total irritación. Pero finalmente se quedó de pie, y no volvió a sentarse, y sus músculos cansados finalmente de la tensión comenzaron a ceder; yo procedí a levantarme para iniciar una rápida despedida. Así concluyó la reunión, inopinadamente, si bien ya de madrugada, y con un incongruente buenas noches. Bajé por fin de las alturas con una sensación de victorioso alivio, mientras que los primeros destellos de la aurora se divisaban abajo, cerca del hall, a la salida del edificio. Nunca los destinos de ambos estuvieron más cerca el uno del otro, creo yo, que en aquella ocasión, y recolectando los hechos, mi impresión actual es que allí comprendí cabalmente que yo estaba en situación de dirigir mi propio sino, hasta donde la Providencia lo podía permitir, sin la interferencia constante del director. Fue desde aquella ocasión que no me asaltó temor alguno frente a esa figura que los accidentes de la vida habían colocado en situación tan señera.

A la mañana siguiente, relativamente temprano, al llegar al corredor lateral, me encontré en forma inopinada con el director, allí mismo dando las noticias de la noche a quien más incumbía, junto al tercero en línea, el Sísifo de costumbre. Unas palabras de buen humor de mi parte apenas lograron matizar la hosquedad de esos rostros, ya casi inexpresivos en su actitud de una pétreo indignación. Comprendí entonces lo crucial que había sido mi encuentro con el director, y cómo había logrado yo, fuera cual fuera la calidad de mi existencia, alejarme un poco del abismo y dar un paso inicial gigantesco, así lo creí, hacia mi propia redención. Ignoraba sin embargo que los problemas recién comenzaban, y que una cosa era estar personalmente satisfecho con los propios actos y otra, muy distinta, el que los demás pensarán lo mismo. Había ganado en solidez espiritual, pero mi negativa había roto la frágil tregua que el director y su corro mantenían conmigo.



La furia, dicen, no es buena consejera; y si algo estaba claro para mí era que esos rostros sombríos sabían ahora quién era su principal adversario.



## Un mal menor

La vida en Finibusterre está dominada por un principio verdaderamente ineludible que tiene la apariencia de un sino encubierto; es el postulado originario que regula la existencia de sus habitantes, en especial, de los que se agitan en el pasillo lateral del *témenos* de Jacobópolis. Este principio es la envidia: que no por casualidad el asunto tiene que ver con la percepción, puesto que un alma envidiosa utiliza su capacidad sensorial con máxima energía para escrutar al prójimo. Los objetos del sentido mantienen su predominio en estas comarcas de olvido, al modo como en el límite interno de la Caverna de Platón las sombras se constituyen en árbitros de la realidad. Solo un ojo purificado por una dialéctica ascensional es capaz de mirar limpiamente, y el comienzo de la envidia está en la mirada: es la constatación, gracias a un uso unilateral de la capacidad sensorial, de un bien que se descubre existiendo en otro, y que se supone no debería pertenecerle a aquel, sino ser exclusivamente mío. El envidioso experimenta con un sentimiento de pena la felicidad ajena, y se siente maltratado por el mero hecho de percibir, en otro, beneficios que aspira a poseer y, a menudo, a gozar solo y sin rival alguno. De aquí el resentimiento que surge con la envidia, y que hace que esta se haga acompañar por lo general de hostil enemistad, puesto que considera culpables a los demás por el hecho de poseer lo que él no tiene. Es, entonces, la envidia celosa comprobación de un bien en otro, acompañada del unilateral resentimiento del observador, que experimenta como un mal la carencia propia. El envidioso mira con recelo y adquiere la costumbre de observar con mala voluntad al prójimo, de donde nace su típica actitud rencorosa –incluso de indignación– en contra del objeto de su aversión. Se po-

dría decir que la primera criatura sujeta a la envidia fue la serpiente, afectada por la situación privilegiada del hombre del paraíso. Consigue por fin la expulsión del Jardín, luego de concitar contra el género humano el enojo del Creador. El hombre, es verdad, no era totalmente inocente, pero la envidia de la serpiente señaló el inicio de su caída.

En Finibusterre, la envidia se expande por sus corredores geográficos y por las vías de sus *témenoi* como el rumor; y es común ver que los rostros de muchos andan por ahí empalidecidos por la melancolía, y ojerosos por el recelo con que, sus propios ojos, se han acostumbrado a mirar a toda alma viviente. Nada se concede allí con generosa gratuidad, sino la mala voluntad que retarda u obstaculiza la obtención de un bien justo consigue cada día sus propósitos. Se insinúa en el interior de las almas, se instala en las relaciones humanas, en las ventanillas de las oficinas públicas, y con ocasión de cualquier circunstancia en que el prójimo alcanza un reconocimiento o un beneficio merecido. No es que el director fuera un arquetipo de envidia, puesto que al oeste del Jardín los ejemplos han sido demasiado abundantes desde los tiempos de Caín; pero resulta que, hacia las tierras que baña el mar del Sur, en los confines más alejados de Edén, la sombra de la diferenciación se abate con una fuerza mayor sobre los estrechos corredores geográficos que, de norte a sur, se abren camino con dificultad creciente entre desiertos y riscos, entre ríos y bosques, entre islas barridas por el viento del austro implacable. Cadenas de montañas extendidas con meridiana persistencia en dirección al horizonte antártico proporcionan a los valles su estrechez.

No son culpables, esos a menudo verdes y hermosos pasajes de tierra mullida del carácter de sus habitantes, ni lo son de las endemias que asuelan periódicas los corredores de sus *témenoi*. Estas enfermedades comarcales aparecen como turbulencias, epicentros ventosos creados quizá por la angustia del encierro o por una desoladora sensación de vacuidad metafísica. En ese ambiente turbido, el corredor lateral era la copia más infeliz de Edén, y entre sus baldosas los pasos silentes del director revelaron de súbito la presencia de una

suerte de nada existencial flotando a la deriva, mientras como alma en pena este comenzó a circular –ignorante de su estado casi gaseoso– por los costados del lugar. Con su llegada pareció despertarse el resto de los seres planetarios que configuran esta nebulosa en formación: corrió enseguida Sísifo, sibilante, en su decimosexta pasada de la mañana, como quien necesita expresar incesantemente mediante silbos “yo estoy aquí”, de vuelta de buscar la roca invisible que se le desenrosca continuamente de las manos; luego el tenedor de libros, hablando por el pasillo, se acercó algo titubeante a la puerta del santuario en que había recién entrado el director; a su vez, una figura patriarcal se movía entretanto procesionalmente desde más al fondo, con la dignidad de un obispo *in partibus*, mientras rodeado de acólitos de menor categoría avanzaba con lentitud hacia el eje central. Había otros más que no alcancé a reconocer, pues yo también, semioculto desde mi propia celdilla, apenas alcanzaba a divisar el extraño espectáculo. Era la fanfarria del mediodía, en que con la llegada del Sol a su cenit, el director recibía a su vez el homenaje de su pequeña orquesta metalúrgica. Todos estos astros musicantes circulaban a la perfección por sus respectivas esferas planetarias bajo la égida de su musageta, creando un engranaje de una ingeniería casi divina, muy difícil de describir. Por algo más de una hora era la música de las esferas celestes la que iba siendo representada en los confines del corredor, cuidadosamente acompasada con la gran rotación diurna del astro luminoso en su ápex, si bien es de suponer que en este sistema sideral, no era el Sol el que ocupaba el centro, sino el peso abrumador de ciertas apetencias terrenales menos afinadas. Aun así, un cierto tipo de minué lograba hacerse audible en medio de la aparatosa vacuidad de esas estrellas girando en torno de la nada. Ese era el tráfago acimutal de la academia, el que mantenía ocupadas a las almas del pasillo lateral. Llegué a pensar que era más bien un nuevo sistema *egocéntrico* el que sostenía de modo tan admirable al conjunto, cada esfera egolátrica moviéndose, por su orientación y la fuerza de su eros, hacia el ego superior.

En esas circunstancias, si el director quería abandonar su condición de director, era de obligatoria necesidad que algún miembro de su coro lo sucediese, pues de otro modo toda la configuración estelar que él sustentaba con tanta gloria se derrumbaría, arrastrando a su paso el fundamento mismo de un orden cósmicamente establecido. Las cadenas de egos estaban en forma tan sólida trabadas, que cualquier cambio en la serie podría producir una discontinuidad simplemente desastrosa para el sistema: las líneas de sucesión exigen continuidad, y las alteraciones entre las esferas llevarían a colisiones de incalculables consecuencias para el Todo. De ahí, supongo, la insistencia del director, ya un poco cansado según él, aunque no reconocidamente viejo, en designar un sucesor entre las estrellas más cercanas de su séquito, en especial a uno que, por su aspecto selenita, parecía brillar más cabalmente con la luz prestada del ego superior. Los eones del Pleroma lateral –que conforman el número total de egos de la esfera divina del costado– estaban todos de acuerdo, si bien algo andaba mal, o alguna cosa –por razones que en ese momento se me escapaban– tenía que terminar mal en ese asunto, tan bien trabado sin embargo desde el principio.

Porque resulta que el director seguía empeñado en su pertinaz campaña de sucesión, sin considerar que, por el simple hecho de que el ejercicio de su dirección había sido insatisfactorio, a nadie que no fuera de su séquito le interesaba que él, por su propia cuenta, quisiera perpetuar esta situación mediante una entidad emanada de su ingenio maligno. Los eones, claro está, quiero decir, los seres emitidos en el sector del pasillo lateral por una cierta actividad inteligible proveniente del *vacuum*, y que giraban de un modo prodigioso en torno al director, todos ellos concordaban en la perpetuación del sistema mediante el elegido. El concierto era total allí, todos creyendo que el director, como un nuevo demiurgo gnóstico, estaba destinado a substituir, lejos de la Sabiduría superior y en estas “regiones de sombra y vacío”, la luz inmarcesible del Pleroma. Pero si bien la audacia de los emitidos del corredor provenía de su ignorancia del Padre perfecto, tengo

para mí que la causa principal provino de una suerte de fascinación frente al torbellino central que, a modo de vacuidad incandescente, transmitía a toda esta cadena de eones una sensación de plenitud imposible de narrar pero absolutamente inane y aparente. Era la fascinación del vacío en su abisal horizonte misterioso, preludio tal vez del advenimiento del milenio: se acercaba la perpetuación sin límites de un poder lateral destinado a la inmortalidad mediante un reemplazo acompasado e incesante.

La verdad es que las cosas salieron mal en un cierto sentido para este coro inescrutable, pues el resto de la plebe (entre los que yo me encontraba) se las ingenió para abortar el tan bien concebido plan de perduración mediante un sencillo expediente. El director no sería reemplazado, y todos abogaríamos ante la región intermedia por su permanencia en el cargo. Todos comenzamos a encarecer las virtudes del director –que por cierto las tenía– contrapesándolas con las del sucesor pretendiente, que evidentemente salía mal parado de la comparación. El director, sin embargo, advertido además por una delación de Sísifo, no tardó en darse cuenta de que, en esas circunstancias, su elección se sustentaba no en sus propios méritos, sino en los deméritos del otro; y que, como lo explicaré a continuación, se le hacía una doble injuria oponiéndose además a sus designios. En efecto, lo que en un comienzo fue solo una táctica nuestra casi desesperada por ganar tiempo, se convirtió de pronto en un acto salvador. Porque el problema verdadero para el coro de eones estaba, justamente, en la detención abrupta que el proceso de emisiones comenzó a experimentar con la interrupción del reemplazo. Era imperativo para ellos que la procesión continuara, y que el director, en estado de sublimación, emitiera un nuevo director en estado de concreción. De ahí que el director, en vez de congratularse de nuestro apoyo, andaba por los pasillos lívido de ira, y lejos de compadecerse de nuestra situación de plebeyos, dirigía torvas miradas henchidas de anuncios de venganza. La furia provenía de la súbita comprensión del colapso inminente del sistema planetario tan bellamente instalado alrededor de la nada, y del hecho patente de que,

*Jorge Óscar Velásquez*

en el nuevo período, la causa profunda de sus atribuciones directorales estaba en su condición de mal menor.

Todo esto era, a decir verdad, el preludio de un desastre que parecía inminente.



## *Deceptor malignus*

El director, entonces, se había vuelto menos locuaz; sí, y espero que se me entienda, puesto que nunca fue un taciturno de esos que parecen avaros del *stock* de palabras que se supone que guardan en el pecho; ni era tampoco un hablador a la ligera, ni acostumbraba charlar con el primero que se topara. Es cierto que era selectivo, cosa que a nadie le debería molestar. Pero algo había comenzado él a sentir en el aire, un cierto rumor intangible que estaba como suspendido en el ambiente y le amenazaba: desde alguna oculta oscuridad algo latía, que no se sabía bien dónde se ubicaba ni qué malignidades maquinaba. Es que, como pude colegir en ese entonces, el director intuía de algún modo los desajustes del sistema que había logrado hacer prevalecer, y en su mente comenzaban a incubarse inquietudes, desconocidas hasta ese entonces, acerca de la realidad intrínseca que como fundamento originario sostenía todo ese conjunto que él creía conocer tan bien. Era la duda, que comenzaba sin disimulo a anidarse en el alma. La duda, no importa cuál, duda al fin, según lucubró: que para eso parecía haber nacido el hombre si algún objetivo había sobre la tierra, y era el vivir en la incertidumbre. Pero vivir con la presencia de esa embarazosa ausencia, por muy elegante que se anduviera por ahí con alto coturno en la certeza de ser algo, era en resumidas cuentas ser casi nada, nada, por decir así, en relación con esa consistencia metafísica, de la que él, por el acoso creciente de la duda, se sentía por momentos desligado.

No me es fácil hallar una vía explicativa, y me parece casi presuntuoso el pretender penetrar en el santuario de un alma de tan sorprendente complejidad. Pero tal vez, para entender lo que le acontecía, sea necesario utilizar una pieza de inter-

pretación histórica, volver al pasado junto a los expertos en la crónica del acontecer del pensamiento. Porque en su afán de establecer una cierta clarificación a la evolución constante de las ideas, los estudiosos suelen hablar de las épocas modernas como distintas de un período medieval, y a menudo señalan a un filósofo galo como el fundador de una nueva edad del pensamiento. Ese pensador, filósofo y matemático, se llamaba Cartesius, que insistía en la unidad esencial de un conocimiento apropiado a nuestra vida, un saber que estaba llamado además a convertirnos en dueños del entorno y de la realidad. Sabía, sin embargo, como hombre experimentado en los dichos de los que lo precedieron en la búsqueda del conocimiento, que en nuestra lucha por revertir los efectos de la caída original debemos hacer frente a la maldad. Como el pecado originario ha producido una confusión en nuestra orientación con respecto a lo real, la perturbación esencial del hombre sobre la tierra tiene que ver con la condición elusiva de una verdad central que atañe a todo viviente. Quiero decir, que esta verdad resulta del triunfo sobre una falacia que reptaba por los rincones de la existencia humana (y por ende, por los corredores de los enladrillados *témnoi*), y que pretende convencernos de la inanidad de nuestra propia existencia y de todo lo que de alguna manera nos circunda. No vivimos, se propuso imaginar el filósofo, la vida personal que creemos vivir, sino el sueño indigesto y malvado de un *deceptor malignus*, industrioso maquinador de un sempiterno engaño. Todo el mundo de las cosas, incluidos nosotros mismos, no es sino el resultado de cierta escenografía surgida de un astuto complot urdido por esas mismas potestades, que Augustinus, siguiendo una antigua tradición, denominaba *deceptores daemones*, es decir, verdaderos *engañadores de las almas*. Renatus, haciendo honor a su nombre, quería renacer desde las cenizas del engaño, y libre de los sueños hallar la salvación en la llanura de la verdad insomne. La duda maligna se asentaba precisamente en el carácter de nuestro propio existir sobre la tierra, y la pregunta apuntaba a clarificar cuál podría ser la consistencia de las cosas que experimentamos en nuestra vigilia. Para saberlo, era necesario alimentarse de esos verdes

pastos que crecen en los llanos originarios, y alcanzar la certeza en la identificación entre el acto de pensar y el acto de existir, pues eso soy yo precisamente, “una cosa que piensa”.

Desde el primer engaño a que fuimos inducidos como raza, el de la maligna serpiente, los seres humanos hemos convivido con esa terrible sensación de habitar al exterior de nuestra propia casa. El exilio es el principio de nuestra duda; y el quiebre existencial que nos aqueja tiene su fundamento en la honda sospecha que tenemos de haber sido sometidos a un engaño primigenio: y he aquí que, ante la suposición de la inexistencia de un Dios benignísimo, fuente de la verdad, un *genius malignus* de parecido poder pero de añadida astucia toma el control del espacio de nuestra mente, *y emplea toda su industria en engañarme*. El hombre ha tomado conciencia de su condición de exilio al percatarse de la posibilidad de la *epokhé* de Dios. La divinidad no parece haber muerto todavía, pero el juicio del hombre sobre su existencia ha quedado en suspenso, a la espera de un pronunciamiento que lo traiga a la vida. Mientras tanto, por un corto tiempo, dueño ha quedado del campo ese “engañador extremadamente astuto”, serpiente maligna; pero el encargado de desenmascararlo es la propia víctima del engaño, que intenta lanzar triunfante sobre el rostro develado del *deceptor* las palabras rituales de su exorcismo: *Ego sum, ego existo!*

Las predilecciones épicas del director se veían recompensadas por este triunfo singular de Cartesius, arrojando sobre la duda la cabeza de la Gorgona ensangrentada: se había logrado petrificar a la duda y echar por tierra su amenaza maligna. De ahí que, si esta volvía a insinuarse en el corazón, como ahora, en la consciencia misma del director, aunque no ya con vestiduras metafísicas sino con el plebeyo ropaje de un temor indefinido, era de todos modos extremadamente perturbador. Se trataba de algo relacionado con la consistencia del efectivo horizonte del habitar cotidiano en el mundo de las cosas, y el ánimo del director había comenzado a alterarse ante la perspectiva de ese no sé qué que parecía reptar por el corredor. No es fácil atenerse a un no sé qué, y el asunto sonaba a engaño, y no tenía

mucho sentido preguntarse, me parece, si realmente pudo haber existido un *deceptor* de la condición que imaginaba Cartesius, puesto que lo importante aquí estaba precisamente en la calidad de la suposición. Sin el supuesto de un engaño de tal naturaleza, la duda perdería su condición de situación límite, y todo el ejercicio metodológico se derrumbaría ante el desafío de una duda incapaz de quebrantar la confianza en la realidad. La duda debía comportar la posibilidad de un engañador eficaz, si había de cumplir con el objetivo final de arrasar con todo posible resquicio de confianza en la verdad; y así, desde las ruinas de lo verdadero, debía surgir esta otra verdad inconcusa, asentada en el hecho mismo del error. En salir indemne de ese ejercicio metodológico estaba la pretendida hazaña de Cartesius, y por esos días, más de alguna vez el director empezó a preguntarse si él personalmente no había salido por entero ileso de este peligro, que se arrastraba en forma de oscura sospecha. Quedaba en todo caso la impresión de que Cartesius había de algún modo vuelto a rememorar la épica de los orígenes: eso era lo que yo pensaba. En el inicio, junto con ser creados fuimos luego engañados; y el esfuerzo consiguiente supone vencer a la mentira, pues en ello estriba nuestra capacidad de libertad. La tarea que resta es reconciliarnos con la verdad mediante la aniquilación del mayor obstáculo que es posible suponer, a saber, la presencia obstructora del maligno engañador. Aquí, sin embargo, en sentido estricto nunca hubo caída puesto que no hubo finalmente engaño, y los intentos del *deceptor* fracasaron gracias al ensalmo del *cogito*. Pero de todos modos se trataba aquí de una verdad terrible, un itinerario del espíritu con seguridad peligroso, pues en cierta medida se invierte metódicamente el orden de las cosas tal como ellas existen ahora al oeste de Edén. En el método estaba el peligro, pero había que correr el riesgo: que hasta quizá la adscripción de nuestros límites geográficos debería ser entonces revisada, pues nunca habríamos sido expulsados del paraíso; hemos corrido el riesgo, sí, aunque la serpiente ahora habría fracasado en engañarnos, y huido avergonzada ella sola, no nosotros, del Jardín.

Pero esto de que anduviera todavía una serpiente oculta por ahí, en los dominios en donde prevalecía el orden por él impuesto, lo tenía muy molesto, y más aún erosionaba su confianza el constatar la manifestación, en su propia alma, de claras desconfianzas en los seres y en las cosas: al modo de apremiantes malestares metafísicos llegaban como oleadas esas incertidumbres a perturbar la sólida estructura de su mundo real. Se retrataba así de nuevo ahora mismo en él el hombre moderno, pero en los umbrales ya de una posmodernidad a su vez también en vías de extinción. Yo supongo que lo que Cartesius de hecho reconstruye por su parte, en sus meditaciones, representa el itinerario del hombre llamado moderno, en la medida que en ellas se vislumbra una actitud de algún modo diferente ante la gran pregunta de la vida. Vemos, supongo, en su disposición de ánimo la presencia ejemplar de muchos de sus contemporáneos, razón por la cual se considera al filósofo una suerte de paradigma de su tiempo. Puede que para él “duda metódica” signifique “provisoria”, cosa que cambiaría toda la perspectiva en que muchos han intentado leer sus meditaciones. Pero yo volvía a pensar dónde podría estar el secreto del asunto, y si tal vez el eco de la verdadera historia interior de Cartesius se había extinguido dejando solo huellas dispersas, y en su mayor parte, engañosas. El director alguna vez había querido penetrar en esos vericuetos, pensando con cierta razón que allí se ocultaba una cierta verdad desvanecida que era conveniente develar. Pero eso fue en otros tiempos quizás mejores, y las auras promisorias de una investigación ejemplar quedaron sumergidas en el torrente de sus venas, en los humores que penetran las entretelas de la sangre, en el flujo que se extravasa desde los órganos interiores para aflorar finalmente en la piel o en los epitelios cutáneos, donde mucosas secretan su flema incesante. Allí colisionó –o en alguna parte quizá del cerebro colindante con la glándula pineal– el espíritu del director que accedía a la certeza, y chocó con la mera fuerza vital que acrecentaba la extensión y pervivencia orgánica del cuerpo. La *res cogitans* se enfrentó en desigual combate con la *res extensa*. Así, los sucesos no llegaron a buen fin con el transcurrir

del tiempo en esa cosa pensante que sucumbía poco a poco al poder de lo extenso. Renatus ya lo había advertido: *se alegra mi espíritu en extraviarse, y no consiente todavía en mantenerse dentro de los límites de la verdad*. De ese modo, como un trozo de cera en las manos tibias de la mente, se fue perdiendo indefectiblemente en él la “dulzura de la miel”, la “fragancia de las flores”, mientras la extensión abrumadora de las cosas circundantes reducía su antigua consistencia a una flexibilidad cuasi informe.

Porque la cercanía del abismo puede llevar a la locura; y el intentar penetrar en las hendiduras que conducen al corazón del alma puede resultar desastroso para una mentalidad endeble y desacostumbrada. Las cosas se dieron así, y el lento destilar de la verdad cartesiana fue erosionando los débiles cimientos de un alma incapaz de resistir el juego de la duda. Porque se trataba en Cartesius de un mecanismo peligroso, que envolvía nada menos que la posibilidad, en su tercera etapa meditativa, de considerar la presencia –más allá de su existencia– de un “Dios engañador”. No bastaba con reconocer la existencia de un Dios, pues había luego que comprobar la inocencia de ese Dios sin intenciones de engañar. Tan importante parecía el unir ambos asuntos, y en especial enfatizar este último aspecto del problema, que todo parecía reducirse a esta sola doble cuestión: “si hay un Dios, y si lo hay, acaso pueda ser un embustero”: porque si esto se descubre, es decir, la necesidad de probar la veracidad de su existencia, y de hacer desaparecer a la vez toda duda sobre la imposibilidad de un engaño de su parte, “no veo, dice, que pueda yo estar plenamente cierto jamás de ninguna otra cosa”. Del *genius* hemos pasado a la posibilidad del *Deus* engañador, y con ello Cartesius parece dejar al descubierto una cuestión decisiva que acechaba desde el inicio, a saber, la intromisión del engaño entre la duda y la certeza. Y he aquí que el papel interceptor de la serpiente entre el hombre y Dios se traslada a Dios mismo, al plantearse la posibilidad de que, aun si existe, podría engañarme. O dicho de otro modo, pensamiento indigno de proferirse, la serpiente misma del paraíso sería un aliado del Dios, su portavoz, provisorio en algún tiempo, tes-

timonio ahora de la voluntad divina, develada al presente por el mismo filósofo, de engañar al hombre y expulsarlo del mismo Jardín en que le insufló el ser.

La duda, entonces, del director frente a aquello que se le venía pero sin rostro tenía todo el aspecto de significar una realidad amenazadora, que hacía de hecho imposible el encauzarla en los límites neutralizantes del método. En la mente del director, la duda metódica frente a un Dios infinito engañador se tornaba inasible, y por tanto, inmanejable. La realidad, la suya, entonces, parecía correr el riesgo de caer en un estado caótico, y precisamente por la acción de esa divinidad falaz: y todo parece inducir a pensar, en consecuencia, que la principal obra de la llamada modernidad tiene, por decirlo así, un trasfondo claramente teológico; pero en el intento honrado sin duda del filósofo, quedaron una vez más expuestas las heridas del hombre caído cercado por el engaño. Incluso como una consecuencia de ese descenso, la posibilidad de un Dios engañador se presentaba a la mirada del filósofo como metodológicamente posible; si bien, en fin, la comprobación de la idea de un Dios perfectísimo lo lleva a concluir que aquel “no puede ser falaz”, puesto que la luz natural hace manifiesto que “toda perfidia y engaño resulta de un defecto”. Muchos quedaron sin embargo sumidos en el sueño del que nos invitaba a salir en el inicio el filósofo, como inducidos por un hipnotizador maligno que no ha querido despertarnos del letargo al que nos ha llevado.

Así fue como el director lector no salió indemne de su fracasado periplo, arrastrado sin proponérselo hacia una travesía condenada a un continuado naufragio. Porque en efecto, el filósofo había iniciado su meditación primera con la idea de derribar, en el tiempo libre que se había procurado, “todas sus antiguas opiniones”. No era fácil, con todo, salir incólume de una experiencia tal, en especial si, como era este el caso, su lectura ahondara en el director precisamente una falla que bien pudo permanecer en él superficial e inocua, de no haberse llevado a cabo el ejercicio lectivo de la duda. Porque nuestro especial lector, que se daba a leer no precisamente libros de caballerías sino los no del todo perfectos li-

bros de ciertos filósofos, vino a dar él también por razones diametralmente opuestas en un muy extraño pensamiento, y es que, a resultas del “poco dormir” y el “mucho leer”, supuso haber recorrido ya el camino que con mucha fatiga recorren los maestros: sin comprender en todo caso que no bastaba una lectura *extensa*, pues ella debía ser también *cogitans*.

En esas circunstancias, con razón o sin razón, y desvelándose por desentrañar sentidos a las cosas dichas por estos caballeros andantes del saber supernatural, el director pasaba los días entre los pasillos del *témenos* y los amplios espacios de su propia morada interior, sin atinar completamente con la ubicación que mejor pudiera haberle correspondido de no haberse topado con esos escritos. Me pregunto aún hoy día qué hubiera sido mejor: si aprovechándonos del sueño del director, ya cansados de tanto escrutinio, hubiésemos en consejo quemado, como se le hizo a otro caballero, “a carga cerrada” la mayoría de sus libros, o bien, eligiendo con más cuidado aquellos sindicados de más dañinos, los mandáramos “todos al corral” sin contemplaciones mayores. Pero las cosas no se dieron en aquella época tan favorablemente para quienes mirábamos entre atónitos y divertidos las *deambulationes* del director: ya que, como un Plutón, el hijo de Cronos y Rea, este mantenía firme dominio sobre su mundo de sombras. Y estábamos todos allí, confundidos entre aquella oscuridad, sin dar con la solución al enigma que hubiere de poner en fuga a la Esfinge, ese monstruo de la leyenda tebana que el destino nos había colocado en el camino. Algo nos advertía que a pesar de todo podría ser mejor no desenmascarar todavía a la Esfinge, y dejarla actuar en su labor de superintendente de los márgenes occidentales del territorio bajo su dominio. No deberíamos correr la suerte de Edipo, que mediante su respuesta al acertijo malvado de la Esfinge consigue precipitarla a su propia ruina; en vano, sin embargo, pues el destino miserable del Rey es la consecuencia de su propia victoria.

En esta perplejidad estaba yo, y el pequeño resto de los amigos que, no habiendo doblado nuestras rodillas ante Baal, éramos mantenidos a fría distancia por el director y su corte. Así, vista desde lejos, la Esfinge infundía a todos temor, sin



poder dar yo crédito a mis ojos, pues a mi pesar había momentos en que me parecía vislumbrar a lo lejos una figura de contornos leoninos, del que pequeñas alas, como de murciélago, se asomaban. Creo que a veces, influido tal vez por el mito, atisbé, en la imprecisión que producía la penumbra indecisa del corredor, unos como cuernos que se asomaban apenas de su cabeza, que mantenía con todo, fundamentalmente, una apariencia humana. Pero eso, claro, se podía decir, eran solo reverberaciones de mi imaginación; un resultado cierto de mi propia situación de desánimo y abatimiento.



## El ilusionista desengañado

Unas hermosas y antiguas palmas se elevan junto a una de las fachadas del *témenos* de Jacobópolis, y con la llegada de la primavera racimos gigantes de dátiles comienzan con energía a madurar el generoso almíbar de sus frutos. Es lo único que propiamente se acrecienta allí conforme al ritmo de la naturaleza y de las estaciones, si bien la gloria de la sazón anual pasa de hecho inadvertida para la mayoría transeúnte, pues sus copas se elevan demasiado para ser vistas con facilidad. Nada se iguala sin embargo en ese entorno a la verde majestad de esas palmeras de flores dioicas que alineadas entre un sobrio edificio de ladrillos y la calle ruidosa y prosaica, aseguran al recinto un espacio de pura neutralidad arquitectónica. La construcción, sin embargo, se halla perpetuamente amenazada por el devenir incesante de vehículos y humanos. Cerca de allí se estacionan los coches de los diversos directores, y no lejos de quizá el más bello ejemplar datilero, acostumbraba aparcar el director de nuestro pasillo lateral. Él conocía bien qué tipo de árboles crecían en este jardín exterior, situado junto al anillo más alejado de las acrópolis centrales, si bien jamás parece haber revelado alguna especial predilección por la noble especie. Ignoro si era esa apariencia de áspera rectitud y cilíndrica autonomía de la palma la que le provocaba una cierta vaga inquietud. Yo, por mi parte, en mi afán de pasar lo menos posible por los corredores sometidos a la jurisdicción del intendente del costado lateral del *campus*, gustaba de caminar por entre esa profusión de dátiles que colgaban liberalmente desde la altura. No era este un ejercicio vano, pues el puro espectáculo de la maduración generosa de la naturaleza producía en mi alma un cierto impulso placentero y renovador. Con el tiempo había llega-

do a comprender que todas estas sensaciones tenían algo que ver con un recuerdo ancestral, y que en esas palmeras se podía reconocer la presencia de vestigios del paraíso. Tan lejos no parecen haber estado de Edén, puesto que desde remotos tiempos crecían ya en las laderas de Fenicia. Recordaba que eran sagrados desde antaño en Delos, donde una palmera primigenia, junto al laurel amado de Apolo, fueron ofrecidos a la querida Latona con sus ramas consagradas. Comprendí entonces que el regalo de su visión traía consigo algo de lo perdido que nos resistimos a olvidar. Y así también Ulises se sintió transportado de emoción al contemplar ese retoño de palmera junto al altar del dios en Delos, la isla divina. Que así también, al enterarse la muchedumbre que Jesús venía a Jerusalén para la fiesta, tomaron espontáneamente ramas de palmera, y saliendo a su encuentro gritaban al Rey de Israel ¡*Hosanna!* No había duda de que la palma encerraba simbolismos profundos, y veía su presencia en el lugar como un oasis de consuelo y una señal de protección divina. Así, antes de entrar en los penetrales del *témenos*, fortalecía mi espíritu para no sucumbir en sus laberintos, que justo al frente se alzaban cargados de malos presagios. El frontispicio, sin embargo, no parecía a primera vista temible, ni el adusto exterior dejaba traslucir la verdadera condición de los proskenios interiores.

Yo había andado, poco antes, de viaje por Albión, la isla que enfrenta el mar septentrional europeo, mientras unos colegas preparaban en el *témenos* un proyecto. Habían recibido la noticia de un concurso en que todos los claustros de las distintas sedes de la totalidad del *témenos* de Jacobópolis podían presentar sus planes de creación de *centros* de estudios e investigación interdisciplinaria. La idea venía de las esferas más altas, y era sin duda atrayente para el espíritu de muchos profesores, entre los que había algunos que hacía poco habían terminado sus estudios superiores. Habría un centro de investigación de la cultura clásica, y los autores griegos y latinos serían estudiados y traducidos con el objeto de mantener la llama de un saber casi en extinción en el costado extremo de la *oikumene*. Informado del tema, accedí con gusto a participar en el proyecto, donde filólogos y teólogos, además, com-

partirían una labor de equipo. Todo estaba previsto, y el plan relucía como un mecanismo llamado a cumplir un papel beneficioso para la comunidad de estudiosos que habrían de conformarlo. Todo estaba previsto, menos un hecho sencillo que nadie habría considerado difícil de superar: era que todo este plan debía recibir el visto bueno del director. Para evitar suspicacias, se había incluso colocado entre los miembros del equipo a su mismísima persona, pero nadie hubiera podido siquiera pensar que esto, u otras razones, pudieran no ser suficientemente poderosas como para no ganar la aceptación de la dirección.

Pero las cosas a veces pasan porque tienen que pasar, quiero decir, pasan y no hay explicación racional que dé cuenta de por qué en resumidas cuentas pasaron y terminaron mal. Y así fue como, en una primera entrevista con nuestros colegas, el director, a la defensiva, vio en este proyecto uno de los más siniestros complots que le había tocado desactivar en toda su vida. Antes de conocer el plan en su conjunto, ya empezaron a surgir las objeciones, y pronto este pasó a tomar el aspecto de un caballo de Troya introducido con su mismo consentimiento en los espacios interiores del corredor. Esta maquinaria infernal encubierta de *centro* podría finalmente, así lo pensó, hacer saltar por los aires el tablado tan bien armado por él. La verdad es que incluso, ya en el segundo encuentro de los cuatro que de hecho se realizaron con ocasión del asunto, aparecía mi persona como el solapado encubridor detrás de la conspiración. Una vez entronizado el *centro* en medio del corredor lateral, se descolgarían a cubierto de la noche estos seres malignos conducidos por el Ulises, con el objeto de arruinar al resto de sus desprevenidos e inocentes moradores, incluyéndolo a él, por supuesto. En la cuarta reunión, el director ya casi fuera de sí por la secreta envidia que le producía no haber sido él el inventor de su propio jumento griego, amenazaba ahora con un posible despido masivo, de continuar ellos en la idea del caballo.

La verdad es que no se había visto cosa igual, nada que mostrara un desenfado más delirante en los anales del corredor lateral. Y por mucho que se amase la paz, no era propio

de seres racionales el mostrarse sumisos, como si el director encarnase una hipóstasis intangible. Pero no había al parecer cómo desendiosar esa figura, aunque era preciso reconocer que, dada la situación en que estaba metido, y considerando el hecho real de una dirección en estado parapléjico, su instinto de supervivencia producía una cierta admiración. Porque no solo con estas actitudes increíbles se defendía, sino que se juzgaba a sí mismo en condiciones de atacar como a enemigos a todos los participantes de un proyecto cuya falla esencial consistía simplemente en haber sido concebido por otros. Haciendo yo memoria, luego de lo acontecido, se me ocurrió pensar que tal vez habría en todo esto alguna conexión con el *deceptor malignus* que aquellas lecturas habían colocado en su mente en un lugar de prominencia inquietante. Porque lleno de una fantasía libresca, parecía habersele asentado en su imaginación “que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía” –como las del sabio de la *prima philosophia*– que algo de caballero andante se vio al final que poseía por causa de tanto libro, con molinos y todo, contra los que había que arremeter como fuera.

Pero los molinos éramos en cierta manera nosotros, los del *team* de conjurados, que veíamos abalanzarse lanza en el ristre, con jumento y todo, a este caballero. Porque, a decir verdad, para el bueno de Quijana los molinos bien le parecieron desaforados gigantes, mientras que, para el director, nuestra pobre humanidad en nada se diferenciaba de aquellas cobardes y viles criaturas que aquel buen caballero suponía ver. Así, en efecto, el verdadero caballero de la Mancha transfiguraba la realidad, de modo que reconstruía cada vez su mundo de ensueños en coordinada interacción con el sólido fundamento de la materialidad consciente de las cosas del mundo. En otras palabras, estaba en capacidad de construir un universo de imaginaciones poéticas en armonía y hermandad con nuestro mundo cotidiano, cosa que le permitía a nuestro caballero ser universalmente comprensivo y bondadoso con el género humano. Por consiguiente, si había de haber gigantes era preciso que hubiera primero molinos allí al frente. En esas circunstancias, el buen caballero andante podía asimismo

considerar de verdad real una escena como la del retablo de maese Pedro. Si se mira con detención, se puede ver que en ambos casos ciertos objetos reciben una identificación equivocada –según nuestro concepto–, y suponemos que una mente *normal* en ambos casos debería salir airosa en la realización del acto de identificación correcta, sin importar el hecho de que, en el segundo caso, la cosa allí sea lo que llamamos una representación, con una sobrecarga de fantasía. En esas circunstancias, Melisendra era para él Melisendra, y don Gaíferos don Gaíferos. Y quienes sufrían las consecuencias eran, conjuntamente, los pobres títeres, y el sufrido y pícaro don Pedro con toda su compañía, incluido el mono.

El director, en cambio, hacía una transposición en los planos de la realidad partiendo de un estado ya carente de consistencia real; es decir, a partir de lo irreal, que ya había por algún tiempo asentado en su propia mente sus reales, ponía en ejecución lo que él consideraba lo concreto, la realidad, el mundo de las cosas a su alrededor, de modo que, podríamos decir, se encontraba en una suerte de alienación *de vuelta*, cuando en la mayoría de los casos en el resto de los mundos se trataba de una alienación *de ida*. En otras palabras, las cosas circunstantes parecían ser solo oportunidades, que en el acontecer de la vida, en determinados momentos, se constituían en la ocasión que motivaba el advenimiento de todo ese mundo compacto de irrealidades propias del héroe de nuestra historia. En resumidas cuentas, el director se había convertido en un tipo especial de *ocasionalista*, puesto que había logrado solucionar a su modo la relación entre la substancia pensante que era él, y el complicado mecanismo de una substancia extensa que era en este caso todo lo demás. Eso *demás* no era la causa de nada sino un conjunto de meras ocasiones, de modo que entre él y ese mundo no había propiamente interacción. Pero como alguna relación al fin y al cabo debía haber, lo único que subsistía operante en ese caso, creando las totalidades, era esa magnificada *res cogitans* paseándose por el corredor. Por el hecho de estar como de vuelta de ese mundo irreal propio de él, el director parecía actuar en consecuencia de modo coherente en el plano de lo que

llamamos real, e incluso parecía casi insuperable en el manejo de un poder fáctico en los asuntos propios de su dirección. Me refiero en este caso al hecho de que sabía manejarse en las cosas generales de su cargo, aunque en la práctica eso significase que no hacía otra cosa que estar ahí. Por mi parte he llegado a la inquietante certidumbre de que su caso es, *mutatis mutandis*, un mal común en los *témnoi* de la ciudad capital y las comarcas circunvecinas, con sus directores incluidos, pero he preferido por lo general ignorar esta verdad demasiado opresiva para cualquiera que desea vivir en relativa paz, incluso como habitante de los mencionados recintos. Pero en el caso del caudillo del costado casi todo parecía normal a una mente inadvertida, por lo que no siempre era fácil darse cuenta por dónde fallaba, y en dónde estaba la fragilidad esencial de todo ese sistema inmunológico creado para preservar una estructura de hecho imaginaria en su origen, aunque ominosamente real en sus efectos en un mundo que ya era inconsistente de raíz.

No había, por consiguiente, ninguna armonía preestablecida sino tan solo una glándula pineal enfilando por los corredores; y aún así, a decir verdad, el asunto estaba marcado en este caso por una rara obstinación. El resultado entonces de todo esto fue, para decirlo con cierta claridad, desastroso, pues el director rompía con ello los esquemas de la locura, hacía casi imposible el diagnóstico que la delatara permitiendo así su eventual curación, y mantenía en realidad indetectables los rasgos de cualquier anormalidad: que la maciza reiteración de su comportamiento inducía a pensar equivocadamente que se trataba de rasgos del carácter. De ahí la sensación de no saber en primera instancia cómo hacer frente a tal tipo de situación, de qué modo reaccionar ante una conducta que, por ejercerse en el plano de la realidad con los parámetros de una aparente sensatez, lograban en un primer análisis impedir el desciframiento de una locura que *no iba* a ninguna parte ni parecía *alienarse* en algo. Para desembrollar el caso, se hacía necesario emplear una paciencia extraordinaria, y colocarse, por decir así, en el *arrière-plan* del fenómeno, e instalarse en aquello que permanecía obstinadamente en la sombra



de todas las acciones que el director emprendía, fueran ellas según el parecer general importantes, o fueran sencillamente dichos o hechos acontecidos como de forma espontánea o casual. De esta manera, siempre había un más allá desde el cual pendía el acontecimiento, que como la cara oculta de la Luna permanecía sin verse.

Me llegué a imaginar que tal vez en este caso había algo así como un complejo del maese Pedro, quiero decir, que por ser un armador diestro de retablos, temiese ser atacado a la manera que el caballero andante lo hizo, y todo el tinglado se viera por unos pocos mandobles echado en tierra sin esperanza de reparación. Quizá no estaba lejos la situación al menos del sentido originario de *retablo*, pues indudablemente que la palabra provenía de “tablado” o pequeña mesa o tábula, y que el *re* tenía que ver con *retro*. Satisfecho con esta averiguación, me complacía ver cómo ciertas cosas encajaban bien con mi cuento, en especial con la relación evidente que habría entre ciertos preparadores de pequeños escenarios de figurillas, y algunos intendentes en los diversos *temenoi* al muy oeste de Edén. Porque, supongo, sería sumamente decepcionante para un titiritero el no conseguir en el resto de su audiencia la necesaria complicidad como para poner en acción su retablo. No era común encontrarse con una interferencia tan perturbadora como la del caballero andante; pero parecía asimismo fatal para este nuevo maese el no conseguir persuadir que los Gaiferos y Melisendras de su equipaje se transformaran en personajes verosímiles.

De ahí que el director considerara que el invento del caballo venía a constituirse en una grave amenaza, siendo esa la razón por la que supuso que el plan sería como una *facultad paralela* a la propia que él se preciaba de presidir. Por eso de *facultad* no estoy bien seguro qué es lo que quiso mentar; pero en todo caso, él supuso que cualquier señal que indicara que su audiencia cautiva había descubierto la parte de atrás de su artificio y, por tanto, hallado el camino para su propia liberación, le parecía hondamente perturbador. No había otro modo que llamar a todo ello “decepcionante”, y así fue como lo hizo, en el sentido de que lo habían intentado engañar con la

preparación del proyecto, específicamente, con todas las consecuencias por él visualizadas. Prefirió incluso correr el mortal riesgo de transformarse en un Laocoonte, en su afán de impedir que el Caballo penetrara los sagrados recintos que constituían su espacio vital. “No os fiéis del Caballo, troyanos”, ni de este “regalo sospechoso”; pero esta vez no llegaron a la escena de los incidentes que rememoro las serpientes gemelas que, a paso resuelto de batalla, habrían de masacrar al nuevo Laocoonte del corredor y sus hijos. Estaba escrito que el director no sería inmortalizado por el mármol, muriendo bajo el ataque ominoso de dos monstruosas serpientes. Porque esta vez ningún monstruoso ofidio emergió desde el mar, de modo que el fin de esta historia permanecía todavía oculto, y el director estaba al presente triunfando mediante sus tácticas obstructivas.

No había, sin embargo, mejor modo para dejar al descubierto los propios temores subconscientes del director, y la constancia de la propia y constitucional fragilidad de su situación y la de su cortejo cometario. Lo que quedaba develado era nada menos que su condición de *deceptor*, y con ello, la incapacidad futura de engañar mediante las ingeniosas construcciones que, como mallas invisibles, se proyectaban desde una zona posterior, y atrapar así arteramente todo tipo de acontecimiento al interior del pasillo. Esa *zona* era el entarimado de todo ese mundo de esencias ficticias que se había construido en sustitución de esa substancia divina, con la que toda criatura debería estar unida como al objetivo final de su verdadero actuar. Habiéndose entonces cambiado de ese modo en su mente la realidad arquetípica por ese universo virtual de su propia cosecha, las *causas ocasionales* del Filósofo del Oratorio no se correspondían en el accionar del director con ese universo divino de armonías, sino más bien con aquel receptáculo confuso de nociones que había finalmente sustituido en su mente a la grandeza infinita de Dios. En su lenguaje, decir que lo habían decepcionado era afirmar que le habían arrancado la careta sin su autorización: y no podía haber acto más atentatorio contra su persona, que ahora, sin la protección de su máscara, sentía desvanecerse –como quizá

lo hubiera sentido Boetius– en la condición individual de su propia naturaleza racional. Era, a decir verdad, conforme se iban hilando los sucesos que acabo de describir, el navegante de un preestablecido naufragio, que en el libro de la vida, estaba escrito, habría de acontecer de un modo aún ignorado e impredecible.



## La nueva Atlántida

El sistema que sostenía esa vida en su precario equilibrio estaba al borde del colapso, y las cosas habían llegado a tal estado en esa *ánima*, que no había ahora prácticamente posibilidad alguna de una vuelta a su centro: que una lenta degradación de la temperatura orgánica que lo sostenía había terminado por dejar al descubierto la forma de una nueva y definitiva apariencia. No sé si es tan simple como decir que algo nuevo se hacía manifiesto *allí*, porque quizá aquello estaba desde un comienzo latente en la constitución misma de su persona. Era la forma más interior y reservada de su propia individualidad, la que no estaba para ser vista ni reconocida por el simple mortal, y así lo fue durante la mayor parte de su existencia. Esa *forma más interior* era precisamente el nuevo engendro que había terminado por sustituir la realidad infinita del Dios, con quien en un principio su alma –como toda otra– debió haber estado por siempre ligada, y hacer emerger *de profundis* la conciencia recta que lo hubiera guiado en su camino de retorno al Creador. El orden, en consecuencia, que bajo otras perspectivas más filosóficas bien pudo llamarse ordenamiento del ser como realidad inteligible, fue siendo sustituido poco a poco por un universo subversivo de voliciones contrapuestas; ellas se constituyeron en el referente de vida para el director, un principio inherente de arbitrariedad, por la que volitaba al imperio de todo viento de opinión que soplara en algún tipo de dirección. Así fue entonces cambiando la psicología profunda de esa alma, y su metamorfosis, por el impulso de una sobrecogedora alienación, logró mudar ese poder divino que subyace en nosotros como orden inmanente de un carácter estable.

Pero de hecho algo estaba *allí*, porque algo tiene que estar en las profundidades del alma pilotando la vida, arraigada en la profundidad del ser como en lejana perspectiva pero presente. Era otra la cosa, mas eran los hilos desde donde su figura se movía en el plano de la realidad cotidiana, impulsada por una voluntad arbitraria que yacía en él, y que mediante la persistencia se constituía en fundamento de su propio existir en el devenir de la realidad. De allí entonces que la personalidad que uno tenía frente a sí, y que por consenso universal no era otro que el director, no era en propiedad el cimiento de aquello que en ese carácter reconocíamos como director, ni era tampoco el principio que sostenía la consistencia de esa alma, sino al contrario: porque aquello que uno podía saludar y ver caminando por los pasillos era más bien el espectro, una elongación fantasmal de esa realidad oculta; es decir, aquello con lo que uno trataba se podía considerar que era solo la prolongación fenoménica de la central manipuladora de los hilos que lo mantenían bajo el Sol. Es decir, la *persona* –que es precisamente lo que debía estar afuera a modo de cascarón de proa del sujeto– no estaba allí, sino detrás, siendo imposible saber quién debía responder de sus actos en ese conglomerado humano en movimiento.

Cuando uno comprendía que había dos cosas *allí*, cada cual orbitando a su manera como una luna en torno de su planeta, se podía comenzar a entender qué era lo que estaba pasando en aquella entidad dimórfica, y cuál era el aspecto que presentaba aquello que, de hecho, funcionaba como su verdadera personalidad en la apariencia. Esto de aquí era un conjunto desarraigado de fenómenos en busca desesperada de substancia. Lo que lo hacía ser verdaderamente lo que era permanecía invisible a los ojos, si bien como un conjunto de voliciones disparadas, lejos, muy lejos de lo verdaderamente real. Llegué a pensar alguna vez que *eso* tal vez ni siquiera existía, es decir, aquello desde lo cual se desencadenaba ese fantasma del corredor. Supuse sin embargo que aunque de todos modos *aquello* no existiese, habría por necesidad que inventarlo para tener al menos una mínima idea de esta existencia en movimiento, y que de hecho mantenía convulsio-

nado el corredor. En esas circunstancias, no era fácil discernir qué era aquello desde lo que pendía esa realidad fenoménica, ni de qué modo esa presencia concreta estaba sujeta de esa cosa de *allá*. En términos edmundianos, y realizando todas las necesarias reducciones, ¿dónde estaba la verdadera realidad de ese ser en cuanto conciencia pura y desligada, por decir así, de sus capisayos engañosos? La precariedad es la condición más propia de la vida humana, aunque es precisamente en ello en que radica la trágica grandeza de su condición. Pero no es fácil sostener con mano firme el timón de nuestro barco en una dirección constante hacia el puerto de la propia salvación: de ahí que la vida ha podido parecer una pura alienación, ya que la ruta que marca el devenir de un alma corre el riesgo de conducirla al punto de máxima lejanía de su centro existencial. Así parecían estar las cosas *allí*, como fenómenos evidenciándose desde una subsistencia que no correspondía a esos accidentes.

Pura transubstanciación, se podría decir, pero de cosas para las que no estaba previsto tan tremendo misterio. Eso era, pienso, lo que me producía en todo esto una sensación de irrealidad, me refiero a todo eso que circundaba esa vida recorriendo los pasillos del *témenos*, y las otras vidas que vagaban por allí, de las que yo a duras penas lograba zafarme refugiándome en mis héroes antiguos. Era por momentos tan fuerte la presencia de la titiritaina en los entarimados, que a menudo ese conjunto invertebrado lograba suplantar con éxito lo que llamamos realidad. La realidad en el todo, en un sentido algo más pleno, era la perspectiva desde donde se hallaban sujetos los hilos, pero la suplantación consistía precisamente en ignorar, en aniquilar el horizonte originario. En esas circunstancias no era fácil sustraerse a esa fatalidad, a esa necesidad de orbitar al interior del laberinto lateral jacobopolitano, de transformarse casi por ineluctable obligatoriedad en otra figura fantasmal colgando de esencias invisibles. A decir verdad, veía con temor que habitantes ordinarios más jóvenes del plantel fueran cayendo poco a poco en la telaraña que allí se urdía. Testimonios inquietantes me demostraban que eso era perfectamente factible: me refiero al hecho de que natu-

ralezas excelentes podían ser inducidas a errar como almas fugaces frente a esta suerte de ordenador, siempre encendido como un nuevo polo magnético, de espaldas a la realidad. Porque ya casi no quedaban espectadores en esta función teatral, que era como si todos se hubiesen transformado en títeres, y nadie hubiera allí para establecer la diferencia entre monitos evolucionando en el tablado y público contemplando el espectáculo. Yo no quería ser un mono en evolución, ni convertirme en la proyección de algo distinto de lo que era. Pero parecía una ley de la vida del pasillo que todo se traspusiera en una suerte de titirimundi, siendo el maestro de ceremonias el mismísimo director.

Ya en el atardecer de esta historia, las marionetas habían tomado el control casi absoluto del lugar, y procedían en la creencia de poseer entendimiento propio, sin ninguna consciencia de los hilos ni el entarimado. En eso el director había logrado un relativo éxito: es decir, había conseguido transformarse en centro focal de la penosa comedia que estaba en curso, y que se venía representando en los tablados del *témenos* con la ayuda de diversos actores alrededor del protagonista. Ya había actores que no tenían la consciencia de serlo, pero el grave peligro es cuando te quedas sin espectador, y los actores saltan del proscenio a la platea sin control, como si se sintieran dueños de destruir a su alrededor la materialidad de las cosas a su antojo, sin la danzante valla del coro, que ha perdido ahora su función de *muro viviente contra los asaltos de la realidad*. Ya no hay separación para la escena y el teatro: es la representación la que suplanta ahora a la realidad, porque el espacio de las cosas ha sido por completo invadido por la escenografía. La infinitud es incompatible con lo real, y mediante ella, o superas la realidad o te sumerges en la *región de la desemejanza*. Y esto último fue lo que pasó, incapaz como estaba la mayoría del recinto de mantener el dominio de sí mismos y de articular en conjunto un orden que se asemejara, aunque fuera levemente, a una condición primitiva y mejor.

Los *témenoi* que gobernaba el director, entonces, habían en verdad sido abandonados a su suerte, y a pesar del peli-



groso trance en que se encontraban sus moradores, aun a punto de zozobrar en la confusión, no había señales de lo Alto para socorrer este barco a la deriva de la tempestad y evitar que el *temenos*, en palabras del maestro Platón, “se hundiera en la región sin límites de la desemejanza”. Todo se hallaba allí como aprisionado por el peso de una materialidad insensible, y en veloz caída cada cosa al interior, perdida la unidad de un modelo inteligible, sucumbía aparatosamente como fuegos de artificio en su estado de descenso. La razón profunda de esa crisis de muerte no estaba simplemente en el director, sino en una multitud de factores que hallaban en él una clave de cohesión hacia la nada. Pero si es difícil rememorar cómo tuvieron lugar estos acontecimientos, más difícil aún es explicar las razones que hicieron posible esta desgracia.

Habrá que recurrir, en consecuencia, a una narración antigua, y así intentar un acercamiento a la fuente de donde manaba la totalidad del acontecimiento. *En aquel tiempo*, el primogénito de Poseidón y la mortal Clito, Atlas, recibió en heredad de su padre la casa materna y sus campos adyacentes, la parte mayor y mejor de todos los territorios de una vasta isla ahora perdida, que como baluarte de su amor por la doncella el dios alguna vez fortificó mediante una suerte de anillos de mar y de tierra. La belleza natural del territorio había sido acrecentada, en especial aquella parte central donde en un principio mantenía aislada a la esposa: y el dios engendró allí sus proles gemelas por cinco generaciones. Atlas había sido el primogénito junto a su mellizo, y recibió también el primero el título de rey, si bien llegó el momento en que, de cinco sucesivos gemelos de otras tantas generaciones, diez reyes se establecieron en la gran isla, cada cual en su rango y en su respectivo territorio. Un decreto de Poseidón regulaba la autoridad de unos y de otros, y un ceremonial real los ligaba en juramento y actos judiciares comunes. Todos ellos habían construido en esa civilización obras grandiosas, en que el dominio del entorno había llevado al establecimiento de un orden político y económico de sólida apariencia e impresionante eficacia: los recursos del país se acrecentaban junto a su flota naviera y la actividad comercial. Las características,

entonces, más evidentes, con el andar del tiempo se habían ya consolidado, a saber, el poder absoluto de sus reyes, en estrecha relación con el dominio del ambiente, en que la actividad marítima y comercial se constituía en el fundamento social y económico de todo el sistema. Una bulliciosa diligencia mantenía sus puertos en una constante vigilia, y los recursos de dentro y de fuera se combinaban para acrecentar las riquezas de la isla y el bienestar de sus reyes y ciudadanos.

Todo parecía confluír allí para hacer realidad el establecimiento de una sociedad feliz, en que sus reyes, sobre todos los demás, podían rivalizar en cada generación con sus predecesores en la magnificencia de sus palacios y otras obras asombrosas. Había, por otra parte, en especial en torno de la acrópolis central en que habitaban los descendientes de Atlas, dos sorprendentes anillos de tierra circundados por tres respectivos anillos de aguas marinas, que como mensajeras del mar exterior penetraban desde el océano mediante canales. Al final de estos canales, que más que anillos eran verdaderos recintos circulares de tierra y de agua, se alzaba majestuosa la acrópolis de esta inmensa ciudad central de los atlántidas. Esta tenía también el aspecto de un prodigioso espacio circular, en cuyo centro estaba el templo de Poseidón y Clito, rodeado de un cercado de oro. El santuario era el recinto más sagrado de ese espacio redondo, y centro medular de un poderío imperial que ya sobrepasaba los límites de la gran isla hasta más allá de las Columnas de Hércules y su mar interior. Toda esta confluencia de poder y riquezas parecía, como guiada por una fuerza divina, materializarse en un sistema de gobierno que funcionaba con la precisión de un ingenioso mecanismo. No se había visto jamás un *témenos* de tan sobrecogedoras dimensiones, si bien algo de un lujo bárbaro y una mansión académica central parecía arrojar presagios inquietantes a quien hubiera sabido con mayor precisión discernir la realidad de los signos exteriores.

La verdadera grandeza de su sistema político no podía medirse por su creciente poderío militar, que cada vez evidenciaba con mayor insistencia e hinchada presunción. Los engranajes de todo ese organismo estatal parecían en esas

circunstancias confluír hacia la periferia, dejando las piezas de su interior al borde de la postración. Las razones no fueron claras desde un comienzo, sino que el paso inexorable del tiempo terminó por configurar una situación del todo indeseable. La obediencia a las leyes y una buena disposición al principio divino que les dio nacimiento fue un rasgo característico de muchas generaciones de sus gobernantes, mientras prevaleció el origen celeste. Quizá la característica mejor fue el ejercicio de la mansedumbre, que era una forma de expresar una buena disposición hacia todas las cosas del mundo, incluidas las ciencias y el saber magisterial: porque prevalecía todavía la idea de una amistad universal que se acrecienta con la práctica de una virtud común; y que el celo con que se buscan ciertos bienes exteriores, en cambio, perjudica al conjunto de cualquiera empresa de hombres que participan de un proyecto compartido. De ahí que la pérdida de aquellos valores y la aparición generalizada de estas apatencias de posesión y dominio, terminó por acelerar la decadencia y final destrucción de aquellos ideales de excelencia. Agotada entonces la parte divina, comenzaba a predominar el carácter humano, cosa que se hizo evidente al momento de tener que hacer frente a las circunstancias en que se hallaban, es decir, que no supieron, llegado el momento, conducirse virtuosamente en medio de la prosperidad. Se había incubado al abrigo de tales circunstancias de poder una avidez injusta, que de hecho preparó el camino para el castigo divino.

Junto a esta gran civilización insular, y en los tiempos en que los dioses se dividían las regiones de la tierra sin disputas, como alguna vez dicen que sucedía en los *témnoi* de Jacobópolis, la suerte dispuso que tanto Hefesto como Atenea recibieran ambos la región ateniense, como la parcela más apropiada para el ejercicio de la virtud y la inteligencia. Allí se implantaron en consecuencia hombres cuyas hazañas se olvidaron después, debido a las destrucciones y al paso del tiempo. Sólo relatos fragmentarios sobrevivieron de los acontecimientos, si bien había certeza acerca de la existencia de una casta guerrera que vivía aparte sin poseer propiedad alguna, y consagrados al oficio de guardianes de la república. Sin poseer oro

ni plata, estos guerreros vivían en común sencillez cerca del templo de Atenea y Hefesto, en la parte norte de la acrópolis, como si fueran estudiosos dedicados a la investigación y al saber desinteresados.

La diosa, en consecuencia, fundó todo este ordenamiento y sistema en ese entonces, cuando los organizó cívicamente y escogió el lugar en que fueron generados. Allí la diosa percibió que la templanza de las estaciones produciría varones sumamente inteligentes y de armónica complexión, amantes de la libertad por sobre todas las cosas. Puesto que la diosa era en verdad amiga de la guerra y amiga del saber, supo elegir un lugar capaz de producir varones lo más semejantes a ella. Habitaban allí, en consecuencia, no solo utilizando tal calidad de leyes, sino además observándolas, y son admirables las grandes obras que sus herederos hicieron en esta antigua ciudad, ahora también extinguida, si bien una de entre todas sus hazañas sobresale por su magnitud y excelencia. Los escritos dicen –según cuenta el maestro del Academo haberlos recibido de Solón, su ancestro– cuán grande fue el poderío al que esta Atenas originaria una vez puso fin, cuando los atlántidas, avanzando con insolencia en armas contra toda Europa y Asia, se ponían en hostil movimiento desde fuera del océano Atlántico. Porque el océano allí era entonces navegable, pues se extendía la gran isla frente al estrecho de los Pilares de Hércules, hacia el occidente, siendo más grande incluso que Libia y Asia –llamada Menor– a la vez. Los viajeros de ese entonces tenían desde ella acceso hacia las otras islas, y desde esas tierras hacia todo un continente opuesto que circunda a aquel gran océano, tierras que muchos siglos después serían llamadas por sus atónitos visitantes México y Gran Colombia.

Porque todo lo que está al interior del estrecho desde esta isla hacia el oriente del Sol parece un puerto que contiene una entrada más bien angosta, y en su interior, espléndida se extiende la vasta llanura líquida de un mar mediterráneo. Ahora bien, en esa isla exterior Atlántida se formó un poderío grande y admirable de reyes que, como se decía, dominaba toda la isla grande, y muchas otras islas y partes del con-

tinente; y además de ello, de los lugares interiores incluso regían a Libia hasta el borde mismo de Egipto, mientras que, de Europa y recorriendo la Hesperia occidental, hasta la Etruria. No de un modo muy diferente alguna vez ese recinto de sapientes en Finibusterre extendió su saber y su fama a lo largo del gran pasillo geográfico de la Nueva Extremadura. Habiendo, pues, concentrado todo su poderío guerrero, trataron en ese entonces los atlántidas de esclavizar con una sola gran ofensiva a todo el territorio que comprendía tanto a los atenienses como a los egipcios, los que junto al Nilo habitan el delta y su interior, hasta los confines septentrionales de Nubia.

Así, el poderío de aquella Atenas se hizo manifiesto en ese entonces a todos los hombres: porque habiéndose destacado entre todos por su coraje y las artes propias de la guerra, ella por necesidad prácticamente aislada –puesto que los demás la abandonaron en las críticas circunstancias– se enfrentó a los peligros extremos y dominó a los invasores. Luchó por la libertad; y sostenida por ese noble intento impidió de ese modo que fuesen esclavizados quienes aún gozaban de libertad, y liberó con generosidad al resto ya carente de libertad de los que habitaban dentro de los límites de las Columnas de Hércules en el mar interior. Mas, en el tiempo que siguió, después de producirse violentos terremotos e inundaciones, con el advenimiento de un solo día y noche terribles, según narra el maestro, toda la fuerza guerrera de la noble Atenas se hundió completa bajo la tierra, en tanto que la isla Atlántida, luego de hundirse en el mar, desapareció para siempre enmudecida en medio de las airadas olas formadas por un vasto cataclismo; por lo que aun ahora el mar allí se tornó inaccesible, ya que a poca profundidad se formó un lodo que impidió por algún tiempo la navegación y volvió esos espacios impenetrables. Esto es lo que contaba el maestro Platón, hijo de Aristón, ajustándose al testimonio de Solón, su ancestro, que lo recibió de los egipcios, y que yo decidí rememorar ahora casi sin cambiar palabra, añadiendo solo las variantes de algunos antiguos y fragmentarios manuscritos preservados cerca de Oxyrrinchus, en la ladera occidental del Nilus. Porque

nada de esta sorprendente historia me pareció superfluo, ni podía considerarse carente de simbolismo detalle alguno.

Como los habitantes del recinto, en que gestionaba el director, solo ocupaban un costado lateral y casi accesorio del conjunto habitable del gran *témenos*, no había una idea en absoluto clara de cómo era esa totalidad de la que este costado era ínfima parte, y cuál era el modo de su funcionamiento. Se vivía como se vive en esta Tierra, a un costado de la galaxia de la Vía, sin saber de hecho nada de qué acontece en ese centro de poder que la hace girar desde su núcleo, lentamente, en el conjunto de innumerables seres estelares lácteos. Se vivía, entonces, en los suburbios de esta más limitada ecúmene de estudiosos y estudiantes, y se suponía que, de existir un núcleo central, este se hallaba ubicado más allá, hacia la Jacobópolis *quadrata*, quiero decir, allí donde se alzaban los barrios más antiguos de la ciudad, quinientos años atrás fundada por esforzados hesperios. Era ese centro superior del *témenos* una suerte de equivalente de la acrópolis circular a la que nos referíamos, estando nosotros al menos separados de aquel sector por tres anillos o brazos circunferenciales de un mar de diferenciaciones. En esas circunstancias, no era del todo fácil saber si el director dependía propiamente de quienes moraban en las acrópolis, o si era como una especie de alguacil autónomo a cargo del costado, con una no del todo especificada función y autogobierno. Parecía subsistir en este costado al modo de nuestro sistema planetario en el interior de la galaxia, girando en el sentido contrario, e inclinado en relación con la planicie galáctica total en el ángulo preciso que le permitía rotar en reverso. Esta situación de diagonalidad fue sin duda una *conditio sine qua non* para la vida tal como la conocemos en nuestra Tierra, pero no siempre lo conveniente se transforma en necesario. Lo más probable es que las acrópolis hayan optado por darle amplias atribuciones, que era otro modo de decir que ellos habían decidido desligarse de casi toda responsabilidad con respecto a lo que en esos entornos aconteciera. El asunto en todo caso tenía toda la apariencia de una decisión deliberada, que provenía de esos núcleos centrales, de no interferir en lo que el director hicie-

ra, por lo que se podría decir que, en resumidas cuentas, la voluntad del director era ley.

Así las cosas en esta encomienda de servicios y tributos, era plausible pensar que una tolerancia tan amplia como la que se le concedía al director era señal de que, de alguna manera, el conjunto total del *témenos* sufría al menos de parecidas tensiones y resquebrajamientos, sin mencionar lo que podía pasar en la comarca en su conjunto. La verdad es que los accesos hacia el centro eran tan difíciles, los muros estaban tan bien edificados, y la guardia pretoriana se mostraba tan severa que, en la práctica, el encomendero ejercía en su territorio sin aparente contrapeso su hegemonía, ya que nadie conseguía el auxilio de quienes se agitaban en las más augustas moradas del centro. Más que ninguna otra cosa, lo que había al otro lado era silencio. No había así posibilidad en ese momento de saber hasta qué punto la esclerosis de la fibra constitutiva de la ecúmene que la habitaba, en especial, la de su universo de sabios, presentaba o no con exactitud los mismos signos de gravedad que aquejaban al conjunto del pasillo lateral. A mí al menos me bastaba tomar nota de lo que acontecía a mi alrededor, y me encontraba suficientemente atareado descifrando el acopio constante de sucesos que en este costado del laberinto se daban. Resulta, entonces, que el problema central tenía que ver con la moralidad individual y la honradez cívica y política, y en especial con la libertad, puesta en peligro supremo por los atlántidas y defendida con virtud y heroísmo por los antiguos atenienses hasta la muerte. Incluso los atlántidas tenían en su ciudad capital un perfecto y geométrico sistema de puentes construido para mantener la comunicación entre sus anulares distritos, pero la libertad podía funcionar realmente solo cuando el tejido del organismo mantenía la elasticidad suficiente gracias a la práctica del bien. Faltaba la ciencia del tejido de la tela, que es la política, según el hijo de Aristón constituida de urdimbre y trama, y por tanto, de fibras verticales y horizontales. Y si aquí se había perdido la flexibilidad, la razón del desequilibrio tendría que estar en ciertas carencias relacionadas con la virtud; y la virtud estaba en estrecha relación con

el saber y modo justo de adecuación de los actos a los objetivos superiores. Por eso me extrañaba más aún la ausencia de viaductos en esa vasta explanada de edificios unidos por ciertos hasta el momento invisibles hacedores de puentes.

Querría decir entonces, según la fábula, que el hundimiento de un sistema como el de los atlántidas se debió producir por una descomposición que acontece primero en el alma de los individuos, y que se transmite luego al conjunto de la sociedad, en un paso que va de la moral privada a la política. Señales diversas de la enfermedad se van mostrando con el paso del tiempo, entre ellas, la engañosa presencia de la fuerza expansiva de todo un aparato sin sustento en la realidad y el bien. La presencia gloriosa de las armas no es la menor de estas manifestaciones de inane grandeza. Su destrucción final no termina con su poder paradigmático; por el contrario, pues la Atlántida se instala en definitiva como el modelo de multitud no solo de naciones, sino también en especial de organismos de todo tipo, como los *témenoi* a los que me refería. La Atenas primitiva también sucumbe en un gran seísmo, pero a diferencia de su enemiga, su muerte no proviene de una miseria espiritual, sino que un cataclismo cíclico inherente a la condición de las cosas del mundo la arrebata en medio de un acto de suprema grandeza.

El problema, en consecuencia, no estaba en perecer, sino en cómo saber morir virtuosamente. El *témenos* lateral de Jacobópolis se había convertido ahora en un laberinto inextricable, y evidentemente que su descomposición era el resultado del colapso personal de distintos individuos, quienes como sombras deambulaban por sus encrucijadas interiores. El edificio de una nueva Atlántida se volvía a presentar ante mi vista en toda su presuntuosa apariencia. Todo hacía presumir un descalabro, y había personalmente llegado a la conclusión de que el desastre, de una manera u otra, debía mostrarse con mayor virulencia en el aspecto personal que en el institucional, si bien todo el conjunto de esa estructura sin puentes parecía estar llamado al colapso. Varias sombras hacía ya cierto tiempo que habían desaparecido de los corredores, expulsadas de allí por su propia evanescencia, aunque



seguían penando por los pasillos. Pero otros espectros quedaban aún, algunos llenos de irritación por la ausencia de sus antiguos camaradas. En esa situación, casi todo se reducía a las máscaras que quedaban, a pesar de la buena intención de algunos que, como yo, contemplaban en silencio esta danza de espíritus malignos. Esta era la razón por la que yo me interesaba más en observar la conducta de esas almas, que en poner atención en el acontecer de la institución en su conjunto: más en la ética universitaria que en la política. Para todos los efectos prácticos de este mundo de apariencias, los espectros y elongaciones eran la parte de lo que llamamos individuos, y que gesticulaban desde los hilos y manos que movían estas figuras, cual almitas titiritando en la penumbra y el desconcierto.

No tenía claro todavía de dónde venían los hilos y voluntades que movían el conjunto, pero me bastaba con tener la certidumbre de su existencia. El meollo de la cuestión parecía estar en el hecho de que estas “substancias individuales de naturaleza racional”, como es que definía Boetius a la persona humana, carecían propiamente de substancia, y tenían toda la apariencia de ser prolongaciones fenoménicas de algo que no estaba allí. De esta carencia fundamental se derivaban pavorosas consecuencias, siendo una de ellas el debilitamiento general en cada sujeto de su principio de individuación. De ahí esa sensación inquietante de que lo que estaba frente a uno no era en substancia todo aquello que llamamos la persona, y que el centro medular de esos *supósitos racionales* no estaba en propiedad allí, sino en alguna otra parte inasible. No era menos terrible el constatar una suerte de decaimiento general de lo llamado racional en aquellas almas del corredor, cosa que se veía incidir en una cierta incapacidad de los individuos en distribuir ordenadamente los todos y las partes. Parecía no estar claro en ese caso cómo encajaban en el conjunto de las cosas lo parcial y lo total, la moral y la política, es decir, uno diría que por lo general era perceptible un desfallecimiento básico de la capacidad de distinguir en la unidad y de unificar en la distinción. En esas circunstancias, todo era todo y nada era nada. De ahí al colapso total había

un paso. Pero como sucedía con la Atlántida, no era cuestión simplemente de hundirse en medio de las aguas, pues las tenazas de su poder armado mantuvieron en jaque a medio mundo antes de sucumbir en forma estrepitosa. Yo no sabía si habría de vivir y ver con estos ojos mortales cuál sería el final de lo que acontecía en el corredor lateral, y si en esto de hundirse demoraría más que el lapso que el destino tenía asignado a mi existencia. Me confortaba sin embargo el imaginarme ya alistado en la milicia de la antigua Atenas, con la esperanza de contemplar sin temor el advenimiento de los últimos tiempos.

## El Eólida Sísyphus

El recinto, en su conjunto, con sus costados laterales y su coronada acrópolis, había llegado a constituir, en su totalidad, un ecosistema. El ambiente físico estaba dividido en lo que se llamaban campus, palabra invariable que señala ese conjunto de terrenos y edificios que, en este caso, y significativamente, estaba separado en secciones diversas hacia un costado de la ciudad y separado por canales. Había por tanto varios campus, cosa que favorecía la ambientación de ecosistemas más pequeños, que surgían sin estar aparentemente sujetos a ninguna norma discernible. Había una suerte de *notarius generalis* encargado de mantener, se suponía, cierta reglamentación, la que para el caso al menos de este costado dependía más que todo, no de las normas escritas y sancionadas, sino de lo que dictaran las conveniencias del *notarius* y de la compañía asociada que mantenía la encomienda del director. Alguna semblanza lejana había en todo esto con un sistema feudal sujeto a un suzerano; la diferencia parecía estar en que los cabezas de feudo, por lo general llamados *decani*, eran vasallos directos del *superanus*, aunque cada uno de ellos, por separado, poseía grados diferentes de autonomía; de ese modo indirecto, entonces, había a su vez una jerarquía entre los *decani*, que dependía del mayor o menor grado de poder independiente que cada cual gozaba frente a la autoridad acropolitana. A su vez, ese poder era la consecuencia directa de la calidad y extensión de los dominios que poseía cada cual, y algunas veces, como en este caso, de la astucia de algún caudillo para gobernar un espacio dotado de cierta autonomía. Los *decani* prestaron en su origen, a fines de la antigüedad, la función de dirigir un grupo de diez monjes, si bien mantenían aquí todavía un papel claramente territorial,

asociado con su carácter astrológico. En efecto, cada cual presidía una cantidad relativa de grados de los espacios zodiacales en que se dividía el territorio, aunque por lógica se hubiera esperado que fueran treinta y seis, cada cual rigiendo como estrella principal diez grados de este espacio sideral. La esfera de influencia en cambio de la *curia philosophorum* era de verdad exigua en este universo, aunque su rango como *phrontisterion* (que era el nombre que poseía para los efectos legales, y que bien podría interpretarse como lugar de ejercicios para la meditación filosófica, o *pensadero*) estaba perfectamente reconocido, de modo que si bien pequeño, el taller de meditación que el director dirigía como lucero poseía, sin embargo, las características de una bailía de soberanía limitada.

Era claro en todo caso que este alguacilazgo que ejercía el director en su sección había creado especiales condiciones para la aparición de un conjunto coordinado de seres sapientes, mediante procedimientos muy especiales, que estaban basados fundamentalmente en los abstrusos principios que trabajosamente he tratado de poner aquí de manifiesto. En esas circunstancias, no era difícil advertir un interesante fenómeno, relacionado con la imitación, y es que surgían por doquier figuras que de alguna manera se asimilaban a su modelo, y que fungían, como su jefe, de mayordomos mayores. En todo caso, estaba claro que en este asunto hubiera una jerarquía, y que un mayordombre ejerciera efectivamente la mayordomía. Lo que pasaba era que algunos, pensando que en el futuro serían ellos mismos a su vez los mayores, aprendían también el cuidado de rebaños y labranzas al interior del recinto, remedando a su mentor como a un maestro. Estaban lejos de ser lo que el divino Homero llamaba *pastores de pueblos*, o como aquellos a quienes el no menos sublime Platón, el hijo de Aristón, llamó *pastores divinos*, mas ellos parecían, con todo, experimentar en el presente la satisfacción de aquello que sus esperanzas ya colocaban en un inminente futuro. A medida pues que más estrecha se hacía y más perfecta la trabazón entre el de arriba y los de abajo, más claramente aún se hacía posible percibir la textura maravillosa del hilván que conectaba el conjunto. Era, en efecto, un ejercicio de pre-

paración, que no definitivo, pues como aves tiernas que aprenden de sus padres a volar en tímidos intentos, así los de abajo ensayaban futuros liderazgos a la sombra protectora del director. Cada cual hacía lo que podía, según su capacidad e ingenio, pero qué duda cabe, lo que mayormente les concernía era la adquisición de una suerte de astucia, es decir, de hacerse de un repertorio de mañas y agudezas que les permitieran sobrevivir y, mejor aun, administrar en un próximo futuro las secciones del campus que ahora hollaban con pies todavía inexpertos, y en buena medida vacilantes.

Pero las personas no logran hacer a menudo todo lo que intentan, ni las esperanzas se colman tan fácilmente como lo quisiera el corazón, ligero en desear y tardo casi siempre en obtener. Había, por consiguiente, a lo largo de todo el corredor, apetencias incumplidas, comenzando por el de arriba y todos sus imitadores de abajo, en una serie ininterrumpida de intereses. Por mucho que ya poseyeran canonjías refrendadas por decreto de la Acrópolis, el mero hecho de poseerlas pasaba pronto a segundo plano ante la opacidad efectiva del cargo. Destacaba en esa línea sucesoria de codicias una suerte de imitador del antiguo Sisyphus, un ser ejemplar, pues en su accionar se encerraban lecciones acerca de la conducta humana como pocas veces se había visto en los campus a la redonda. Albert Camus tenía razón en relacionar a Sisyphus con un héroe absurdo, más aún, trágico, conforme a sus premisas, las que, sin embargo, me temo que sean erradas al menos para el caso de la tragedia. En primer lugar, sus acciones carecen de la cualidad de “estimables”, es decir, del “carácter elevado y completo” que el Estagirita veía como esencial en los personajes trágicos, de modo que los mismos griegos, hasta donde lo sabemos, no hicieron de él un personaje de tragedias sino de dramas satíricos. Hay dos dramas de Esquilo, *Sísifo fugitivo* y *Sísifo rodando la piedra*, y otro de Eurípides, representado después de una trilogía trágica; y es prácticamente seguro que el *Sísifo* de Sófocles tenía el mismo carácter de pieza satírica. Este prototipo de la astucia es más que todo patético; y su castigo de ultratumba no lo transforma en héroe, sino en un ejemplo de cuáles son los tipos de

acciones que más disgustan a los dioses. Albert dice que el mito de Sísifo “es trágico, porque su protagonista tiene conciencia”. El gran Algerino sabe lo que dice, por lo que señala precisamente un punto central: solo hay tragedia cuando hay conciencia. Y para indicar de qué tipo de conciencia está hablando, menciona a Edipo, cuya “tragedia comienza en el momento que sabe”. En este caso se trata evidentemente de un saber trágico, mientras que Sísifo, yo quisiera señalar, se destaca por otro tipo de conocimiento, que encarna en él una rebelión mañosa contra los dictados del destino, a saber, que todos los hombres deben finalmente perecer; y que todos los hombres deben hacerse responsables de sus propias acciones y faltas, cosa que Sísifo no quiere reconocer. Su conciencia, por tanto, es imperfecta, más aún, sin sentido de la verdadera responsabilidad: y sin responsabilidad la tragedia es imposible. Ese es el saber de Sísifo, que el poeta Teognis bien reconocía en él, y que le permitió a aquél “persuadir con astutas palabras a Perséfone” y escapar del Hades.

Situado en ese principio errado de la conciencia trágica de Sísifo, toda la fina argumentación de Albert cae junto a la levedad de sus bien labradas premisas y conclusiones, porque no hay aquí tal *victoria absurda*. Pero algo queda de todos modos de ese brillante ensayo, y es la presencia premonitoria de Sísifo, *trabajador inútil en los infiernos*, que demuestra desde un principio y para siempre, “que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza”. No desarrollaremos al presente la tesis de que, en verdad, todo trabajo en los infiernos es por definición inútil, puesto que está claro que el trabajo inútil es ya por antonomasia la peor de las condenas. La crueldad del castigo nos induce a buscar otras razones en una ofensa oculta, apenas develada por las ya conocidas transgresiones de Sisyphus, el engaño fraudulento a que somete a la Muerte, y la delación traicionera de Zeus. Y la verdad es que estas dos faltas se constituyen en acciones subversoras del orden entero de la vida, el trastorno de una ordenación ya establecida, en que los dioses se caracterizan precisamente por su condición de inmortales y los hombres de efímeros. A los *seres de un día* les está vedado el traspasar los límites de la

eternidad. Siendo así, los mortales están llamados en consecuencia a rendir homenaje y lealtad a los dioses, y un acto de felonía como el de Sisyphus es quizá el modo más perverso de rebelión, por mucho que se haya puesto al descubierto por esta acción un mal paso de Zeus.

Es posible por consiguiente ver en el castigo las razones profundas por las que el dios media la calidad de la falta. Ante todo, la piedra. El más antiguo testimonio, el del divino Homero, señala en ocho líneas por tres veces a ese trozo de roca. Es una “piedra gigantesca”, sin duda como aquellas que utilizaban los guerreros épicos para destruir a sus enemigos. Tan grandes eran, que en épocas menos heroicas y posteriores se hubieran necesitado al menos dos hombres para asir y arrojar una con dificultad. El antiguo soldado debe ahora lastimosamente levantar su piedra sin destino “con ambas manos”. Este triste héroe repite ahora sin gloria el acto de empujar la *insolente* roca, cosa que antes en vida realizó tantas veces en forma victoriosa contra tantos enemigos. No hay duda de que el dios busca castigar con el ridículo la traición del guerrero, su acto de delación. Logra por fin Sisyphus acarrear su piedra hasta lo alto de la escarpada colina. Me imagino que en cada ocasión la piedra se le va para el otro lado del monte, aunque la mayoría supone que se devuelve: siguiendo la fuerza del vano empuje del en otro tiempo soldado, la roca sigue su camino descendiendo sin control por la ladera opuesta. Justo cuando alcanza la cima. La piedra se muestra desde un comienzo como un agente de la ira de Zeus, y ahora, al llegar a la cresta, el *peso poderoso* de esta se vuelve “violentamente” hacia abajo, como obedeciendo por propia voluntad a una ley de gravedad. La piedra ahora, *sin vergüenza*, rueda cuesta abajo. El guerrero ha perdido el control de su propio instrumento, de ahí que la roca es en ese preciso instante el órgano de su tortura. La “falta de vergüenza” de la piedra revela el estado de ánimo de Sisyphus, que ve en la fuerza violenta de su vuelta al llano una acción inconsiderada: una continua falta de respeto, puesto que la roca era, por decirlo así, el misil más emblemático del guerrero homérico.

No sé lo que pasaba con el conjunto de los campus en derredor, separados como estaban por sus anillos circunferenciales, pero en lo que respecta al consabido pasillo, la figura de Sisyphus se hacía presente en cada acontecimiento de esa vida que se hacía llamar, por razones difíciles de precisar, académica. Ante todo, el ecosistema era en su totalidad una *petitio principii*, en que se pretendía probar lo mismo mediante lo mismo, es decir, las premisas que sostenían el sistema eran equivalentes a las conclusiones. De ahí a la total arbitrariedad había un paso, y de hecho ese podría ser el nombre para lo que acontecía en ese extraño conjunto; era algo así como decir “aquí mando yo porque yo mando”. En seguida, la figura del guerrero eólida representaba a la perfección una impresión generalizada acerca del *témenos*, y era el hecho de que lo que allí se hacía era el paradigma de un trabajo perpetuo e inútil. Me refiero en especial a los subproductos de esa vida académica, es decir, a los objetivos y resultados que el ecosistema del costado producía, más allá de los individuos, por el accionar mismo, *con manos y pies*, de sus propios procesos vitales y espirituales. Lo único que quedaba en ese caso era hacer la tarea individualmente lo mejor que se pudiera, y considerar que lo que se hacía en el corredor en cuanto tal era, por decir lo menos, una pérdida de tiempo. Pero nadie pierde el tiempo sin consecuencias, y esa era, en verdad, una de las preocupaciones mayores que me mantenían en vigilia. Esas eran, entre otras, las consecuencias de todo lo que pasaba por allí, y de alguna manera la figura del director sostenía la sinrazón del todo.

Pero acontece a veces que alguno de los de abajo representa más cabalmente y lleva a su perfección, si es posible decirlo, el carácter del de arriba. Y ese era el caso del Sísifo, que recorría sin pausa ni objetivos discernibles los pasillos y patios del *témenos* lateral. Tanto parecía su afán por hablar de cualquier cosa con la gente, que a menudo sus paseos se acompañaban al ritmo de algún silbido por el medio del corredor. Mi experiencia de traductor me indicaba claramente que lo que su silbo decía era “yo estoy aquí”, como afirman que sería la frase primera y principal que los pájaros pronuncian cuando silban. No es un simple ladrido, puesto que el



instinto guardián propio del perro no alcanzó entre los pájaros una fuerza semejante; mientras que los silvos que aquí se oían más parecían llamados de auxilio. Algo así era lo que lograba traducir de este lenguaje de avechillas. Ahora, creo, me es posible comprender mejor por qué aquella conducta parecía ejemplar, y por qué se podría decir que era importante comprender qué era lo que pasaba con aquella representación del *Sísifo fugitivo* recorriendo con aparente desenfado el corredor. Porque era precisamente en esa conducta donde era posible apreciar la profundidad misma de la situación, llena de deseos de poder insatisfechos en medio de un accionar sin sentido. La gente allí seguía haciendo lo que se suponía se hacía en aquellos lugares, es decir, algo así como enseñar, dar clases, estudiar, atender a veces estudiantes, y no siempre se hacía mal; y de vez en cuando, el director se lucía con algún congreso, y su aparición en el diario principal de Jacobópolis, el *Hermes*, era un *must*. Todo ello como una cortina de humo para ocultar el estado en que se encontraba todo el sistema del costado. En ese ambiente, la figura de este *que rueda la piedra* no podía ser más representativa de la situación, y el que existiera un Sísyphus criollo en este limbo peculiar no dejaba de ser una señal inquietante.

No es fácil, en todo caso, describir lo que está más cerca de uno mismo, y con ello me refiero a aquellas perturbaciones del ánimo que solemos llamar pasiones. No pretendo indagar el asunto tan a fondo, sino verlo meramente en la superficie, en la piel del acontecer humano, pues todo era aquí no otra cosa que acaecimientos surgidos de fundamentos casi del todo incognoscibles desde cualquier punto de vista. Todo era en buena medida un enigma que solo podía ser en cierto modo conjeturado por sortilegios. La pasión en todo caso no necesita de espacios inundados de luz para hacerse visible, y el caso es que la misma penumbra del corredor, como si fuera un filtro óptico, favorecía la visión de aspectos inusuales del devenir humano. Había que excluir ciertos rayos para dejar pasar a otros de una vibración luminosa más rara, y esta interposición particular de sombras y luminosidades, si bien un tanto artificial, hacía posible destacar sucesos y actitudes

que habrían pasado de otro modo prácticamente inadvertidos. La vida es así, y la pasión es parte esencial de esa vida: sufrimiento, dolor, enfermedad, malestar; deseos infundados o perturbadores, afectos del alma, emoción, sensación, amor, incluso resentimiento.

Todo estaba allí, bajo la pantalla perturbadora del *témenos*, como circulando a la deriva en su escenario, con *close ups* ocasionales poniendo un límite espacial al contorno de las figuras. Las personas y las cosas proporcionaban los telescopios, los microscopios, los ordenadores en las oficinas, los pasillos, los patios, todo funcionando en un recinto también circundado de satélites, todos en funcionamiento, pero a decir verdad, por fortuna, sin mucho concierto y eficacia. A veces el exceso de información resta nitidez al pensamiento, como puede hacerlo por su parte en sentido contrario la ignorancia, por lo que era conveniente mantenerse lo más posible *en dehors de la mêlée*, sin interferir innecesariamente el objeto en observación. Y estaba colocado en medio del pasillo, como refugiado en una de las celdas laterales cercanas al gran cubo, la oficina del director. Pensaba desde allí muchas cosas, sin estar completamente seguro de nada. Aun así, tenía mis opiniones, y había llegado a la conclusión de que lo que se suele llamar elementos subjetivos parecían interponerse a una visión en plenitud objetiva de las circunstancias, si bien consideraba obvio que todo conocimiento es más de uno mismo que del objeto, por lo que todo conocimiento de las cosas tiene por necesidad más de subjetivo que de objetivo. Eso no tiene por qué estar mal, es simplemente así. Las cosas mismas son *mis* cosas, por mucho que se pretenda decir que son distintas de mí. Si no me pasan a mí, se puede decir en buen castellano que sencillamente no pasan. Pero claro, a pesar de todo había un montón de cosas que pasaban, y seguían pasando sin yo saberlo, y menos aun, consentirlo.

Pero la esfera del saber que yo mismo había ido adquiriendo, gracias al uso del poderoso filtro metódico, me había permitido descifrar aspectos de una realidad cotidiana que difícilmente se habrían podido conocer con el mero ejercicio de la razón, fuera ella pura o práctica. Siendo así las cosas, lo

que veía acontecer correspondía a lo más real, puesto que la realidad dice relación con una inteligencia, es decir, con un sujeto que piensa. Pude darme cuenta de que la realidad tiene al menos una doble dimensión, y que lo que veía era, como había llegado a comprender, una elongación, quiero decir, una prolongación remota de lo más real, en cuanto el fundamento de aquellos acontecimientos pervivía más allá, si bien inseparablemente unido a sus prolongaciones, por decir así, escenográficas. En la realidad cotidiana estaba el fenómeno de las cosas, y al interior del fenómeno subsistía todo un mundo de realidades que multiplicaban la apariencia de las cosas casi al infinito, hacia arriba y hacia abajo, como si fueran vistas en un caleidoscopio. Con esto quiero decir que en la especie de línea continua que unía la realidad toda, había cosas más reales que otras, y que entre las llamadas cosas había muchos sucesos, que también tenían algo de la consistencia substantiva de la realidad.

Aquí, entonces, había un pasillo y un director lateral, y gentes además alrededor de todo ese mundo, y sucesos de índole diversa. Y lo que yo veía era el accionar de las pasiones, si así se puede decir. Porque pasión es precisamente lo que uno padece o sufre, siendo en estricto sentido lo contrario de la acción. Pero como ese padecimiento tiene lugar en un ser sujeto de inteligencia, la pasión cobra el carácter de la acción: de ese modo, la ira, en cuanto pasión, es algo que uno padece en su ser, o a uno le acontece; pero mediante mi condición de sujeto racional, la ira que padezco puede hacer de mí un ser iracundo. Es ahora cuando soy presa de la pasión, y es solo en esa situación cuando ella adquiere una verdadera connotación moral; ella puede incluso eventualmente pasar a ser parte del carácter, de los modos acostumbrados de ser, de los hábitos de las personas y, por extensión, de las sociedades y grupos humanos. Aquí también, en el acontecer de ese entonces había pasiones en acción, más aún, pasiones recorriendo sin sentido aparente los corredores del *témenos*, como las que eran llevadas de allá para acá en los paseos del nuevo Sísifo.

La pasión, me parecía, tenía entonces un papel fundamental en todo lo que pasaba por allí, si pensamos que ella es

cualquier cosa que a algo puede acontecer. Para que esto sea así, tiene que haber un algo previo al que le pasan cosas, sea porque le advienen, sea porque las quiere evitar. Si pensamos en el ser humano, podríamos hablar en ese caso de un cierto tipo de experiencias que a una persona pueden acontecer. No cualquiera experiencia, buena o mala, parece ser una pasión, sino propiamente aquella que viene acompañada de alguna mutación, por lo general de carácter orgánico. Eso me parecía evidente, al ver sobre todo en los rostros del pasillo las señales: sombríos a menudo, o enrojecidos por alguna súbita irrigación, destemplados a veces, en actitud de hablar pero más bien musitando; y si bien había además actitudes de complacencia y alegría, lo que se solía ver con mayor frecuencia era una preocupación asomándose como ligera nube gris desde los ojos a la frente. Había también lo que llamamos caras largas. Las ojeras, que también las había, se podrían considerar más bien como el efecto de hábitos que resultan de reiterados estados de tensión pasional, y no como simple pasión. Lentamente, entonces, comencé a comprender en esas circunstancias que lo que allí acontecía tenía poco que ver con la virtud y el vicio, pues el nivel de realidad que se vivía situaba los acontecimientos en el plano más externo y básico de la pasión. Estaban allí más exactamente las tendencias sensibles del ser humano, en la acción de vivir su propio mundo de sentimientos y emociones a través de los intrincados espacios del recinto. Esas sensaciones tenían que ver con el *témenos*, pues decían directa relación con la posición de las personas en su interior, con sus deseos y ambiciones, sus expectativas de poder o de gloria, y, en algunos al menos, con sus ansias legítimas de saber. Era un mundo pre-moral, por lo que me parecía importante en esas circunstancias dejar bien establecida la neutralidad ética de la pasión; porque la pleamar de transmutaciones orgánicas que acontecía en esas elongaciones sensibilizadas, que eran aquellas personas, dejaba estupendamente en claro lo que estaba aconteciendo.

Sisyphus era, en consecuencia, un ser paradigmático: me parecía la representación del sinsentido de la pasión cuando desborda la capacidad moderadora de la razón. El ser huma-

no es un ser de objetivos o es nada; y la pasión suele engañarnos exacerbando ciertos objetivos, hasta el punto de destruir el ordenamiento orgánico de la realidad humana. Una pasión intensa no deja combustible para nada más que para sí misma. Pero el de la piedra estaba allí. David logró con un peñasco arrojado con destreza vencer al gigante Goliat; ahora Sísyphus no termina nunca de arrastrar con trabajo su piedra desde la ladera del monte, con el objetivo de llegar a la cumbre: pero he aquí un objetivo vano, superado interminablemente por la caída abrumadora de la roca. Un sufrimiento inhumano, contrario a los procesos de la razón, urdidora incansable y artesana de sus propios fines. Si hubiera que encontrar una causa, habría que decir que el pecado de Sísyphus estaba en relación con una desmesura, con una ambición incongruente. Y donde debía estar precisamente su felicidad, es decir, en la obtención de los objetivos que su corazón aspiraba a colmar, se halla con el vacío de un deseo en perpetuidad inalcanzable. Quizás ahora su aspiración suprema es empujar la piedra hasta la cima y clavarla allí como un trofeo de conquista, y quizá cada vez acaricia en su interior la esperanza de que esta vez su aspiración se haga realidad. La piedra hincada en la cúspide del monte es el símbolo del cumplimiento de sus aspiraciones directorales; pero en cada ocasión las renovadas esperanzas se estrellan ante el fracaso estrepitoso de los hechos. Una vez más y en forma reiterada el deseo quedará insatisfecho y la gratificación incumplida.



## La Cabellera de Berenice

Las estrellas tienen sus configuraciones aparentes, y entre las constelaciones en que se ha dividido el cielo está la Cabellera de Berenice. A su semejanza, hay también un hermoso cielo que circunda en contrapartida los *temenoi* de Jacobópolis. La Cabellera de Berenice es un cúmulo que constituye un grupo estelar difuso, y si bien son muchas las estrellas que la conforman, de hecho es para nosotros en apariencia una sola realidad orgánica celeste. A Sísyphus, en cambio, se le veía ir y venir como un astro errante en el firmamento del corredor, y la razón de este devenir permaneció en esencia ignorado por casi todo el mundo durante algún tiempo. Poco a poco, sin embargo, comenzó a conocerse el por qué más oculto, cuando la irresistible necesidad de hablar y pavonearse hizo en la práctica imposible por parte del afectado el guardar un secreto, ya de hecho parcialmente descubierto. Así, entonces, el delator final fue el mismo Sísifo, que con esa acción completaba consigo mismo el círculo de su propia dialéctica existencial.

Era una mujer, en consecuencia, con su larga y desenvuelta cabellera en los cielos, así como en la tierra lo era también esta otra, hacia el Oeste del paraíso, en el pasillo lateral. La razón de esa equivalencia tiene las características de un misterio, pero es preciso decir al menos que, conforme a un saber secreto de las tradiciones divinadoras antiguas, los augures se encargaban de hallar en nuestros espacios telúricos el punto preciso de confluencia celeste que los relacionaba entre sí. Ellos trazaban las coordenadas de ciertas estrellas o constelaciones elegidas, y sabían determinar, mediante su saber teológico, la posición de ese punto sagrado que en la Tierra, por este hecho, convertía en templo ese espacio geo-

gráfico que ellos habían delimitado. El templo era así ese lugar privilegiado, desde donde se podían *contemplar* en forma inspirada las estrellas. El *témenos* de nuestra historia hacía tiempo que era justamente un recinto augural, y se sabía que la Cabellera de Berenice era su referente celeste.

Se pudo saber, en consecuencia, que Sísifo venía porque iba, y eso era ya muy clarificador. ¿Adónde iba puesto que volvía? Iba donde Berenice, que si bien laboraba en un espacio anterior al cubo central, se había transformado en el núcleo galáctico de este astro flotante. En torno de ella giraba, entonces, él como una estrella menor de esta fulgurante cabellera sideral. La razón de nuestra confusión respecto del vagabundeo aparente de las rutas diarias de nuestro héroe subordinado en el *témenos*, emulador del Sisyphus de la leyenda, se debía –y ahora no cabía duda alguna– a la necesidad de mantenerse cerca de esta Berenice telúrica, templo representativo de la celeste en el corredor. Ella era ese claro en el bosque, espacio sagrado de aquel numen superior. Ahora bien, puesto que el escritorio de ella estaba ubicado en los límites del santuario lateral, todos los movimientos del pretendiente daban la impresión de no tener una consistencia espacial, y era como si carecieran de un *lieu géométrique* que los definiera. Pero ella estaba allí, con su cabellera de negro azabache, límpida, no muy sensual en su actitud, un tanto reservada, con sus ojos grandes y almendrados, casi entera de azul marino, la cara fina que bien podía parecer bella, y atrayente, seguro que sí, sobre todo para él. Ella entonces estaba allí, en posición de solícita y solitaria condescendencia para con su planetario, y asiduo, y afecto visitante, como un polo celeste, un astro fijo de referencia hacia el cual confluían los afectos del amante. No se trataba de un simple afer amoroso, que las cosas no se daban con tanta sencillez en el pasillo lateral, incluyendo por supuesto los asuntos relativos al eros. Todo debía tener allí ese elemento de irrealidad, de vaporosa y sofisticada afectación que hacía de ese privilegiado espacio una antesala del Hades. Cierto, no era el infierno mismo, puesto que ese lugar estaba un poco más allá, entre los abismos insondables que se extendían al otro lado del



mar, al fin del oeste, en las regiones más remotas, hasta donde apenas alcanzaba el Sol a iluminar, al término de su fatigoso viaje sobre las llanuras de la Tierra.

El asunto, sin embargo, no podía quedar allí no más, en ciertas miradas y unas que otras palabras de galantería amorosa. Sísifo no estaba para eso solamente, y ella, aunque aparentaba lejanía ante los demás, cuando creía estar a solas con su estrella errante avanzaba un poco más, y algunos toques existenciales matizaban a menudo la tercera, o tal vez la quinta taza de café del día, un aromático pretexto de flirteo diario acompañado con la rotación diurna de la Berenice en la altura. Yo veía que cada vez más seguido se cerraba la puerta de la *secretaría del tirocinio*, como se le llamaba a esta dependencia de la dirección, una sección que en su conjunto el director, el iniciado verdadero, comandaba en su grado supremo.

Los humanos somos seres complejos, y no todo nos pertenece como individuos, puesto que nuestra condición de especie arrojada del Jardín nos coloca en la situación de pertenecer a un conglomerado que supera nuestra capacidad de decisión personal; somos arrastrados por pasiones que debilitan la responsabilidad de cada cual, e inducidos por fuerzas que tienen todo el aspecto de ser irresistibles. Tremendo dilema, entonces: un hombre casado, esa era la palabra, por las dos leyes, e involucrado ahora con una señorita; peor aun, con una mujer que pertenecía a la institución, y que en el lugar mismo de trabajo andaba en esos juegos, ante las narices y el mentón mismos del director, que nada sospechaba. En algún momento tendría que saberse, y no porque en cuanto suceso privado, puesto que si enmarcado entre los límites del corredor, era ya un asunto de incumbencia de los habitantes todos del recinto. Así entonces corrió el rumor, como pólvora maligna, pero reforzada por los no menos malignos hechos que las bocas contaban como verdaderamente acontecidos. Eran invitaciones primero a conducirla a casa, claro está, conducciones que pronto se terminaron por desviar del itinerario propuesto. De seis de la tarde –hora en que Berenice se retiraba del trabajo– y las nueve, en que Sísifo solía dejar el *témenos*, había lugar para una coartada perfecta ante la espo-

sa, ignorante de que su parroquial compañero solía enfilarse hacia objetivos *non tam sancti*.

¿Cómo saber qué cosas estaban pasando por allí, ya que la información en este caso provenía más que todo de jóvenes estudiantes, siempre atentos a los aspectos picantes del acontecer humano? La verdad es que también algunos más viejos andaban contando cosas parecidas, más mordaces aun, si bien mis mejores reporteros yo consideraba que eran sobre todo los más jóvenes. Así, entonces, los asuntos parecían quedar en la periferia, ajenos a una certeza absoluta, aunque la visión del cielo nos muestre la asidua ocurrencia de conjunciones de astros y clamorosos eclipses en las regiones celestes. Pero hubo conjunciones, se dice, de estos Sísifo y Berenice, sus correlatos telúricos, entre sí, aunque no era seguro qué calidad tuvieron y cómo estas peripecias amorosas de hecho se consumaron. Tengo para mí que ellas tenían una fuerte dosis de irreal levedad, siendo que ellos, en especial Sísifo, representaban la esencia misma del tipo de ánima que circulaba vágula por el corredor lateral. Sí, es seguro que no era aquí un asunto solo de almas, puesto que los cuerpos estaban ciertamente también implicados. Ahora, de qué modo, y hasta qué punto, es algo que solo se conjeturaba, si bien no era difícil imaginar en qué estaba todo esto acabando. Los humanos somos a menudo demasiado rutinarios, y más todavía estas primicias del *témenos*, ánimas selectas del purgatorio del corredor. El automóvil, en consecuencia, en este caso un coche bastante destartado, como de clase media baja, que desdeñaba de sus pretensiones de clase media alta, fue un espacio preferido de encuentros, por su movilidad y aires de inocencia. El teléfono celular servía además de aliado a la aparente fidelidad de Sísifo, que más de alguna vez tuvo que responder, con pretendida seguridad, a las llamadas un tanto dubitativas de casa. El sí aquí estoy, cuando estaban metidos allí, comiéndose un emparedado entre una topografía de toques, se hizo particularmente frecuente. El tono de mis recuerdos me impide condescender con los detalles, que en otras circunstancias bien podrían haber sido rememorados en todo su acabamiento. Cosas acabaron, de seguro, pero el

final de la historia tendrá sentido más efectivo cuando en su conjunto, los asuntos relativos a los últimos tiempos han de completar la significación entera de este episodio amoroso. Berenice vivía más intensamente estos singulares acontecimientos que su enamorado, ya que las pasiones en Sísifo se repartían en un radio de extensión demasiado mayor, y no había abasto vital suficiente para nutrirlas a todas de la misma manera. Su preocupación por la sucesión en el *témenos* y su ambición de ser el próximo curaca del sector le demandaban mucho combustible. Le daban, con todo, estos hechos una seguridad a Berenice, que contrastaba con la incertidumbre creciente que se asentaba en el alma de Sísifo.

El sentimiento de seguridad de la mujer le venía del hecho de saberse amada; y el hábito la había inducido a creer que su enamorado era un ser de verdad importante en la región, por más que ella misma advertía algo raro en ese temperamento, y de algún modo sabía que, su edad psicológica iba francamente a la zaga de la cronología de sus años. Quiero decir, la madurez mental del Eólida Sísifo no progresaba con el mismo paso que los años, dándose el caso de que aspectos de la niñez y adolescencia –que bien pudieron en su momento considerarse normales– convertidos ahora en elementos restiformes, daban a esa personalidad un aire de leve y arcaica ligereza. El *décalage* tendía a aumentar, mas poco importaba todo esto en su conjunto a Berenice, que había terminado por sepultar toda duda con respecto a la personalidad de Sísifo. Ninguno de los dos tenía la menor idea de cómo habría de solucionarse la situación de *impasse* en que se hallaban, más todavía si se consideraba el hecho de que Sísifo pretendía hacer también carrera, como una suerte de pastor laico, entre el confundido rebaño del corredor; e incluso sus sueños lo inducían a pretender un tipo de prelatura seglar de más extensa jurisdicción.

Era entonces la mujer y no el varón quien portaba la égida, y a pesar de su ingenua complejión intelectual, ella había hecho de sus talentos otra cantidad igual de ganancias. Estaba preparada, entonces, para el momento en que le exigieran cuentas de su trabajo, y su lámpara nupcial rebosaba del aceite

necesario para el caso en que el *esposo* tardara en llegar, como a menudo pasó. Se destacaba, así, en un lugar donde mejor era no destacarse en absoluto, pero con cierta dosis de paciente retraimiento, que por lo general la mantenía alejada del río heracliteano que fluía con fuerza por el cauce central del corredor. Vivía como si de hecho los acontecimientos pasaran una sola vez en ese mundo sin historia del pasillo, donde la memoria colectiva solo preservaba ciertos sucesos en forma muy filtrada e imperfecta. Pero el factor prudencia no fue suficiente, ya que no contaba con la imprudencia de Sísifo y su infantil sentido de lo heroico. Presumía, así, el varón hacer noticia por un supuesto poder y atracción que él mismo se atribuía poseer entre las mujeres, cosa que no tenía fundamento alguno. Más allá entonces de la aspiración fuera de lugar no había nada, nada que pudiera señalarse en ese aspecto, a no ser la pretensión malograda de una ambición incoherente. De ahí que la figura de la mujer infundiera, a pesar de todo el embrollo, respeto por una parte y compasión por otra, cuando en realidad ella era más bien el ser dañado por una pasión sin destino, que la beneficiaria de un verdadero amor. Todo en el *témenos* estaba inficionado de ese mal incurable que había llevado al director a su locura lateral, y por el que igualmente otras criaturas del costado, como Sisyphus, habían caído fatalmente contaminadas de la misma demencia. Era un morbo que se manifestaba como una suerte de vórtice espiritual, en que una circularidad reiterativa se acompañaba con paseos rectilíneos.

En esas circunstancias, Berenice era una víctima casi totalmente inocente de ese desquite, síndrome de Adán, por la que el género masculino suele vengar el haberse dejado seducir por la mujer junto al árbol de la ciencia del bien y del mal. Seducción embustera, puesto que la verdadera responsabilidad fue de quien se dejó seducir, el hombre. Fue en Adán que todos pecamos, y no en Eva; y fue nuestro padre el que simplemente recibió de su mujer el fruto *y también con ella comió*. La invitación de la mujer no tiene por qué ser considerada la razón principal de su caída. La transgresión, en consecuencia, tiene su orden, una escenografía en su realización,

de modo que más culpable es Adán que Eva, y ambos menos culpables que la serpiente maligna. Por eso que la caída no fue total para el género humano, ni destruyó en su plenitud nuestra capacidad de natural bondad, puesto que la serpiente representa aquellos factores de maldad que en cierto modo escapan del control de la criatura en su estado primigenio. En el orden preternatural anterior a la caída, la responsabilidad no pudo tener la misma calidad que la propia del estado de naturaleza actual. La serpiente significa, entonces, lo que Elohim misteriosamente permitió que sucediera, razón por la cual finalmente la culpa mereció tal calidad de Redentor. Ahora bien, los acontecimientos, sin embargo, que se sucedían en nuestro jardín de espinas y abrojos no tenían, hasta el tiempo en que se desarrollaba esta historia, ninguna pausa.

Así entonces, era invierno en el corredor, y el frío se mezclaba con cierto olor a gas que provenía de las imperfectas estufas, que saturaban el ambiente de un calor inseguro. Sísifo se paseaba con mayor excitación que la usual por el río central, mientras afuera, un vendaval se dejaba caer sobre Jacobópolis. Dicen que cuando afuera llueve, en el convento llovizna, pero el caso aquí tenía toda la apariencia de ser al revés, puesto que nuestro adamita se movía en el conventual pasillo como al compás de un huracán, cual si describiera círculos concéntricos, imperfectos, claro está, debido a la estrechez del corredor. Iba y volvía de la oficina de Berenice, ante las miradas curiosas de los escasos habitantes del *témenos*, que si bien ya estaban acostumbrados al minué cotidiano, no dejaron de percibir algo anormal en el compás. Y alguna causa había, si puede considerarse una razón el que alguien descubrió al romanesco enamorado al interior del ruinoso coche. No habría sido nada si hubiera estado solo, pero no estaba solo, y el lugar, la vecindad de una discoteca, terminó por hacer en definitiva sospechoso el hallazgo que una chica, alumna a la sazón, hizo de la furtiva pareja. Era demasiado temprano para la mayoría de la juventud, que gusta llegar muy pasada la medianoche a esos lugares, pero la joven se ganaba algún dinero gracias a su trabajo de limpieza en el recinto. Sísifo, queriendo a pesar de todo hacerse el

chistoso con ella mediante alguna frase que creyó desenvuelta, terminó por hacer más comprometida su situación.

Hay circunstancias en que la gente piensa que tiene el deber moral de denunciar ciertas conductas, y este fue el caso de la muchacha acerca de la ya madura pareja discotequera, que tan inopinadamente se habían cruzado en su camino aquella aciaga noche. El director no tardó en saberlo, y un *espácico rumor* se difundió con rapidez. El director en persona recibió el informe, acerca del que muy pronto él mismo se esforzó por desdibujar el perfil. El doble estándar del jefe era ya conocido, y seguro que no podía darse el lujo de crear un flanco en sus menguadas filas de seguidores. La verdad es que ninguno de los dos, ni el superior ni el inferior, se quisieron o estimaron jamás; ni siquiera había entre ellos algún tipo de natural simpatía. Eran demasiado diferentes, por temperamento y crianza, de modo que ciertos aires de distinción del comandante contrastaban en forma excesiva con la afectación inmadura y un tanto pueril de su incidental aliado. Se detestaban y necesitaban al mismo tiempo el uno al otro, siendo inseguro medir el grado de su odio o de su ocasional afectación. Las necesidades políticas, por tanto, superaron las consideraciones de carácter ético. La moral parecía preocupar mucho al director, pero no lo fue esta vez, y el afectado estaba evidentemente agradecido.

Pero la situación, con todo, no dejaba de ser embarazosa para quien aspiraba a una suerte de prelaturo, como Sísifo, que de tanto esperar la dirección pensaba que por el momento sería más expedito el camino a una capellanía de carácter secular, sin los ascetismos que la vida clerical en su grado de mayor pureza pudiera exigir. Todo parecía arruinado, sin embargo, y de ahí los huracanes de una ira que no apuntaba tanto a la joven delatora como al destino nefasto, que parecía sellar su futuro con una marca infamante. ¿La mujer, entonces, sería la culpable, quiero decir, la enamorada? El director miraba con recelo todo el asunto, y tramaba una decisión, que fue justo la que tomó poco después, en el tiempo preciso que antecedió a las desafortunadas caminatas de aquella mañana en el pasillo. El director había decidido pedir el traslado

de Berenice a otro sector del *témenos*, más allá del segundo anillo circunferencial, donde gobernaban otros arcontes de la academia. Pensaba con eso solucionar el afer, arrojando de la esfera de su jardín a la mujer, Berenice, la menos culpable de todos los actores de este drama, la de la cabellera azabache y ojos tristes. Pues aquí también había un orden en la transgresión, una prelación de la culpa, siendo la más responsable la serpiente, que se las sabía todas, es decir, el hombre de la dirección; luego Sísifo, el transgresor adánico y, finalmente, Berenice, la nueva Eva. Así, entonces, ella partió, y él se quedó. Y la que decidió fue la serpiente, pues la divinidad ya había abandonado el sector del corredor a su propia suerte. Mientras tanto, el director y su ayudante de cámara, olvidando aparentemente la amargura de tan desgraciado incidente, se sentaron a discutir la realización del gran proyecto del director para el año que venía: un coloquio internacional; no, no puede ser, ¿será verdad que se trataba de un congreso de ética?





## El zeppelin

Hacía tiempo que algo raro –distinto de las cosas extrañas que ya me he ocupado en contar– estaba pasando en Finibusterre, sobre todo a lo largo del corredor central, en esa extensa geografía que se extendía casi vertical de norte a sur desde sus ríos transversales: eran ellos sus primeros valles, y desde allí se extendían otros, tan hasta el sur de la tierra, que iban a parar junto a los iniciales senos subantárticos de sus límites marinos australes. La extraña sensación no provenía precisamente de la consistencia física de su geografía, ni del orden lineal y rutinario de sus campos agrícolas y la sembradura de sus tierras aradas, o de la tensa paz de sus bosques de un pino industrial a la espera de la astilla. Es que todo se estaba pareciendo demasiado a todo, y los largos gallineros atestados de pollos de sus valles anteriores en poco diferían de las jaulas de salmones, heridos de espacio y circundados de aguas retenidas, como trozos de océano herido, que ahora tenían toda la apariencia de haber perdido para siempre su libertad. El vasto mar de sus costas más meridionales yacía entonces introvertido en ese escenario.

Los problemas comenzaban a sentirse en la interminable aglomeración de todo, en la necesidad de verse y odiarse de cada cual, en los ataques cotidianos que los humanos del entorno hacían de ciertos puntos de intersección citadina, invadiéndolo todo de vehículos y transeúntes expectantes. La hinchada vehemencia de sus políticos tampoco presagiaba nada bueno. Algo se avecinaba: nadie sabía lo que era, y parecía que todos lo querían de inmediato. La nada nadeaba, como afirmaba un cierto sabio, sin estar ni ahí. Tal era la

confusión, que ni el sabio de la Selva habría entendido lo que es nada. De ahí la cantidad extra de predicadores callejeros que anunciaban la inminencia de algo, de un suceso que ellos mismos, partícipes de la aglomeración, presentían con los demás, pero sin saber de qué se trataba. En medio del bulli-cio de sonajeros, estos profetas de malas nuevas aumentaban la confusión con sus flautas y platillos: ellos eran los nuevos estruendos que se añadían al devenir callejero, y apenas se hallaba un lugar para el retiro y la paz. O se trataba del adve-nimiento triunfal del milenio (que poco a poco se iba retra-sando), o de alguna catastrófica represalia, producto desco-nocido del accionar maligno de algo. Lo mismo daba, en todo caso, pues lo que importaba era la sensación de vaga expec-tación repartida en las almas y en las cosas; esa misma sensa-ción que se percibía en las plazas, y se hacía manifiesta en el aburrimiento intestino de las moradas de quienes vivían, o trabajaban, o vacaban en los lugares diversos, incluidos los recintos, e incluido el *témenos* con su espacio lateral. Porque una extensa malla de semejanzas se había tejido entre el es-pacio de la geografía del país entero y el de la ciudad, donde circulaban los habitantes del *témenos*. Eran *vidas paralelas* que compartían defectos, pero sin comunidad de virtudes.

Se suponía en todo caso que había que estar preparado para algo que no se sabía con certeza qué era, si bien lo más posible es que se trataba de algo a repartir, por lo que podrían necesi-tarse servilletas y utensilios de mesa. Esto era en efecto lo que mi maestro Adolfo había visto con profética claridad algunos años antes de su lamentado fallecimiento. Así, todo estaba invadido de esa sensación que, en la imposibilidad de definir-la, se podría asemejar a un sentimiento teñido de una inexplic-able nostalgia. Porque algo tenía que ver con el futuro como prolongación de un pasado, pero no del modo que la añoranza de algo nos mueve, como al ingenioso Ulises, que se sentía impulsado constantemente en su viaje de vuelta a su destino por la presencia de un dolor entrañable, producido por una muy determinada carencia: la patria querida y la esposa, la personificación de su nostalgia. Aquí no había un pasado –y por tanto tampoco un presente–, y se podría decir que había

casi pura proyección desde la nada hacia la nada, como si toda la raza humana desfilara por una angosta vía, cuya senda desaparece hacia atrás a medida que se avanza, y cuyos costados son abismos insondables a los que no se puede mirar. Ese pienso que era el modo de proyectarse del tiempo en el espacio del corredor.

Ahora bien, esa *rara* sensación, eso que no se sabía qué diablos era pero que en todas partes vagamente residía, iba de algún modo tomando consistencia activa y substancial en el *témenos*, donde el director, ojo visible de toda aquella turbulencia lateral, encarnaba la presencia de ese malestar milenario. No todos los pueblos se sienten mal de la misma manera, y supongo que lo que había aquí era otro modo de corporeidad evolutiva de las cosas, en cuanto que no solo entidades biológicas están sujetas a ciertas variaciones específicas al interior de la evolución universal, sino que también sufren estos cambios innumerables realidades de cosas que, a modo de sucesos, acontecen teniendo a los seres vivos como a sus centros de cohesión. Los acaecimientos, entonces, adquirirían realidad como si fueran ramificaciones del tronco de la vida, y los verdaderos frutos de la realidad cotidiana eran el triunfo del florecimiento fecundo de esta apariencia. Uno se halla en ese caso en medio del reino de la opinión discursiva, si bien me asistía la seguridad de que, esa región del saber circunstancial, estaba firmemente conectada con las raíces profundas de la realidad, donde la explicación verdadera del conjunto de las cosas tenía su fundamento. Me refiero a las cosas en cuanto adheridas a la vida, pero en la sencillez habitual de lo que sucede alrededor nuestro, y no precisamente como una revelación metafísica del mundo: aunque es por aquí por donde se empieza también a urdir, creo yo, la trama profunda de la constitución ontológica del universo. Pero entre ese tejido maravilloso, de hecho invisible a la mirada ingenua del espíritu, y el devenir en apariencia anodino de la realidad fenoménica, estaba el acontecimiento como ramificación orgánica, quiero decir, el suceso en su conexión con el cimiento originario del ser de las cosas y de la vida. De ahí la importancia de comprender el acontecer en su relación con

el todo, y de cómo en la situación en que me hallaba, este saber integrador producía en mi alma un poderoso efecto liberador.

Por estas mismas razones, quizás, me parecía que la mayoría de los involucrados en estos hechos se encontraban, por decirlo así, presos en medio de los acontecimientos, aun cuando algunos de ellos al menos creían, aunque erradamente, que estaban en posición de dirigirlos. Así las cosas, el director y su compañía, en el sentido estricto de lo que he venido relatando, se habían vuelto por completo extravagantes; y esas vidas, desconectadas de su fundamento existencial parecían girar, como si encandiladas, en el devenir espectral de ese carrusel fantasma en que viajaban. Todo volvía entonces a un comienzo en que nada se originaba, sino era el reinicio de un devenir sostenido por la mera recurrencia.

Fue precisamente en esos días, que volvían a ser el cierto día de una fecha irrelevante pero posterior a los sucesos anteriores, que un cierto personaje, venido al parecer del oriente (algunos dijeron que desde Irán, por ciertas atendibles razones, si bien la hipótesis, como se verá, se podría considerar enteramente sin base), cruzó con decisión los pasillos del costado lateral en procura del cubo central en que lo esperaba el director. Contrario a sus hábitos, este no había hecho alarde de esperar a nadie, y no había al parecer hecho saber a ningún subordinado quién era al que esperaba, si bien él ya se encontraba instalado más temprano que de costumbre en su mesa que se suponía de trabajo. Pasó entonces el señor, vestido de empresario, o más bien como de gerente de empresa, con un terno de esos que salen bruñidos en las fotos, al resplandor del *flash*, y cuyas imágenes, matutinos como el *Hermes* de Jacobópolis suelen reproducir en sus páginas de vida social, con un vaso de algo en la mano y mirando fijamente a la cámara.

Estoy casi seguro de que era el gris el color, pues era el mismo que el del terno del director, que esta vez había preferido no vestir de azul arriba y gris abajo, como solía. De las corbatas no me acuerdo, pero seguro que la que lucía no era de ese amarillo sismo, como las que solía usar Sísyphus y

alguno de sus ayudantes, que estuvieron muy de moda por algún tiempo, del tipo de flor del espino llamado cervical, que es más bien de un lindo amarillo verdoso. Las tenidas, en todo caso, deben haber parecido elegantes para los estándares del lugar. Trascendió que venía a vender alfombras –de ahí las referencias al Irán, creo yo–, pero la verdadera causa de su visita se supo mucho después, cuando al cabo de un buen tiempo empezó a circular un rumor, que se podría considerar sensacional. Ya algo sospechaba Sisyphus, que andaba por ahí; pero la verdad es que todo el asunto superó cualquier expectativa, siendo, como se sabe, toda la angosta faja territorial entera de la comarca un verdadero tobogán de noticias tan insubstanciales como alarmantes. Yo andaba también por allí, y me tomé el tiempo de mirar un poco más, afectando, como solía, indiferencia. Sisyphus olía algo, efectivamente, y alcancé a verlo desde cierta distancia con medio cuerpo asomado en diagonal al rectángulo de una puerta. Lo vi desde el fondo del pasillo y enrojeció, pero esta vez no por simple autoexcitación, sino porque sintió incomodidad al percatarse de que se lo había visto en tan comprometedor posición: porque era muy consciente del aspecto figurativo que tenían los seres y las cosas en el eterno retorno del corredor, que él habitaba a rabiarse todo el santo día y la parte primera de la noche. A lo que me refiero es a la escenografía de la gente, los muebles, y las cosas en general, en cuanto todo ello es percibido por otros, y el efecto que en esos otros produciría tal conjunto. Todo se presentaba como una delicada, frágil, súper temporal e inestable figuración de circunstancias, que daban en un momento dado el resultado de una escena específica. En ese caso, era complicado ser pillado justo en medio de un acto que él creía hacer a la perfección sin ser visto ni notado: el de espiar. De allí que entonces enrojeció, de algo así como vergüenza: que no había en él propiamente un sentido del ridículo, cosa que lo hacía exponerse más allá de la cuenta ante sujetos que se suponen, como yo, perceptivos. Sí, alfombras también hubo, pero, por lo que se supo después, eran simplemente regalos que se abonaban a la aceptación de otra cosa, que a su vez no era como tal una venta de algo.

Temo extenderme demasiado en la explicación de esto, que sospecho podría decirse con menos palabras, pero la verdad es que se necesita un cierto circunloquio para explicar lo que pasó. Al fin y al cabo estamos en la historia, específicamente en medio de una historia que de alguna manera atañía al absoluto, como solía decir Georg Wilhelm Friedrich, y que podría tal vez hacernos comprender con mayor precisión la centralización de ciertas fuerzas reconciliadas, frente a sus implicancias con la vida más contemporánea que en ese momento se vivía. De eso se trataba al fin, de comprender el todo en el que nosotros, míseras partes, éramos de hecho acción humana y no pura excrecencia, frente al presupuesto incondicionado de toda explicación de la realidad en su devenir histórico. Resulta entonces que un excéntrico norcolombino, de esos pura voluntad y muchos neotáleros (moneda hoy dominante en todo el ecúmeno), tenía metida en la cabeza una idea de esas que no por ser fijas dejan de ser brillantes: se le había ocurrido resucitar los dirigibles como vehículos de transporte aéreo masivo, y en procura de sus ideales, sus asesores le habían sugerido inaugurar el redivivo aparato, cuando el proyecto estuviera listo, con un viaje espectacular desde Finibusterre a través de los altos picos andinos hacia las tierras que miran al Atlántico. Hasta aquí llegó un representante, pues pensaron, no sin razón, que solo en estas regiones del extremo poniente podría concretarse el plan sin producir fenómenos de protestas callejeras, ni grandes disquisiciones sobre la seguridad de los aparatos. Si algo sucedía y pasaba una desgracia, por muy lamentable que fuera, no se produciría al menos tan cerca del Distrito Federal. La lejanía hace menos terribles los infortunios para aquellos que viven muy alejados de los lugares de esos sucesos, pero tanta mala suerte no era de esperar, y siendo más optimistas, no faltarían algunos de los tantos caballeros ingenuos, que proliferan por aquellos valles, que estarían dispuestos a subir y volar sin las aprensiones –excesivas, según ellos presumían– del público de las regiones más septentrionales del continente colombiano.

El proyecto del zeppelin ya estaba bastante avanzado, y en un inmenso hangar en las regiones desérticas al sur de

Aridona, las innumerables piezas del primer aparato empezaban poco a poco a encajar, y el engranaje total de la edificación alada comenzaba a tomar una paulatina consistencia. A pesar de lo notorio del proyecto por sus proporciones y bizarría, había sido apenas advertido por el gran público y la prensa. Para los fabricantes, el problema principal no era el construirlo, sino el ganarse en algún momento la confianza tanto del mundo de la técnica como de los futuros usuarios de los aparatos. En lo que a esto último respecta, se decidió que las extrañas características que habían ido tomando las conductas de los individuos y la cultura humana en general en esos remotos horizontes presentaban una coyuntura favorable para incentivar en ese mercado las ventas posibles de boletos para el proyectado extraño viaje. Claro está, buscaron a su vez en esas regiones un departamento piloto, lo cual significaba que tomarían algún grupo experimental en esto de embarcar gente gratuitamente en la aventura; y no se halló nada mejor que tentar suertes con los moradores de ese remoto costado.

Fue una sorpresa completa para todos la historia a la que me refiero, una vez que esta, describiendo como en espiral una elegante pirueta, fue a parar en un final inesperado. No todo se supo de inmediato, era obvio, y en concreto, cuando poco a poco se conocieron detalles más claros del cuento, se hizo evidente que el director manejó el asunto con cierta destreza. En realidad poco se sabía de dirigibles, pero el director de hecho con algo de sus conocimientos de dialéctica había logrado, según se supo después, obtener alguna información para recomponer parte de los elementos del rompecabezas. Desgraciadamente esta información fue demasiado escasa, confusa y en buena medida dispersa. No debería sonar tan extraño que se volviera a pensar en los dirigibles, si se considera que los famosos transbordadores son impulsados al espacio por una poderosísima combustión, y que una vez en la altura, su viaje de regreso es dirigido de un modo que recuerda muy fuertemente a los antiguos zeppelines. El problema de las grandes dimensiones del espacio entregado a las bolsas de gas en los dirigibles había sido en buena medida solucio-

nado por técnicas de combustión e impulsión infinitamente superiores, y los peligros, siempre presentes en toda navegación, habían sido minimizados de manera increíble, así como la sustentación del aparato, de menores proporciones que, por ejemplo, el gigantesco Graf Zeppelin, de 235 metros de longitud y más de 100 millones de litros de gas. El director no había logrado conocer grandes detalles del aparato en construcción, y parte de lo que se le había explicado, sin tener él acceso mayor a la compleja técnica aeronáutica, como si fuera una mera opinión, logró ser en su momento por él entendida, pero se halló él mismo de hecho luego incapaz en la práctica de explicárselo a sí mismo, y por consiguiente, a los demás. Esa puede ser una razón de la poca consistencia de los informes que recibía, y que lentamente se desbordaban hacia el corredor, aunque me hace dudar la circunstancia del parecido del grueso de los reportes que daba a conocer, con lo que alguna mediocre enciclopedia podría aportar sobre lo que se sabe de los aparatos en cuestión.

Ahora bien, en conocimiento de la existencia del prestigioso campus con su corredor lateral, y su director en jefe, y la tropa que bajo el liderazgo de su guía podría acompañarlo, y las repercusiones de tipo social que la presencia de tan señera personalidad podría producir en el entorno, el gerente se puso ese día el mejor traje gris-ratón que traía su equipaje, y puesto que había hecho previos y acuciosos estudios en el septentrión acerca de la psicología de los futuros compradores de boletos del zeppelin, llegó confiadamente al cuadrilátero del director con los ya conocidos objetivos. De más está decir que el asunto no se decidió en ese mismo día, ni al día siguiente, ni en la semana siquiera, sino que las conversaciones duraron varios meses, entre comidas y entrevistas, llamadas por teléfono y viajes *ex professo* a la costa, con el puro objetivo de entretenerse un rato sin decidir nada substancial.

Pero poco a poco las cosas se fueron inclinando en favor de la empresa, después de que el pseudo-iraní (que en todo caso nunca intentó engañar en ese aspecto, aunque se mostró deliberadamente reservado en todo) fue alcanzando sus objetivos cuando algunas de las mejores alfombras persas de su



pesado equipaje quedaron en las felices manos de sus asediados clientes. Se suponía que esos bellos artefactos de fina e industriosa lana tenían algo que decir a la imaginación del director y otros invitados notables de la lista, en cuanto podían traer al pensamiento famosas historias de alfombras mágicas y su maravillosa capacidad de cruzar vastas extensiones aéreas en raudo vuelo. Una cosa sí había logrado el director que se cambiara; quiero decir, que en vez de cruzar los nevado picos andinos –que incubaban peligros e imprevistas borrascas–, y tratándose, en especial, de un viaje inaugural, el zeppelin se deslizaría de norte a sur, de Jacobópolis hasta un seno de mar llamado del Reloncavín, hacia el sur del tobogán geográfico, teniendo, además, la presencia constante de los Andes por la izquierda y el mar Pacífico por la derecha. Se consiguió, además, que no fuera demasiada gente, y que él ocuparía una especie de lugar simbólico en el dirigible y en las ceremonias precedentes y posteriores al viaje, que en algún momento se pensó se haría con pasajeros vestidos de frac y tongos, idea también finalmente descartada. Pesó en el ánimo del director el ser el portaestandarte de una empresa de proyecciones que a él le parecieron épicas, y que habrían de levantar su nombre a un sitio que ni él mismo, en sus sueños más optimistas, había siquiera sospechado alcanzar. Al fin y al cabo, por muy ávido de honores que fuera, de hecho había alcanzado casi todos los que su ánimo alguna vez deseó; y esto del zeppelin apenas sí lo habría jamás soñado, aunque por supuesto sus expectativas nunca se sentían completamente satisfechas.

Empezó, en consecuencia, a correrse la voz acerca del asunto poco después de que el director, sin quererlo al parecer, dejó escapar algunas piezas del secreto durante una cena institucional que había comenzado sin mucho brillo una tarde, y Sisyphus se encargara de divulgarlo con celeridad, aunque sin saber muy bien aún de qué se trataba. La verdad es que el proyecto estaba todavía allí cuando me surgió la idea, y procedí luego a escribir este pequeño manual de exorcismos que supuse me defendería de las corrientes malignas del corredor lateral, y quedó encarpetaado el zeppelin, no entre mis

notas, sino allí, en el hangar, en Aridona, y al parecer se deberá revisar el presupuesto para continuarlo pues los gastos han sido mayores de lo esperado, y la idea del magnate, más en contacto con la realidad, ha comenzado a sufrir el *shock* que suele acontecer a los planes cuando les llega el tiempo de ponerse en práctica y transformarse en verdaderos acontecimientos. Por ahora, del asombro primero por el pasillo, y por los campus después, se pasó a las historias más fantásticas, que con detalles diversos y a veces contradictorios circularon entre los ávidos cazadores de noticias que moran en los anillos circundantes de los recintos, y más allá de sus círculos marinos. Parte de la avidez noticiosa proviene sin duda de la falta de información canalizada a través de los anillos. No creo que ya todo el asunto haya terminado completamente, y que el director no vaya en definitiva a salir con alguna sorprendente hazaña, que hará sin duda enverdecer de envidia a todo el mundo. Son de las cosas que han quedado allí, y permanecen latentes, como las plantas floridas que asoman por millares a inicios de la primavera en los desiertos del Protectorado, después de años de estaciones secas que las han mantenido como dormidas en la inmensidad de la arena estéril. Las cosas siguen así su curso de acción, dejando en evidencia el poder misterioso y sugerente de la naturaleza en su ciclo telúrico. La apoteosis, entonces, no habría de acontecer para el director en medio de las nubes que recorren los confines del Reloncavín; él, apareciendo en gloria y majestad en un suave descenso desde las alturas, en un gran aparato, que se imaginaba blanco y refulgente. La postergación indefinida del proyecto tal vez salvó su vida y la de sus compañeros, pues todo parecía muy bien encaminado menos la seguridad del vuelo, y el director no era quién para considerarse además un paracaidista, y menos aún astronauta capaz de manejar situaciones de tal riesgo.

De verdad que casi todo se olvidó muy rápidamente; y era bueno que él se olvidase de casi todo lo que acontecía –en especial, de lo del día anterior– y ya se había acostumbrado a considerar de ayer lo que había sucedido mucho antes, si es que algo de verdad él consideraba o rememoraba, de modo

que había terminado por olvidar en la práctica todo, si pensamos que el *décalage* que afectaba los acontecimientos de su vida iba produciendo, con su efecto dominó, un caos retrospectivo en su memoria de incalculables consecuencias: los sucesos de su historia personal habían sufrido un corrimiento que iba haciendo imposible el desarrollo normal de los estados de consciencia, según que mediante esos estados es posible discriminar acerca de la objetividad de los acontecimientos en cuanto acaecidos en nosotros, y por consiguiente, en cuanto vividos realmente por nosotros. De ahí a la pérdida total o parcial de un sentimiento de responsabilidad personal hay un paso, pero lo extraño es que el conjunto anímico de los individuos puede sobrevivir a este y otros flujos de tipo existencial, eludir el juicio de los circunstantes, hasta el punto de que la mayoría considera normales, al menos en Finibus-terre, tal tipo de condiciones espirituales. Había, a decir verdad, una masa crítica de locura asentada en cada rincón, de modo que incluso en medio de las fumarolas de la erupción de esta masa, era general en el *témenos* un sentimiento de normalidad. El zeppelin estuvo a punto de transformar la vida rutinaria de los lugareños del corredor, pero la fortuna no quiso darles esta pequeña y única ocasión de ganarse un punto siquiera de subsistencia en la fama.



## Substancias individuales

Cerca del *témenos*, a un costado y en un lugar tranquilo y recoleto, un árbol inmenso parecía acoger con sus ramas la vastedad del cielo, como en actitud de quieta contemplación del aire y de las brisas variables de la mañana; y en medio del avance inexorable de la temperatura, que lentamente se elevaba con el pasar de las horas –ya la estación primaveral comenzaba su ciclo de actividad con toda la fuerza de su ímpetu telúrico– él permanecía en su alegre y expresivo silencio. Los robles no solían crecer con ese vigor en aquellos parajes extremos, ni abrirse en foliaciones que parecían respetar los puntos cardinales con tan exacta solitud. Cada paso hacia la altura era también el resultado de fuerzas de signo diverso, que en coordinada planificación tendían su red de soportes marginales. Algo lejos del *témenos*, pero en los recintos que lo circundaban, allí estaba el árbol, pacífico aunque no indiferente, junto al agua perpetua de una acequia vecina que el progreso había olvidado desecar. Son ramajes que no se mueven con facilidad ante cualquier vendaval, con sus hojas y su sólida nervadura, mientras el roble permanece tendido, constante hacia la luz, arriba, fino en su forma de gigante adolescente, tenso a la vez y distendido en el devenir del tiempo, en medio del avance de su propia vida vegetal. Que para él vivir me parecía ser el transcurrir de esa consciencia arbórea, abierta a la plenitud multiforme de la luz en la altura. Podía presentir en esa figura reticulada experiencias y estímulos innumerables, que circulaban sensibles de la raíz a la copa de sus hojas en la cima. Esas raíces estaban sin duda bien asentadas en tierra, al amparo del agua que se escurría constante desde el nivel del suelo. Había alimento líquido seguro; pero ese conglomerado vegetal aspiraba además al goce de más finos sen-

timientos, que eran en ese roble el resultado de su encuentro con la luminosidad del día, o la suavidad de otros aromas de su entorno. Y junto al placer evidente de vivir así, la presencia oscura del peligro, la polución y el ruido del ambiente, eran también para el roble, así me lo imaginaba, parte del reto de su propio existir. No por puro azar una vaga inquietud se acercaba en oleadas ocasionales transportadas por el viento, humores indescifrables que al parecer provenían del no muy lejano *témenos* que se erguía detrás. El cono oscuro de la noche devolvía al final la quietud perturbada por las auras falaces, y el cese de esos vahos inquietantes se acrecentaba con el predominio de la oscuridad nocturna. Es, entonces, el momento de experimentar, entre la nervadura de las hojas y el conjunto capilar de todo ese organismo en ebullición silenciosa para nosotros, el movimiento ahora pacífico de la noche, especialmente cuando la templanza de la estación permite además la filtración del resplandor más tenue de la Luna y de los astros en el cielo. Qué admirable me había parecido siempre esa estructura benigna y vegetal laborando al unísono; uno diría que su bienestar estaba para él en un cierto grado de trascendencia sobre la pura necesidad de ser un roble, y superar ese mero vivir mediante el ejercicio de un follaje en diálogo con la vecindad más plena del día, de la estación, del año.

Pero como un lobo cubierto de pieles de oveja, la serpiente se había cobijado bajo el amparo del árbol del paraíso. Nadie culpó jamás al árbol, ni siquiera a su fruto; y al contrario, del tronco inocente de otro árbol se construyó esa cruz de salvación. Así y todo, se podría quizá decir que ese árbol del jardín hizo de mediador silencioso, como la cruz entre el ser humano y la maligna serpiente. A través del árbol del paraíso se escurrió, mediante el fruto prohibido, el mal; y de este otro árbol, un fruto mucho máspreciado nos transmitió el más elevado bien. Ante el roble delante, sentía cada vez su capacidad casi infinita de absorber la malignidad, y de reducir los sentimientos perversos del rededor. Así, con el pretexto de cobijarme del sol, a menudo me he dejado proteger por ese organismo de verdor viviente, y he sentido la emana-

ción generosa de todo ese conjunto de telúrica armonía y plenitud. No todo parecía perdido en la cercanía de esa aura vegetal que de un modo particularmente sensible emanaba –en esas mañanas luminosas– desde su tronco vivo de materia.

Era temprano, casi nadie se divisaba aún desde la semipenumbra un tanto furtiva en que me hallaba, junto al roble, percibiendo mejor la luz y el paso de la existencia en la cercanía; allá estaba la entrada que conducía a los diversos corredores internos. Desde aquí se podían ver mejor las siluetas en ese espacio todavía escaso de seres humanos haciendo sus propios asuntos, atareados, como todo el mundo, cada cual en el negocio de vivir. Es un lugar espacioso: allí están también esas palmeras que luego empezarán a florecer con el calor creciente de la atmósfera. Pero no, es que algo viene por allá, veo que es el director el que viene; y reconozco su automóvil, que ahora avanza con cierta majestad por el suelo un poco toscamente arcillado de la entrada; como que la máquina misma se abriera paso con relativa dignidad, pesadamente entre las palma. Ahora lo veo acercarse más, y está justo llegando a su estacionamiento debajo de esa hermosa palmera; pero parece vacilar, digo, su coche. No entra bien en las líneas que lo separan del director vecino, que aún no ha llegado, y se va a encontrar con que le han ocupado la mitad del lugar. Claro, se devuelve, para quedar mejor enrielado. La distancia y la sombra generosa del roble me permiten mirar sin ser visto ni reconocido. Hasta ese momento: porque alguien viene con él, es raro, tan temprano, y da la impresión de que me ha reconocido. No, es posible que haya mirado sin verme, a mí, convertido tal vez para él en un artefacto más de ese conjunto de cosas que es, en un determinado momento, la apariencia figurativa de nuestros horizontes sensibles. Que se han quedado conversando, como si no hubiera sido suficiente lo dicho en el automóvil, por el director, supongo, porque si bien su acompañante es un académico en ascenso, parece callar; y tiene todavía que hacer muchos méritos para merecer la nueva confianza del director. Me refiero entonces a que está ascendiendo rápido en la confianza del chofer-director hasta el punto de haber sido intro-

ducido a la academia del lugar por una de las estrechas ventanas del recinto; y no las tiene todas todavía con el jefe y mentor, que puede que aún en una de esas cambie de humor y de parecer. La verdad es que me cuesta permanecer donde estoy, después de varios minutos de gesticulación del director; ya que no le alcanzo a escuchar, y me gustaría saber de qué hablan; digo, de qué habla él, porque su acompañante se limita a hacer algunos gestos, que a medida que me acerco, ahora, me parecen más bien respuestas miméticas a esos tics del director, que más que todo gesticula, y parece ensayar qué cara de Gorgona le pondrá a esos eternos enemigos que dicen y piensan cosas tan absurdas, como yo, tal vez. Pero no, no creo que sea yo, aunque no sería raro que hubiese sido el magíster, quien acababa de regresar de Italia; porque lo veo enfurecerse, y a su interlocutor palidecer, pensando tal vez que toda esa pasión podría en cualquier momento volverse en su contra. A su más joven acompañante, que parece una criatura crecida y de terno, se lo ve cada vez más inquieto, conmovido por ese solo pensamiento de que pudiera ser él, en algún momento, el objeto eventual de toda esa ira. Pero ese es el costo, sí, uno de ellos, que tiene sin duda que pagar por su reciente valimiento con el director, privanza demasiado reciente a ese nivel para ser sólida.

Yo, sin embargo, insisto en acercarme, porque mientras veo y pienso todo esto, he aquí que ya estoy prácticamente a tiro de piedra del director, que ya está por reconocermé, habiéndome primero reconocido su más joven acompañante, que parece oscilar levemente sobre sus pies, como si careciera de un equilibrio pleno sobre la tierra. No, no era yo la causa de su terrible desazón, sino alguien más bien irrelevante, un cierto político, al fin y al cabo un hombre público, de esos que de tanto estar ahí delante de todo han dejado de hecho de ser personas para transformarse en personalidades o, mejor dicho, personajes. Les pasa también algo parecido a muchos del corredor, porque lo que está ahí cuando uno los ve allí no es precisamente lo que ellos son, sino otra cosa, una cierta prolongación de su persona, oculta para nosotros por el personaje. Así, entonces, unos están aquí y otros están allá



en eso de hacer política, si bien la mayoría no está ni aquí ni allá, aunque todos al fin parecen estar definitivamente en alguna parte, como nosotros, sin duda, los demás. El director, en todo caso, siempre dando la impresión de estar en forma decidida en alguna parte, si se puede decir, y desde allí arremetiendo; claro que cuando uno sabe que lo que está allí no es en propiedad lo que debería estar, esa impresión pierde casi del todo su efecto terrorífico. Mi llegada, sin embargo, tuvo un inesperado efecto balsámico. Me saludó un tanto sorprendido de verme allí, acogiéndome con una cordialidad que no veía hacía tiempo en él, sin dejar todavía de resoplar un poco, como queriendo liberarse con mayor rapidez de los estertores de la furia que aún le quedaba.

Lo cierto es que pronto pasamos a otro tema, que se fue deslizado casi de manera imperceptible hacia un asunto de mayor trascendencia filosófica. Era en realidad *mi* tema de ese momento, el que yo, con cierta intención, puse sin mucho preámbulo en el centro de la conversación. Lo cierto es que me aproveché de la falta transitoria de aliento de uno y del *shock* del otro. Tenía en mente esa famosa sentencia de Boetius sobre la persona como “substancia individual de naturaleza racional”. El problema con esas cuatro palabras latinas estaba en los espacios semánticos que las unían para hacer de ellas una definición; todo eso me tenía en la incertidumbre de qué era lo que quiso decir el *magister officiorum* con ello. Una *substantia individua* podría parecer obvio; pero si conforme al Estagirita es evidente que toda substancia es un *esto* y, por tanto, algo individualizable, deseaba saber con mayor exactitud qué es lo que establecemos con *individua*. Si además, ella está en posesión de una “naturaleza racional”, se supone que esa *naturaleza* no significa otra cosa que “tipo”, “carácter”; es decir, por tratarse de una substancia individua de carácter racional, su tipificación como naturaleza tendría solo un valor muy secundario frente a racional. Así, persona sería toda “substancia racional”, si prescindimos de los otros dos términos, que tienen sin embargo el valor de precisar en todo caso de qué tipo de substancia se habla. Pero claro, eso significaba suponer que hay diversos tipos de substancias, ha-

biendo algunas que se caracterizan por ser más específicamente individuales, y de un modo más determinado, racionales. Muchos de estos problemas ya se los había planteado el mismo genial Boetius, en especial en un tratado teológico *contra Euthychen et Nestorium*, que en verdad había aclarado muchas de mis dudas una vez que me topé posteriormente con el estudio. Me refiero a dudas sobre *persona*, que en cuanto a Nestorius al menos, capté solo un poco, pues daba la impresión de que Boetius tenía poca idea de lo que el buen patriarca pensaba. Ahora bien, estas últimas substancias serían las que no solo pueden ser delimitadas y señaladas con un *esto*, es decir, que pueden ser objeto de una mostración, y, por tanto, de un decir acerca de ellas, sino que además ellas serían aquellas que *de por sí* son individuales, y no precisan para constituirse como tales otra cosa que la peculiaridad, esta vez la racionalidad, de su calidad ontológica.

Habría entonces substancias que son individuales fundamentalmente por la consideración que otros les podrían dar, como este automóvil o aquella palmera, y otras que lo serían con independencia de ese juicio de otros, aunque también pudieran serlo a juicio de otros, como por ejemplo, mi compadre Gabriel, que era claramente un individuo *de por sí*. Yo me estaba aprovechando sin duda del aliento fatigado del director, luego del estado de desequilibrio parcial producido por la furia que recién amainaba, y de la un poco lenta capacidad de reacción de su acompañante, que seguía equilibrándose precariamente sobre sus pies, todavía impresionado de lo que le podría suceder a él si resultara que fuera él mismo el objeto de una cólera de tal envergadura por parte del director. Lo que su interlocutor ignoraba era el sorprendente poder mimético del director, y su aptitud de producir estas iras de aparato en las cuales se envolvía, no siempre en forma totalmente consciente, de modo que su enojo parecía de verdad sincero, y por lo tanto, en ciertas circunstancias, podía producir un efecto casi aterrador. Era como asistir a una escena de *Medea*. Así, entonces, su acompañante, mal preparado para el debate, callaba, dejando libre el camino para mi en cierto modo antojadiza disquisición. El Sol ya había empezado a entibiar

todo el ambiente, y un poco más allá había mucha gente entrando y saliendo por las aberturas principales del edificio. Por rara circunstancia, el director siguió escuchando mi inesperado discurso matutino, mientras movía, a falta de resuello, los brazos, con esa ligera falta de coordinación que le había visto algunas veces, como si la base del movimiento no estuviera en los hombros o los bíceps del brazo, sino más cerca del codo, que en su conjunto se movían hacia delante como si fueran manos; eso le daba ese aspecto que suelen presentar los títeres cuando sus brazos quedan colgando sin sustento. Me refiero a esos brazos que tienen una suerte de bisagra a la altura del codo, que permite que se doblen, y en esas circunstancias comienzan a moverse sin control aparente. No era tanto, por supuesto, como en la cena que alguna vez creo haber recordado, porque ahora venía de vuelta de su agitación, y al presente era solo el caso de reaprovisionarse de combustible en virtud del esfuerzo empleado previamente.

¿Habría que reducir el término naturaleza a un simple apoyo semántico para-racional, o tiene en el conjunto una mayor significación por sí mismo? Por el momento no quise complicar más mi exposición entrando en esos detalles, pero me prometí a mí mismo examinar esa situación con mayor profundidad después. Persona, entonces, supuse, es substancia en cuanto es un sujeto específico del que o en el que otras cosas se adhieren como elementos constitutivos secundarios. Con persona se está señalando así el fundamento de sustentación ontológica de otras realidades ontológicas que solo existen en cuanto aquella existe. Esas otras realidades existen en la persona, como decían los escolásticos, *tamquam in subiecto inhaesionis*, es decir, dije, al ver la cara de duda del director, esas cosas existen en la persona “como en un sujeto que les proporciona un fundamento de inherencia”. Pero claro, eso se puede decir al menos de cualquiera substancia sensible *more aristotelico*, pero al afirmarse de ella que es *racional*, se está suponiendo que la persona es fundamento, no al modo en que una substancia común puede serlo, por ejemplo, la substancia *haya del King's College*, puesto que eso que se cons-

tituye en el centro ontológico de esa haya no es “de naturaleza racional” en cuanto tal, sino que es, más allá de los aspectos innumerables que esa haya posee, aquello que concentra, por decir así, apropiadamente, una especificidad ontológica susceptible de ser comprendida y designada como *esta haya*. En esas circunstancias, ese elemento de apropiada concentración ontológica no parece poseer ninguna cualidad sensible, sino que es de una “naturaleza” que quizá haya que convenir que es también “racional”. En efecto, *eso* que constituye al *haya del King's* es solo perceptible a la capacidad racional de aquellos que la tienen en percepción, y es en consecuencia solo cognoscible en su carácter de “racional”. Parece, entonces, que toda substancia *es* “de carácter racional”, pero lo que hace diferente a la persona sería que su naturaleza *es* racional. Es decir, parece claro ahora que “naturaleza” está usado en este caso en el sentido de que, a diferencia del haya, lo propio de esta substancia que es la persona, quiero decir, lo que la especifica, no es otra cosa que su racionalidad. El haya, entonces, es haya y es racional –en cuanto es un objeto de la razón–, mientras que la persona no es otra cosa que *algo* racional. Esto la sitúa entre las cosas que son racionales por naturaleza.

A esas alturas del discurso –ya había pasado un largo rato– y cuando su más joven acompañante quiso replicar algo que se le había clavado en su ánimo como una pequeña espina, el director, que había recobrado parte de su energía cotidiana, esta vez sin vacilación levantó su brazo, e indicando con su dedo índice hacia el *témenos*, sentenció que ya era tiempo de ir hacia el corredor, donde ciertas cosas de importancia le esperaban. Fuimos los tres, y allí me percaté de que su acompañante llevaba un extraño libro, de un desconocido para mí Pseudo-Alighieri, con el título en castellano de *La divina operación*. Luego supe que su verdadero título, como en el caso de la *Comedia*, no era en su origen con el aditivo de “divina”, como en el caso de la gran obra del Alighieri verdadero, sino que su título latino solo decía *Opus*. El idioma latino no posee artículos definidos, por lo que en su original no era fácil especificar de qué *opus* se trataba. De hecho eso no se aclaró en

definitiva en aquella ocasión, puesto que pronto estábamos ya en el mismo corredor y cada cual se separó.

En todo caso me quedé pensando acerca del asunto que habíamos estado conversando cerca de la hermosa palmera del estacionamiento, abajo, a varios metros de distancia del roble, pues pude ver que nuestro superintendente no sabía, aunque es posible que algo haya barruntado, que el problema verdadero yacía todavía en las profundidades, sin emerger casi en sus puntos centrales, y que lo que permanecía sin tocar estaba en directa conexión con el devenir que se desarrollaba al interior del *témenos*; y que esto, a decir verdad, hacía referencia directa con el propio modo de existencia del director y todo lo que acontecía alrededor del pasillo. Ni siquiera era necesario llegar a discutir inmediatamente el problema de la racionalidad de la persona, pues antes que eso ya nos topábamos con la individualidad. Yo había notado que, en especial en el ambiente secluso del corredor lateral, había la tendencia, entre grupos importantes de gente, a sufrir una extraña escisión en ese elemento que Boetius había considerado el corazón mismo de la personalidad, a saber, su substancia.

Los antiguos habían caído en la cuenta de que, si existe una entidad que funda cada cosa, esta debía carecer en absoluto de división y constituir una unidad indisoluble en aquella cosa, si es que ella había en verdad de existir a modo de algo. Por tanto, al parecer, si los seres humanos son *personas* es que, por ser substancias, son una realidad individua; y de allí podemos pasar a decir: esas substancias son una realidad individua en cuanto son *racionales*. Es, entonces, la racionalidad la que proporciona ese carácter específico de unidad a la persona, de modo que, se podría decir, ser persona es aquella entidad que obtiene y ejerce su unidad más esencial en la realización de su racionalidad, sea lo que sea eso que llamamos *razón*. No es que la racionalidad de por sí le dé unidad, sino en cuanto ella es el modo específico del ser de esta substancia que llamamos persona. Ahora bien, es allí donde está la más grande fortaleza del ser humano, pero que puede también proporcionarle un punto de peligrosa debilidad. Porque la razón, cuyo trabajo principal consiste en reconocer la rea-

lidad en su efectivo estado de división, así como en su estado subyacente de unidad en totalidades –que es un modo de existir universal– y, de ser incluso posible, en reconocer la unidad de la totalidad del ente en cuanto tal, la razón, precisamente por eso, corre el riesgo severo de sufrir desperfectos que traben o incluso impidan de uno u otro modo su actividad razonadora. Así, la razón va racionando la realidad y ligándola en unidad; aunque ella permanece sujeta constantemente al asedio del ser, que a su vez es múltiple y uno. Nunca lo había visto más claro que cuando íbamos subiendo los escalones que nos llevaban al corredor lateral, y sentía venir las emanaciones que Vergilius tan bellamente describe al referirse a las entradas del infierno y a su héroe Aeneas: al lugar él le llama el Aornos, el “ausente de pájaros”, pues un hálito atroz les impedía “abrirse camino con sus alas”. Las criaturas del aire no existen en ese lugar, ni pueden revolotear impunemente en sus cercanías con libertad, pensé.

El asunto era que esta enfermedad de la *persona* debía producirse entonces en su razón, y tenía toda la apariencia de consistir fundamentalmente en un grado de división en ella que habría que precisar, y que parecía seguir a esa otra grande y decisiva división de la realidad, a saber, la que postulaba por una parte la existencia de realidades concretas y sensiblemente discernibles, y la existencia de realidades en sí, que en cada cosa existen en cuanto las discernimos como el constitutivo esencial de cada cosa. Como el haya bellísima que solía divisar desde mi habitación en el King’s College junto al río Cam: yo he seguido considerando válido que una cosa era aquello que me deleitaba viendo, con sus hojas de un morado rojizo en el frescor de la tarde primaveral, y otra cosa era el hecho de que el haya del King’s se me volvía un objeto racional gracias a algo que yo descubría estando en ella, es decir, eso que era el corazón entitativo de su existencia como haya. Eso lo podía hacer mi razón, que podía ver dos cosas y una a la vez, porque esas cosas del mundo son de hecho cada cosa dos y una cosa a la vez. Y así es como la presencia de *personas* en un mundo, cualquiera que él sea, cambia el escenario de ese mundo ante la casi inevitable personalización de

las cosas en cualquier conjunto en que estas entidades racionales existan.

Ahora bien, lo que estaba sucediendo en el corredor y lo que había sucedido en Edén, seguía el mismo modelo de realidad. Se había quebrado en el hombre ese elemento atómico, en principio infisionable, que era de hecho el elemento más manifiesto de su caída. Caer significa aquí fisión, rompimiento de la unidad personal y, por tanto, ruina de la capacidad humana de un conocimiento verdaderamente integral de la realidad. Cuando se resquebrajó la razón se quebró la realidad, puesto que era la razón precisamente el principio unitario de su condición de substancia individual. Ahora, en el corredor, se volvía a iniciar ese proceso, en que lo peor consistía en una escisión de la persona –o al interior de ella– y, por consiguiente, en una destrucción de la representación toda de las cosas, del mundo y su apariencia, y un caos maligno también, en ese caso, en el *témenos*. Una manera de ver la situación era examinar la extensión del mal en las cosas, en los acontecimientos, en los ambientes, en los *témenoí*; otra manera semejante, pero más incisiva aún, era estudiar el desarrollo de la enfermedad en las personas, un examen lo más acabado posible de la patología y los síntomas que acompañan ese desmembramiento en la intimidad de los individuos. Yo sentía que estaba finalmente llegando a un cierto punto crucial en la comprensión de ese laberinto, y me parecía en todo caso indispensable dar a la totalidad del asunto una mínima explicación racional, ya que creía de necesidad buscar un antídoto eficaz a tan grave dolencia. La mejor manera de hacerlo, me parecía, era descubrir el modo del comportamiento de estas grietas de la personalidad: ver cómo y bajo qué presupuestos se producían estas patologías, y asimismo, luego de someter a un cuidadoso escrutinio el acontecer del *témenos*, como si estuviera en un laboratorio, ir educiendo un cuadro explicativo provisto de alguna claridad.

Había notado por esto, que en el director había –si nos restringimos a lo fundamental– dos seres en ese ser que denominábamos con el nombre de director; y lo que en él actuaba, y que con aires de hombre de mundo se paseaba por

el corredor, era por decirlo así, solo una parte incidental de la substancia *primera*, identificable con el dedo, mientras que la substancia *propriadamente* racional había quedado como sumergida, o había sufrido, peor quizás, un proceso de intangibilidad mediante una sublimación ascendente. Lo que hubiera sido el fundamento de su verdadera persona estaba allá, inalcanzable, no digo para los demás, cosa que hubiera sido quizá menos relevante, sino para sí mismo, de modo que su ser vivía básicamente en las márgenes de su propia existencia, como un fantasma de sí mismo y a la deriva. De allí, del fundamento de su existencia, parecía apenas estar colgando eso, su entidad meramente deíctica, como si fuera un tráfugo de la realidad, y un ser volitando al borde de la nada. Sin embargo, aunque viviera como vivía, revestido solo del pellejo de su persona, podía, de todos modos, con esa *máscara* (que no era *stricto sensu* persona), estar, hablar, enseñar, mandar, espantar, gesticular, hacer efectivamente cosas en este mundo, buenas y malas, o por lo general neutrales, cambiar el signo de muchas ilusiones de otros, transformar los parajes donde pudo alguna vez estacionarse el ser de las cosas, o un ángel de pies ligeros, y vivir además como si nada hubiera pasado, fuera del paso maravilloso de su propio espectro, bajo la luz prestada de la Luna, y rodeado incluso del respeto o del temor reverencial de muchos. Cómo podía ser esto así era ya de por sí un asunto tanto o más grave que el que me ocupaba sobre las substancias de Boetius. La cuestión no estaba en que cada cual, fuese como fuese, pudiera envejecer en paz bajo la parra de su casa; pero el problema estaba aquí en las interferencias que ciertos seres producen en las cosas, y en las otras personas, como esa intervención fatal de la serpiente entrometida, vaya uno a saber por qué. A pesar de todo, al menos presentía que había logrado una pequeña clarificación de esta extraña alienación, y de todo lo que allí en el corredor se movía, bajo la luz indecisa de la mañana.



## El *pensadero* de almas sabias

Así, entonces, parecía extraño que en este paraíso que ya-  
cía perdido, entre las murallas implacables que rodeaban los  
parajes por donde se dilataba el corredor lateral, no parecie-  
se haber nostalgia alguna de ciertos aromas antiguos que al-  
gún día pudieron haber allí exhalado su perfume, ni indicio  
tampoco de un recuerdo que indujera a pensar que, en algún  
momento quizás, mucho después de ese tiempo anterior, en  
medio de una gran conflagración algo hubiese desaparecido,  
en forma casi definitiva, aunque dejando de todos modos un  
rastros de leve inquietud en el espíritu de la gente. Eso faltaba,  
o la consciencia o al menos la sospecha de una gran pérdida;  
pero yo de todos modos aguardaba la ilusión de encontrar  
señales que podrían haber provenido de una muy antigua  
erupción ya olvidada, de esa suerte de Atlántida perdida que  
una lejana reminiscencia insistiera en mantener viva en lo  
profundo de la mente. Sin embargo, la presencia de prados  
de un verde horizonte lejano parecía prácticamente ausente  
de la memoria colectiva del corredor. Ni recuerdos permane-  
cían ya entre los atareados paseantes del *témenos*, al menos  
reminiscencias de árboles que alguna vez, entre tupidas ra-  
mas, pudieron casualmente haber sombreado los senderos  
de los pocos caminantes en esos desvanecidos parajes; ni pa-  
recía haber siquiera en la posteridad de ese ido presente sub-  
sistido algún mito, ese poderoso vestigio de la verdad, que  
alguna vez, cual confuso relato, hubiese tal vez perseverado  
hasta hoy en las conciencias, entre las cenizas de un feroz  
incendio. Se habían perdido los rastros de esas historias, las  
que desde un tiempo remoto hubieran en el presente surgido  
al teatro de las cosas negándose a perecer; remembranzas  
casi extinguidas hoy, que cierta vez crecieron, y mientras flo-

recían cerca de fuentes ignotas dejaron sus huellas a la espalda de nuestro ser, rehusándose al olvido.

Lo sorprendente era en este caso la ausencia total de relatos milenarios que contaran la historia de edades mejores, puesto que la vida actual era hoy el límite exterior de un maravilloso jardín anterior. No había recuerdos siquiera del castigo de dioses que decidieron expulsar alguna vez a sus engreídos moradores, y el corredor, en esas circunstancias, permanecía inmune a la reminiscencia en la certeza de constituir claramente un más acá, y de verdad carecía por completo –en la perspectiva del inconsciente social de este pequeño núcleo– del sentimiento de haber perdido algo, en especial, eso que por ser mejor, habría sido digno de ser conservado o recobrado al menos por el recuerdo; o más aún, de ser instaurado aunque fuera en parte en la luminosidad anterior que, alguna vez, pudo haber hecho de aquel lugar en el que existían un Edén. Esa era, supongo, la razón por la que la mayor parte de la gente del corredor, sin consciencia de caída alguna, consideraban que lo de allí era una entidad en sí, un lugar ontológicamente constitutivo de una esencia peculiar y absoluta. El cimiento mismo, entonces, sobre el que edificaban allí sus ambiciones y esperanzas era esa franja angosta y vacía, para ellos la roca misma de la realidad, el monte santo, el Sinaí de la Alianza, la nueva Sión, sede de la más sentida proyección inteligible, a cuya vera solo era posible alimentar el alma, tan necesitada siempre de acogerse a los prados más luminosos de la verdad.

Pero todo eso no hacía más que acumular gas butano al interior de un paso estrecho, con pocas aberturas, que hacía imposible un cambio fácil del aire interior; pocas esperanzas había de nuevas auras saludables que se abrieran camino hacia el corredor, y de un oxígeno renovador que evitara el desastre. Eso era ya malo para los pulmones, nocivo con el devenir del tiempo para el cuerpo entero, letal en fin en algún momento inevitable que debería venir. Ese sería el instante en que, por la circunstancia del encierro, para el alma en su totalidad de cada cual, viniera el tiempo de una estrepitosa caída. Las puertas se abrían con dificultad hacia el interior

del corredor, y las ventanas, parecían como instintivamente obligadas a impedir el paso a luminosidades causantes de posibles cambios y purificaciones. Era necesario que la maldición que pesaba sobre el corredor se completara en forma inexorable, hasta el final. La maldición no provenía del hecho de haber por tanto tiempo cobijado malos instintos, deseos vanos, actitudes al acecho en el interior de los cubículos, si bien algo tenía que ver con ello. No provenía tampoco de los desplazamientos sin sentido en su interior, que iban dejando su marca junto a las huellas aladas del director y su compañía, pero tenía algo que ver con ello. No eran los sentimientos de sorda envidia, ni las palabras denigrantes, ni los deseos sombríos de un poder insatisfecho, ni las pretensiones sin base. No eran tampoco ni los actos de espionaje, ni las pérdidas incesantes de tiempos que bien pudieron ser ocupados, por quienes padecían estas pasiones, en conocerse a sí mismos; ni siquiera las quejas amargas por el bien ajeno podían redimir las almas. Era, sí, en todo caso, el triunfo de la suplantación, el pecado mayor en contra de la realidad, la victoria inane de la apariencia; volvía a la escenografía de la consciencia la secesión primera de Luzbel, constituido en el centro del universo: y por eso, la maldición del Ser tenía que llegar en el momento decretado por el destino; y esta maldición no era otra cosa que la aniquilación. Era cuestión de tiempo, de la demora que tomara el hilado inexorable de las Parcas servidoras de la Necesidad, y los espacios del tiempo se agotaban ante actores y espectadores no acostumbrados a conocer los signos del devenir. No había tampoco pájaros por cuyos vuelos adivinos pudieran conocer algo del futuro; ni el Sol siquiera, ni los signos zodiacales correspondían a los que daban las señales verdaderas; no había aunque fuera tan solo dioses en lo alto de las estrellas, pues el pasillo se había hecho impenetrable en su intento vano de constituirse en la única realidad, a la que cada mañana ingresaban sus moradores impacientes de cobijarse en ella.

En medio de esa situación de incertidumbre, a pesar de todo, incluso el director parecía querer tomar distancia, y llegaba aún más tarde a su cubo lateral en los tiempos cercanos

a los últimos tiempos, circunspecto y más sigiloso todavía, visitado solo por su reducida corte. La inminencia de un fin de proyecciones apocalípticas parecía insinuarse con sorda obstinación entre las celdas, si bien, en la mente milenarista de la gerencia, esto no podía ser otra cosa que el advenimiento en gloria y majestad del imperio terrenal del directorio en su segunda venida. Esta extraña certeza terminó por impedir en el director toda posible correcta evaluación de las circunstancias y las cosas en su transcurrir aparente, y ningún signo alrededor le daba señales ciertas de alarma, puesto que solo hay señales cuando los objetos circundantes emiten sus advertencias a un intelecto en disposición de atender y escuchar. Si el Mesías estaba por venir, era para mayor gloria de la corte del director, pues se suponía que él, guía supremo, sería al menos una suerte de ujier de cámara del Soberano, curaca permanente de la puerta arcana, y cancerbero de la antecámara desde el momento mismo de su advenimiento.

Imposible, sin embargo, que nuestro renombrado aspirante pudiera imaginarse otra cosa que su errado entendimiento de la Venida; por lo que, en las presentes circunstancias, no podría haber comprendido que aquel santo advenimiento sería para imponer en la Tierra la justicia, y que los pueblos todos hasta los más remotos confines conocerían la luz de su Redentor, ahora, sin la mediación de la fe tal como la conocemos, ni incluso de la esperanza, sino tan solo de la caridad, pues la presencia misma del Hijo del Hombre en el mundo disiparía en su venida milenaria la oscuridad de todos los entendimientos humanos, transformando los pensamientos de los hombres en virtud de una luz que al presente, coincidiendo con su venida, habría de comenzar a emanar a raudales desde el interior mismo de las almas. Esta vez sí que habría un solo corazón y una sola alma. Nada sabía de ello el director, y menos de ese acontecimiento esplendoroso, en medio del suceder del tiempo, simultáneo con el advenimiento divino que en cada alma acaecería, el que debería superar en gloria a todo otro acontecimiento exterior, por muy maravillosa que hubiere de ser la escena misma del Mesías irrumpiendo esa mañana, *en medio de esplendores de santidad*. Puesto que solo al

presente, en su segunda venida, los pueblos entenderían que desde el principio Dios estaba en Dios sentado a su diestra, y que era cuestión de tiempo que *en el día de su virtud*, el de la Diestra vendría a brillar en medio de la humanidad doliente, y que el mal sería colocado bajo sus pies cuando la rectificación final, es decir, al momento en que el universo entero de la galaxia de la Vía comenzara su regreso definitivo al seno del origen. Allí estaba la matriz de donde en la aurora eterna Dios engendró a Dios. Fue de allí que como efecto y consecuencia de esta tremenda implosión divina en el útero santo, surgió cual manantial de luz el mundo desde toda eternidad. Digo, el universo entero en su proyección temporal en procura de su espacio lumínico, el que salía de la divinidad en cuanto Dios mismo se subsumía en Dios, según que, desde toda eternidad, Dios se hacía uno con Dios y el mundo a su vez se volvía diverso en los espacios de un vacío inconmensurable. Es decir, mundo en cuanto salía, Dios en cuanto penetraba, uno y otro, Creador y criatura comunicándose en solidaria proximidad y amorosa lejanía. Fue allí cuando al mismo instante surgieron las miríadas angélicas, criaturas de la luminosidad reverberante, luz que sobrevino como hacia afuera, en explosión, junto al espacio naciente, en expansión arrolladora, cual efecto concomitante de la gran implosión cabe Dios Dios. Ahora el Ungido está llamando a su vez al universo a sentarse a la diestra de la Díada sancrosanta, coronada al presente del Espíritu que la ha vuelto desde siempre Tríada unitaria. Se habrá proclamado entonces el Cuaternario perpetuo, del Dios Trino y el Mundo, y sellado la alianza del tiempo y la eternidad, mediante la presencia milenaria del Ungido en el seno eterno de Dios entre los hombres.

El día, sin embargo, continuaba como siempre en el corredor, como si todo fuera a pasar, y nada de hecho pasara, sino los acontecimientos de siempre, resultados lejanos del gran bostezo que había dado lugar a las cosas de este mundo cercano. Pero sin saber cómo, se extendió de repente una suerte de paroxismo poco común por todo el corredor –que por causas desconocidas se había llenado de gente– cuando el director, por no sé qué razones, encendió la tea de la dis-

cordia. Si no fue él, fue el mismo Sísifo con toda probabilidad, cuya única preocupación por esos tiempos seguía siendo quién sucedería a quién en la dirección, y cuál sería el puesto suyo en la línea de sucesión a esas alturas prácticamente hereditaria en esta dinastía de eones en descenso. La profecía decía que después del casi vitalicio gobierno del director habría otro director, y luego de un tiempo más bien breve él, él mismo, en persona, sería el director titular, justo en el advenimiento del milenio. Pero el director verdadero acabó por saber que se estaban evaluando tales posibilidades, y que Sísifo justamente era el origen de esas habladurías que, por el solo hecho de producirse, ponían en proceso de extinción su propio directorado; y eso no podía ser, siendo él el que era, y para quien es el que es todo lo demás debe quedar rezagado y permanecer debajo como tarima para sus pies.

Así comenzó el alboroto, que bien pudo haber quedado allí, pero no quedó allí: que la corte se empezó a reunir en torno de su inolvidable guía en el corredor, ante el vocerío que se levantaba, cada instante con más fuerza, y que a todas luces la voz que sobresalía era la del director director, si bien los cortesanos habían empezado a oír el canto sin percatarse todavía cabalmente de qué corral provenía todo el asunto. Y resulta que era el cubo el lugar mismo a donde conducían las mechas que, con sus filamentos combustibles, iban como un reguero en procura de la dinamita. Solo por algunos detalles muy secundarios, la escena tenía alguna semejanza remota con lo acontecido en los orígenes de todas las cosas. Pero aquí, primero que todo, no había diadas, menos aún cuaternidades, sino tan solo uno en unidad al mando, y el pretender trazar ahora, ante el mismísimo director líneas de sucesión no consentidas por él, era, por decir lo menos, una grave falta de respeto para con él, que era el reinante vitalicio.

Pero lo que había comenzado a suceder era singular, inesperado, pues el bullicio empezó a crecer, y por lo que parece, la disputa acerca de un ordenador portátil de última generación comenzó a encender los ánimos del corro en su conjunto, al que se añadieron estudiantes que, a la espera de algún cargo menor, también circulaban alrededor, en especial cer-

ca del cubículo de Sísifo. Todo fue como aquellas cosas que muy pronto no se sabe porqué y cómo se iniciaron. Indudablemente que el mar de fondo tenía que ver con el poder, difícil de decir de qué tipo, mas poder al fin, si bien eran apenas briznas colaterales y volanderas de los verdaderos poderes ultramarinos de la acrópolis central. En ese caso cualquier cosa puede hacer arder Troya, en especial, si andan por ahí muchos caballeros en pie de guerra. Vi palidecer al director, pero desde lejos, pues el corrillo, el ruido y los ánimos exacerbados de la gente desalentaban todo intento de acercarse. Llamas comenzaron por un costado, al fondo, pero había más humo que fuego, al parecer, humo que se acrecentaba por minutos, haciendo empalidecer un tanto la visión hasta hacía un momento clara de los rostros. Con todo, casi nadie parecía reaccionar, pues la mayoría tenía ya sus ojos atufados por una intensa emoción. Pensé que era tiempo de abandonar el lugar, no sin antes tratar de convencer a algunos de hacerlo llevando conmigo los dioses tutelares del recinto. Permanecía, sin embargo, pegado al piso, electrizado, sin la voluntad suficiente de mandar a mi cuerpo a moverse y salvarse de la inminente conflagración. ¡Calma!, gritaba aquel anciano y venerable profesor, que había tomado el aspecto de un obispo *in partibus*, con una voz que produjo por el contrario una suerte de pánico colectivo, porque la gente, en vez de huir en estampida hacia las aberturas del corredor, presionando hacia el interior se apretujaba en cambio aun más en torno al jefe y el ordenador. Era curiosamente una huida en involución. La presión se hacía insostenible y el director empalidecía cada vez, y recién comenzaba a darse cuenta de que había humo en el corredor. Un teléfono sonó, pero nadie le hizo caso, y seguía sonando, con rabiosa insistencia, en castigo por la falta de respuesta. El director por su parte continuaba levantando la voz, y se oyó entremedio un alarido de tiple, pero a nadie le importó un pito. La verdad es que un caos de muerte comenzaba a revolotear entre los pálidos rostros, inconscientes todavía del verdadero carácter escatológico del tumulto. Ya la voz del director apenas se distinguía, aunque le oí decir: “¡no piensan, luego no existen!”; habrían

de ser seguramente sus últimas palabras. Pero la multitud de no pensantes estaba allí, dominada por una instintiva pasión colectiva de destrucción. Los propios miembros del coro del pasillo habían por lo visto concluido que llegaba el momento de dar el asalto final, y terminar con la ilusión del archiducado del director, quien pensaba que dominaba sin contrapeso entre los miembros de su equipo. Había que replantear todo el sistema de ilusiones imperante, e instaurar de una vez un nuevo mundo de alucinaciones más consistentes. Ya no les importaba sacarse el antifaz ni descolgarse como simios de los árboles en busca de la presa, ahora al alcance de sus manos. Pero ellos no consentían en creer que el director, al fin y al cabo, había significado una larga etapa en que los titiriteros, al mando del corredor, al menos podían manejar los hilos de sus representaciones fantasmales con una mínima congruencia; se hacía en todo el sector relativamente bien el papel de las figurillas que sostenían un orden con alguna semblanza de realidad. Esta nueva *massa damnata*, sin embargo, no era preferible a nada, y era mejor la nada que ella, aunque el corrillo estaba sin duda dispuesto ahora a deshacerse de su Kerenski. Esto era ya demasiado para el director, que pareció comprender solo muy al final las consecuencias de un descarrío excesivo de antiguo arraigado en su alma. Lo que pudo ser y no fue, junto a la representación truncada de deseos quizá más puros aunque incumplidos, parecían abrumar a esa alma hasta el punto del casi total abatimiento. Sentí una inquietud que pronto se transformó en tristeza y melancolía, pues conservaba todavía un sentimiento de afecto por esa animula extraña, que ya me parecía que se desvanecía ante mis ojos, herida de muerte por el advenimiento súbito de una certeza sobre la real dimensión de sí mismo y de su pretendida grandeza, la que yacía ahora sepultada sin gloria en medio del alboroto. Por eso en cierta medida era a veces preferible la duda, la vacilación ante la cruda verdad, porque era la certeza la que se estaba llevando ante mis ojos la vida del director, que pálido, solo se mantenía en pie por la presión física del tumulto. Como los nueve estratos de Troya, así se fueron acumulando en esa vida los escombros de consecutivos asentamientos.



Fueron fundaciones sucesivas que se iban cimentando sobre el detritus de previas inconsecuencias, para luego tener que volver a levantar una nueva Ilión a la espera del desastre. Eso no podía seguir así, indefinidamente, y se hacía manifiesto ahora que la orgullosa Troya llegaba a su noveno y último trance. No quise, no quería ver el final, de modo que logré por fin despegarme del pavimento ya ligeramente ennegrecido y humoso. Bajé como pude, llevando conmigo por las escaleras un pequeño cofre que guardaba celosamente en mi oficina, como huyendo con los penates del *témenos* en busca de una patria más cercana de Edén. Sentí a mis espaldas muy pronto desde fuera un silencio sobrecogedor, que parecía literalmente brotar de la densa humareda cada vez más lejana. No habrá de ser fácil, pensé, el olvido, ni simple el recuerdo; y un vago presentimiento me impidió mirar hacia atrás.



## Índice

Un premio en perspectiva .....	9
El cortejo de admiradores .....	31
Paseo al sur del mundo .....	43
Un discurso inacabado .....	53
Un viaje de peregrinación: el gran iniciado .....	59
Escala técnica en Lutecia .....	69
La cena inesperada .....	75
Un mal menor .....	83
<i>Deceptor malignus</i> .....	89
El ilusionista desengañado .....	99
La nueva Atlántida .....	109
El Eólida Sisyphus .....	123
La Cabellera de Berenice .....	135
El zeppelin .....	145
Substancias individuales .....	157
El <i>pensadero</i> de almas sabias .....	169





**Este libro  
se terminó de imprimir  
en los talleres digitales de RIL® editores  
Teléfono: 225-4269 / Email: ril@rileditores.com  
Santiago de Chile, abril de 2004**